

TRAFICO DE ESCLAVOS

Alar Benet



¡En pleno siglo XX los hombres aún son una mercancía!

TRAFICO DE ESCLAVOS

ALAR BENET

Tráfico de esclavos

1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

116. — El triángulo de la muerte. 288. — Cazadores de apache. 349. — La ley del "Winchester". 369. — Tambores indios.

En Colección BUFALO:

25. — La sombra de la cuerda. 29. — Saloon City. 41. — El hijo del "gun-man". 51. — Tirando a matar. 92. — La resaca de la guerra. 106. — El tejano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

181. — El criminal nunca escapa. 214. — Tres sombras en el suelo. 227. — ¡Acepto el desafío! 252. — Gangsters de Nueva York. 261. — Cuatro zonas en Berlín. 268. — Pánico en la ciudad. 280. — Asesinato sin asesino.

En Colección PANTERA:

6. — Furia del Oeste. 10. — Infierno en Oklahoma. 16. — Legión de héroes. 23. — La barrera helada

En Colección CONGO:

3. — Trágico safari. 11. — Continente negro.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Tráfico de ESCLAVOS

por ALAR BENET



CAPÍTULO I

—¡Marisa! ¡Marisa!

La voz bronca de Harold Tuner espantó a una bandada de pájaros de vistosos colores que se habían posado en la pequeña explanada que daba acceso, desde el bosque, a la casa de troncos, en cuya puerta, con expresión inquieta, hallábase una mujer cuya edad frisaba en el medio siglo.

—Esa chica acabará dándonos un serio disgusto. Tú tienes la culpa de ello, Harold, por haberla educado igual que a un muchacho.

Tuner, volviéndose a su esposa, con una sonrisa tolerante, contestó:

—Procedí como me aconsejaba la experiencia y no me arrepiento de ello. La selva desprecia, aniquila a los débiles. Ella ha nacido entre estos bosques y era absurdo prohibirle que se adiestrase en el manejo de las armas y que realizara toda clase de ejercicios físicos. A ti te costó mucho aclimatarte a la dura vida del Congo. Hubo un momento en que no confié en tu salvación. Te horrorizabas a la vista de todo, incluso al contemplar las grandes e inofensivas arañas que tejen sus telas entre las ramas y las lianas de los árboles. Padeciste no pocas enfermedades tropicales. ¡Me siento satisfecho del carácter y de la forma de ser de Marisa! ¡Es una mujer fuerte, valerosa! Si se hubiera llevado su rifle y su cuchillo, no estaría inquieto.

Harold Tuner, cazador profesional cuyos servicios eran

contratados por numerosos turistas y por no pocos vecinos de Stanleyville, ciudad del Congo Belga, no dejaba de mirar frente a él con la esperanza de descubrir a su hija, que dos horas antes se había alejado de la casa, sin armas, según ella “a dar un corto paseo para abrir el apetito”.

—¡Marisa! ¡Marisa!

—¡Maldita África! —fue el comentario de Dorothy Ollen de Tuner a la segunda llamada de su marido—. Desde que vinimos a estas tierras no he conocido ni un minuto de felicidad, de sosiego.

Harold, como en tantas otras ocasiones, mordióse los labios para no responder airadamente a su esposa. A partir del día en que, veintidós años atrás, se internaron en el Congo Belga, entre él y Dorothy alzóse un muro de frialdad que no consiguió romper ni el nacimiento de la pequeña Marisa. No era aquella, oportunidad para entablar una de las disputas familiares a las que no lograba nunca acostumbrarse. Se limitó a decir:

—Saca mi rifle; iré a buscarla.

Dorothy, rezongando ininteligibles palabras, penetró en la casa para salir a poco con un “Winchester” y entregárselo a su marido, quien, en silencio, anduvo hasta internarse entre los árboles, tan juntos unos de otros que las ramas se entrecruzaban en lo alto formando una techumbre vegetal que no podía ser atravesada por los rayos del sol. El suelo, con una constante humedad, era surcado a pequeños trechos por legiones de hormigas y otros insectos. De vez en cuando, tranquila, signo de no haber sido molestada por el hombre, alguna serpiente reptaba perezosa en busca de un lugar de descanso o de su presa favorita: la liebre del Congo.

El contraste entre la luz que se disfrutaba en la explanada y la penumbra del bosque era tan grande que Tuner, aunque acostumbrado a la vida en aquellos parajes, abrió y cerró los ojos con rapidez y con fuerza, como si así intentara habituar a sus pupilas al nuevo ambiente. Luego, con una amarga sonrisa motivada por el recuerdo de las continuas quejas de Dorothy, se internó más y más en la selva, alerta los sentidos, no porque temiera un ataque de los animales carniceros, sino por el deseo de encontrar huellas de su hija.

Con el rifle a la espalda, se detuvo para cargar su cachimba y, encendiéndola, reanudó la marcha. Pese a la preocupación que experimentaba por Marisa, preocupación no absoluta por saberla capaz de defenderse de cualquier peligro, Harold no pudo substraerse al recuerdo del pasado, de un ayer lejano en el tiempo, pero próximo en su memoria. Lo que más le angustiaba era el error

que padeció al elegir esposa. Debíó pensar que él, un hombre cuyos principales negocios radicaban en Egipto, tenía necesidad de una auténtica mujer y no una almibarada damisela londinense. Entonces, hacía de ello casi treinta años, en uno de sus viajes a Londres se dejó seducir por el encanto y la ternura de Dorothy Ollen, perteneciente a la mejor sociedad de Inglaterra. ¡Cuánto tiempo transcurrido desde entonces! Estaba seguro de que en la decisión de la muchacha al aceptarle por marido influyó el enfermizo romanticismo de la juventud. Él llegó a Londres con la tez cobriza por el aire y el sol del desierto, con una aureola de aventura que tuvo la virtud de entusiasmar a no pocas jóvenes, que se disputaron su compañía.

Mientras duró la época de prosperidad en El Cairo fue dichoso con Dorothy, pero apenas comenzaron las dificultades económicas comenzaron las quejas y los reproches, quejas y reproches que fueron en aumento.

Tuner crispó las mandíbulas con fuerza, en un vano intento por alejar de sí la evocación de la noche en la que, embriagado, con el deseo de, por unas horas, olvidar su catástrofe económica y sentimental, se enfrentó a su más enconado enemigo a, Larry Kinney y...

El cazador se paró de pronto al oír un ruido a su derecha. No sin un estremecimiento pudo contemplar a una boa de gran tamaño triturando a un cervatillo. Como hipnotizado por el espectáculo, Harold vio a la serpiente engullirse al pequeño animal, sorprendido mientras bebía agua en un regajo.

La presa, aun aplastada entre los anillos del ofidio, era más voluminosa que el cuerpo del reptil. La boa, con lentitud, iba tragando al cervatillo y poco después quedó tendida en el suelo, con un deforme bulto en el centro del cuerpo. Tuner sintió tentaciones de disparar contra el repulsivo animal, pero se contuvo. La serpiente era fiel a la ley de la selva, la ley del más fuerte, y solo mataba para subsistir.

Siguió caminando, atento a las lianas que pendían de los árboles a baja altura. En ellas estaba el mayor peligro de aquella zona. Los grandes animales carnívoros no atacaban al hombre en unas regiones pródigas en caza menor. Los pequeños reptiles venenosos, en cambio, constituían una verdadera amenaza para los que al pasar cerca de ellos y molestarles sin advertirlo, podían ser víctimas de sus mortales picaduras.

Varias veces, Harold se detuvo para vocear el nombre de su hija, sin obtener respuesta. Describió un amplio círculo, espantando un

grupo de jirafas, que emprendieron vertiginosa huida. Tampoco obtuvo éxito. De pronto cuando, desanimado, iba a dirigirse de nuevo hacia la casa con la esperanza de que su hija hubiera vuelto a ella por otro camino, un rugido próximo le hizo detenerse y empuñar el rifle. A unos diez metros de él, tambaleándose, cubierta la boca de espuma, un gorila le miraba con ojos vidriados, casi sin vida. Su cuerpo mostraba dos anchos boquetes de bala y el pelo, tinto en sangre, coagulada en unas partes y líquida en las zonas próximas a las heridas, dábale un trágico aspecto.

El cazador aprestó su "Winchester", temeroso de que el gorila, en un último esfuerzo, se lanzara sobre él con el deseo de triturarle entre sus potentes brazos. Tal debió ser la intención del gran mono quien, con las garras delanteras en posición de ataque, anduvo unos metros. Su paso era tan torpe que el cazador tuvo la certeza de que el animal ya no era un peligroso enemigo y sintió lástima de él por su similitud con el hombre.

—No oí los disparos —se dijo Turner—. Debieron herirle hace varias horas.

El gorila cayó pesadamente a tierra. Una vez en el suelo, en lucha por conservar la vida, se arrastró hasta uno de los árboles y clavando en el tronco sus uñas, pudo erguirse de nuevo. ¡Era impresionante la lucha que el gigantesco mono sostenía contra la muerte!

Con la espalda apoyada en el árbol y los brazos, muy largos, caídos a lo largo del cuerpo, el animal mostraba una extraordinaria semejanza con un ser humano. Por un momento le pareció a Harold que los ojos del gorila se cubrían de lágrimas.

El hombre se mantuvo a prudencial distancia observando, con curiosidad morbosa, la agonía del gorila. Nunca presenció nada tan conmovedor.

El pecho del mono antropomorfo alzábase agudamente. De vez en cuando, el animal era sacudido por fuertes convulsiones. En una de ellas cayó a tierra de nuevo y aunque hizo por incorporarse, y se destrozó las uñas en el intento, no logró conseguirlo.

El gran simio quedó tendido, rugiendo débilmente. Turner, piadoso, se encaró el rifle y de un disparo terminó con la vida del animal, en un alarde de puntería. La bala destrozó el ojo derecho del gorila, atravesándole el cerebro.

Harold, cada vez más inquieto, siguió su búsqueda hasta que, cansado, emprendió el regreso a su domicilio por un camino distinto, deteniéndose a breves intervalos para gritar el nombre de su hija, sin recibir respuesta.

Como miraba atentamente al suelo, deseoso de encontrar alguna huella de la muchacha, vio, rodeada de hormigas, una lata de conservas, vacía. Se inclinó para cogerla y pudo observar que el interior del recipiente metálico tenía partículas de carne, por lo que dedujo que el envase fue arrojado allí horas antes. La marca no era de la que él compraba y la idea que le había asaltado al encontrar al mono antropomorfo se agigantó en su cerebro, transformándose en dos preguntas: “¿Quién merodeaba por la selva, en derredor de su cabaña? ¿Con qué objeto?”

Incapaz de darse una respuesta satisfactoria, el cazador reanudó el camino, con una nueva inquietud.

A un cuarto de milla de su casa, situada a diez millas de Stanleyville, en la margen derecha del Congo, una voz juvenil respondió, algo lejana, a una nueva llamada de Harold:

—¡Estoy aquí, papá!

Un suspiro de alivio se escapó del pecho de Tuner al reconocer a su hija en la que hablaba. Minutos más tarde, una muchacha alta, de saludable aspecto, vestida con atuendo colonial, se dejaba abrazar por el cazador, reprochándole cariñosamente:

—¿Ya no tienes confianza en mí, papá, que te asustas porque me retraso?

El interrogado, feliz, balbució a modo de excusa:

—Ibas sin armas.

—¿Y eso qué importa? Conozco estos parajes tan bien como tú. Sé esquivar todos los peligros. Los animales carniceros están ahitos y huyen de la presencia de los humanos.

—Las víboras, hija...

—Tampoco pueden sorprenderme. Las olfateo a distancia, igual que los indígenas. ¡Traje un convidado a casa!

Un suspiro de alivio brotó de los labios de Tuner al escuchar el comentario de su hija. Aquello explicaba el hallazgo de la lata de conservas y del gorila.

—¿Quién es él?

—Te reservo una sorpresa, papá. Ven conmigo. La comida nos espera.

—Casi la cena —reprochó Harold.

La muchacha, lejos de turbarse, lanzó una carcajada y asiendo del brazo a Tuner le obligó a correr, con juvenil alegría.

Dorothy, grave el rostro, les recibió sin un comentario. Tan ostensible era el gesto de enojo de la mujer que Harold le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Pasa a la cocina y lo verás. ¡Una nueva genialidad de tu hija!

El cazador sonrió. Dorothy siempre que se refería con enfado a Marisa acostumbraba a decirle “tu hija”; cuando, por el contrario, alababa alguna buena cualidad de la muchacha, empleaba la frase “mi hijo”.

Al entrar en el comedor y ver, sentado en una silla, con una servilleta a modo de babero y empuñando un tenedor, a un pequeño gorila, el cazador no pudo evitar la risa que, al ser compartida por la muchacha, atrajo hacia la habitación a la irascible Dorothy quien, en jarras, miró con fiera a los miembros de su familia. Al fin, contagiada del buen humor de Marisa y de su esposo, terminó riendo también.

Durante la comida, la joven refirió el hallazgo del gorila, con breves palabras.

—Lo encontré junto a un macho que acababa de recibir dos heridas mortales. El pequeño saltaba en derredor del animal, con lamentos que parecían humanos. Aproveché una oportunidad para cogerle entre mis brazos y huir, perseguida por el gran mono antropomorfo que, tambaleándose, agonizando casi, me acosaba sin poder darme alcance a causa de la pérdida de sangre. Estos arañazos —la muchacha señaló varios leves hilos morados en ambos brazos, desnudos hasta más arriba del codo— me los produjo el cachorro al intentar librarse de mí para ir a reunirse con el que, sin duda, era su padre.

—¿Oíste algún disparo?

—Sí. Dos detonaciones apenas perceptibles me hicieron internarme en el bosque. De ahí mi tardanza.

Meditativo, Tuner apelmazó el tabaco en la cazoleta de su cachimba, encendiéndolo después. Con distraída mirada contempló al gorila, quien pese a los alimentos que tenía ante sí, no quiso probar bocado, rechazando los que Marisa le daba.

—Debiste dejarlo en la selva, Marisa. Se hubiera reunido con los suyos.

Las palabras de Dorothy merecieron la conformidad de Harold, en un gesto aprobatorio.

—Si no se acostumbra a nosotros, le daré libertad —repuso la muchacha—. ¡Me dio tanta lástima...!

Como en la joven era costumbre, apenas terminada la comida abandonó la casa. Le asfixiaban las paredes de troncos. Ella estaba habituada a la vida al aire libre, cara a la naturaleza.

Anduvo hasta la orilla del caudaloso Congo, evitando los zarzales y los juncos ante el temor de que hubiera ofidios agazapados entre la maleza. Frente al río, a solas, Marisa suspiró.

Desde meses atrás, una secreta insatisfacción latía en su alma, algo no definido por ella, pero que turbaba sus sueños, entristeciéndola, haciéndola sentirse menos joven, menos alegre. ¿Era la monotonía de la vida en la selva?

Se entretuvo en hundir la puntera de su bota derecha en la tierra húmeda, sin acertar a definirse. ¿Echaba de menos la vida en la ciudad? No. En las visitas que hizo a Stanleyville en compañía de su padre, se sintió aturdida, deseosa de volver al bosque. Le asquearon las miradas lascivas de los capataces de plantación y de la mayor parte de los hombres blancos, poco habituados a la presencia de mujeres de su misma raza, a no ser las esposas de algunos funcionarios del Gobierno y de un grupo de ricos hacendados, quienes apenas sus hijas cumplían once o doce años las enviaban a Europa, con sus familiares, o a Leopoldville, la capital del Congo Belga, a fin de que cursaran estudios y, también, para alejarlas del rudo ambiente de la ciudad.

¿Qué era, entonces, lo que la desasosegaba?

No pocas flores y matojos, que por crecer en ambas orillas del río eran arrastradas por la corriente, en ataúdes de espuma, atrajeron la atención de la muchacha, provocando un nuevo suspiro. Tan abstraída estaba Marisa que no sintió aproximarse a su padre, sobresaltándose al oír la pregunta que le era formulada.

—¿Estás enferma?

La interrogada tardó varios minutos en responder, mientras desviaba los ojos de los de Tuner, que la miraban inquisitivos.

—No... Nunca me encontré mejor. ¿Qué te ha hecho suponer tal cosa?

—Te noto algo extraña. En ocasiones, tu risa no parece sincera, la encuentro falta de naturalidad. Me da la sensación de que representas ante mí y ante tu madre una comedia: la de una falsa alegría juvenil.

Marisa se estremeció al comprobar que su padre había adivinado la secreta inquietud de su alma. Quiso negar y en su voz faltaba aplomo, convicción.

—Son imaginaciones tuyas. Te aseguro que...

Harold no la dejó terminar.

—Desde que naciste no he hecho otra cosa más que vivir pendiente de ti, de todos tus gestos, de todas tus palabras, desde los tímidos balbuceos infantiles hasta hoy, y me duele saber que no eres sincera conmigo.

—¡Papá!

—Sí. Los que vivimos sin contacto con otros seres humanos que

los de nuestra propia familia, sabemos adivinar hasta los más íntimos pensamientos de los que nos rodean. La selva afina el espíritu, hija, lo aquilata. Yo soy capaz de percibir el paso felino del tigre a más de veinte metros de distancia. Me considero capaz de leer las huellas dejadas en la tierra por los animales salvajes muchas horas después de que estos hayan desaparecido en la distancia. ¿Cómo no voy a adivinar las transformaciones de tu carácter, hasta los cambios de tu humor? ¿Quieres ir una temporada a Stanleyville? Los Veagh, nuestros buenos amigos, te acogerán gustosamente.

—Gracias, papá. Estoy bien aquí, entre vosotros. Llevas mucho tiempo sin recibir la visita de gentes que quieran dedicar unos días a la caza. ¿No te parece extraño?

—Sí. Ya he pensado en ello. Me sorprende, pero tendrá una explicación lógica. Tal vez se ha producido alguna visita oficial o hay plagas en las plantaciones. Si esto dura un mes más, iré a Stanleyville.

—¿Por qué no me dejas hacerlo a mí? Mañana vendrán a traernos las provisiones, como de costumbre. Tú no debes abandonar la casa. Cabe la posibilidad de que te cruces en el camino con alguno de tus clientes. Además, a mamá le horroriza quedarse sola. Yo utilizaría la embarcación de nuestro proveedor para trasladarme en ella a la ciudad. Estaré con los Veagh unos días, aprovechando la primera oportunidad para volver. Antes respondí que no a tu oferta de vivir una temporada con nuestros amigos de Stanleyville, pero he cambiado de opinión. Sí; quizá me convenga variar un poco. Es cierto que sin saber por qué, sin que exista ningún motivo, me encuentro triste, algo nerviosa.

—¿Trajiste al pequeño gorila a casa pensando en que te sirviera de distracción?

—Sí. Eres un brujo, papá. Lo adivinas todo.

Harold y Marisa, dulcemente enlazados por la cintura, regresaron a la casa cuando el crepúsculo empezaba a ser vencido por la noche. El cazador, quitándose las botas de caucho, se puso unas zapatillas construidas con corcho y lianas para, sentándose en una de las butacas de mimbre que compró en Stanleyville, tomar entre sus manos un ejemplar de la Sagrada Biblia y dedicarse a sus oraciones de costumbre. Dorothy, en otra butaca, remendaba ropa, y la muchacha inventaba mil diabluras para sacar de su tristeza al cachorro de gorila, sin conseguirlo.

Las dos mujeres y el hombre formaban un cuadro de familia conmovedor. El silencio, roto solo por las palabras de Marisa en su monólogo con el pequeño mono, fue turbado de pronto por un

disparo. Tuner, cerrando el libro, se puso en pie.

—El que maneja ese rifle se encuentra a dos millas de distancia. Voy a dar una vuelta por ahí.

Harold hizo intención de apoderarse del “Winchester”, que se hallaba apoyado sobre una de las paredes, al alcance de su mano, pero su esposa se lo impidió, interponiéndose entre el arma y él.

—¡No salgas, Harold! ¡Tengo miedo!

El cazador, con una sonrisa mitad burlona mitad compasiva, exclamó:

—¿Y cuándo no? Tu miedo es constante.

Sin brusquedad, pero con energía, Tuner apartó a su esposa y asió el rifle.

—¡No te vayas! Dentro de poco será de noche y...

—Estoy preocupado, Dorothy, y mentiría si lo negara. No me gusta que nadie ronde en derredor de nuestra casa, sin mostrarse. Alguien mató al padre de ese cachorro —señaló al pequeño gorila—, y también he encontrado una lata de conservas vacía con señales de haber sido utilizada recientemente. Es absurdo no dar la cara al peligro si es que el peligro existe. En el supuesto de que mis temores sean infundados, nada perderé dando una vuelta por el bosque.

Marisa, que escuchó en silencio el diálogo entre sus padres, dijo:

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Iré solo.

Harold, quitándose las zapatillas, se calzó las botas de caucho, a prueba de picaduras de serpientes, y prometiendo regresar pronto, abandonó la casa. En la explanada desmayábanse las últimas luces del día y en el bosque la oscuridad era absoluta, oscuridad rasgada por los diminutos puntos de luz de las luciérnagas.

La canción de la selva, su salvaje himno, pleno de primitivismo, sobrecogió al cazador, haciéndole sentirse pequeño cara a la naturaleza. Siempre le ocurría lo mismo. La noche en el bosque era impresionante. Detrás de cada árbol, en las ramas o en los pequeños matorrales, acechaba la muerte. El perfume de las flores era muy intenso, casi embriagador y, lejano, percibíase el sonido tenue, susurrante, de las aguas del río Congo.

El barrito de un elefante, tal vez enloquecido y solitario, mezclóse con el rugido del león y del leopardo, con el aullido de la hiena, devoradora de carroña, y con el croar de las ranas que vivían por millones en las riberas del Congo y en las charcas formadas por el agua de lluvia. La gran fauna del África misteriosa y salvaje estaba al acecho de sus presas.

Tuner anduvo despacio, atento a no dejarse sorprender por

ataques de hombres o fieras, con el rifle dispuesto para ser usado en una fracción de segundo.

¿Qué conturbaba su alma hasta el extremo de acelerar el paso de la sangre por sus venas? No era la primera vez que se internaba de noche en la selva. No. Su agitación no obedecía a aquello. Tampoco a la idea de que un grupo de hombres rondara por las proximidades de su cabaña. Le angustiaba el haber hecho desgraciada a su esposa obligándola a vivir en zonas salvajes, poco propicias a los seres civilizados, y también el pensamiento de que Marisa comenzaba a hastiarse del bosque, de la soledad, del siempre repetido paisaje. La muchacha fue educada por él en el culto al valor y la había enseñado a amar a Dios, infundiéndole inquietudes espirituales. Raro era el viaje que el que les suministraba los víveres, no fáciles de encontrar en la selva, no llevaba para la joven el gozo de un paquete de periódicos o de algún libro inglés o francés, idiomas que la muchacha dominaba, al igual que su padre.

¡Si pudiese conseguir el dinero suficiente para enviar a su hija a París, Londres o Bruselas! Pero no eran numerosos los extranjeros que llegaban hasta el corazón del Congo para entregarse al placer de la caza. La mayor parte de los turistas preferían quedarse cerca de la costa, en la colonia de Kenia, en el territorio de Tanganica o, a lo sumo, en Uganda, lugares que eran recorridos por cuatro líneas ferroviarias¹. Pocos eran los que se internaban a pie por la selva, recorriendo millas y millas para llegar al río Congo y casi todos llevaban sus guías y cazadores profesionales. Los principales clientes de Tuner eran los vecinos de Stanleyville, que, aunque conocedores del terreno, se sentían más seguros en sus excursiones de caza protegidos por el rifle de Harold. De vez en cuando, este obtenía una buena soldada participando en “safaris” organizados por amigos o familiares de los moradores de la ciudad, que iban a ella desde Europa. Sin embargo, sus ingresos, que le bastaban para subsistir, no eran tan fuertes como para permitirle el lujo de enviar a Marisa a un país civilizado. Los familiares de Dorothy habían roto todo vínculo con ellos desde la trágica noche en que se enfrentó a Larry Kinney...

¡Él no tenía derecho a exigir de su esposa el sacrificio de enterrarse para toda la vida en las selvas africanas! Tampoco a su hija.

Durante más de dos horas, Harold anduvo por el bosque sin descubrir al autor del disparo que le hizo abandonar su domicilio. Al fin, convencido de que era absurdo arriesgarse, regresó a su domicilio. Marisa le interrogó con la mirada.

—No vi a nadie.

La muchacha se apresuró a llevar a su padre las zapatillas, ayudándole a quitarse las botas. Luego dijo:

—Lee en voz alta, papá.

—Como quieras, hija.

Hubo un breve silencio y la voz triste de Harold Tuner se alzó como un triste presagio, en un gigantesco canto de desesperación.

—“Háganse tinieblas las estrellas de su crepúsculo. Que espere la luz y no le venga y no vea los parpadeos de la aurora, por no haberme cerrado las puertas del seno materno y no haber substraído a mis ojos tanta miseria. ¿Por qué no expiré en el seno de mi madre? ¿Por qué no perecí al salir de sus entrañas? ¿Por qué hallé rodillas que me acogieron y pechos que me amamantaron? Pues ahora, muerto, descansaría, dormiría y reposaría con los reyes y los grandes de la tierra...”².

Marisa, estremecida, rogó:

—¡Calla, papá! ¡Te lo ruego!

Dorothy tenía, igual que su marido, los ojos cubiertos de lágrimas...

CAPÍTULO II

La embarcación, amplia y sólida, deslizábase con suavidad, a favor de la corriente, por las aguas del Congo. El patrón de la lancha, que se ocupaba de suministrar víveres y toda clase de artículos a los que habitaban en las afueras de Stanleyville, llegando en su comercio hasta los poblados más lejanos, como eran, al Norte, Basoko y Lisala y al Sur, Ponhierville y Kindu, paró el motor, dejando que la barca fuera arrastrada por el río.

Marisa Tuner, sentada a proa sobre un fardo de pieles, observaba al mestizo que iba al timón, dirigiendo el rumbo de la nave. Era un joven alto, fuerte, de facciones agradables aunque permanentemente entristecido. Estaba a sueldo de Louis Peatie, un francés nacido en Marsella que se hallaba en África para huir de quien sabe qué delitos. El dueño de la barcaza era un hombre de unos sesenta años, bajo y robusto, de rostro cínico, en el que destacaba un poblado bigote, ya entrecano, y unas cejas hirsutas.

Desde que la muchacha subió a bordo, luego de despedirse de sus padres, una sonrisa irónica, sarcástica, no se había borrado de los labios, gruesos, sensuales, de Louis Peatie.

Para Marisa constituía un espectáculo, siempre nuevo y siempre distinto, el contemplar cómo el agua era rasgada por la proa de la lancha y cómo el líquido rompíase a veces en burbujas, en torbellinos de espuma. Los grandes bosques ribereños, muy frondosos, enmarcaban el río y millares de monos desde las ramas de los árboles se agitaban al paso de la embarcación, gesticulando grotescamente.

Conforme la barca se aproximaba a Stanleyville, las aguas iban tornándose más agitadas, más turbulentas. La nave comenzaba a ser sacudida al aumentar la velocidad. Marisa, sin inquietarse, por haber realizado idéntico viaje en otras ocasiones, miró a Peatie quien, apoderándose del timón que hasta entonces llevara el mulato, fue acercando la lancha a la orilla derecha. La muchacha pudo ver, a menos de un cuarto de milla, la silueta de la isla junto a la cual, en la parte norte, comenzaban las famosas cataratas de Stanley³, pasadas las cuales, y en ambas márgenes del río, se alza la ciudad.

Ya se divisaban los edificios del residente del Estado y de las diversas factorías, cuando Louis acercó la barca a unas pilastras de

cemento, y el mulato, con singular destreza, lanzó una gruesa maroma, con la extremidad en forma de lazo.

—¡Agárrate bien, Marisa!

La advertencia no era necesaria porque la joven se había tirado sobre el suelo de la lancha en el preciso momento en que esta, arrastrada por la corriente y sujeta a la vez al embarcadero por la soga, se estremecía dando la sensación de que iba a destrozarse. El dueño de la nave, que puso en marcha el motor, maniobró hábilmente en el timón consiguiendo que el costado de la barca rozara la orilla.

—Hemos llegado, Marisa. ¿Admites el consejo de un buen amigo de tu padre?

La interrogada estuvo a punto de responder que Tuner no era amigo del que la hablaba, pero el respeto a la avanzada edad de Louis la impulsó a responder, con una sonrisa:

—Todos los consejos son buenos, incluso para no seguirlos.

Peatie lanzó una sonora carcajada al escuchar la aguda réplica de la muchacha y dijo:

—Todos conocen en Stanleyville como la hija de Harold. Supongo que iras primero a ver a la familia Veagh. Da un rodeo y no pases por el centro de la población.

Extrañada, agrava en su tono de voz, Marisa inquirió:

—¿Por qué?

El francés, encogiéndose de hombros, repuso:

—No soy yo quien debe decirlo. Hazme caso.

Marisa Tuner, con un gesto que lo mismo podía ser de aprobación que de indiferencia, se alejó del comerciante dirigiéndose a la ciudad por la orilla izquierda del Congo. Sobre las rocas próximas a las cataratas se hallaban numerosas indígenas de la tribu uaguenia, cuyo principal medio de vida es la pesca. Algunos de ellos, los más pudientes, con rústicas barcas, se encargaban de pasar de una orilla a otra del río a los vecinos de Stanleyville, mediante la percepción de un módico estipendio. Otros indígenas, de la raza bakumu se ocupaban de talar árboles que eran arrastrados hasta el río para que la corriente los trasladara a las factorías situadas al norte de la población. La muchacha se detuvo a la altura de la séptima y última de las cataratas, contemplando con admiración la belleza de unas aguas convertidas en espuma.

Tras diez minutos de marcha, la joven llegó al centro de la ciudad en la que predominan, salvo los edificios oficiales e industriales, las rústicas cabañas, más o menos amplias, de troncos. Al norte, en las zonas habitadas por las tribus indígenas, las chozas

son de barro y hojarasca.

La isla del centro del río da amplia idea de la extraordinaria anchura de este. Por la derecha es limitada por un brazo de agua de veinte metros de ancho, brazo muy angosto comparado con el izquierdo, de seiscientos treinta y cuatro metros. Ambos caudales son agitados por olas y remolinos, consecuencia de la séptima catarata. La isla, de suelo roqueño, no estaba habitada por nadie en aquella época del año, propicia a los temporales y, por tanto, a las rápidas crecidas. A unos trescientos metros del palacio del residente del Estado, Marisa divisó varios buques de vapor y a sus tripulaciones ocupadas en las faenas de carga y descarga de mercancías.

El silbido de una locomotora coincidió con el paso sobre la ciudad, en vuelo rasante, de uno de los aviones que enlazan Leopoldville con Stanleyville⁴.

Al internarse en la zona comercial de la ciudad, en la que los árabes, principalmente, tienen instalado su comercio, observó que algunos blancos se volvían a mirarla, comentando algo en voz baja, algo que no llegaba a sus oídos.

Al detenerse para adquirir unos dulces con los que obsequiar al matrimonio Veagh, una soez carcajada y un brutal comentario la hicieron volverse con rapidez.

—¡Es la hija del asesino! ¡Guapa mujer!

Marisa, encolerizada, se enfrentó a dos hombres de rudo aspecto, quienes llevaban en sus diestras las fustas de cuero utilizadas por los capataces de plantaciones.

—¡Estáis borrachos! —dijo, temblándole de ira el cuerpo.

—No, preciosa —repuso uno de los individuos—. Todos sabemos que tu padre mató a Kinney en El Cairo. Ahora se explica vuestro apartamento, el deseo de vivir alejados de Stanleyville, en plena selva.

—¡Mientes!

—Díselo entonces al hijo de la víctima, a Larry Kinney. Ahí se acerca.

La joven miró hacia el lugar que con la mano derecha señalaba su interlocutor descubriendo a un hombre alto, fornido, de unos veintitrés años de edad y aspecto decidido, que la contemplaba con una sonrisa de agrado, admirando, sin duda, la airosa silueta de la muchacha, el encanto de su juvenil figura.

Uno de aquellos individuos, con sarcasmo, preguntó a la muchacha:

—¿Quieres que le llame para ver si eres capaz de negar en su

presencia? Te aseguro que cuando sepa quién eres te mirará de distinta forma a como lo hace ahora.

Marisa, decidida, replicó con viveza:

—No es necesario. Yo iré a él.

De varias zancadas, que contrastaban con su condición femenina por lo enérgicas, la mujer se situó cara al desconocido, preguntándole con aspereza:

—¿Es usted el embustero que afirma que mi padre es un asesino?

Larry Kinney, sin desconcertarse, grave el rostro, repuso:

—Si su padre es Harold Tuner, sí.

El gesto de complacencia del joven se había borrado de su rostro transformándose en una expresión severa, de increíble dureza en un ser humano.

—¿Tendría valor para decírselo a él cara a cara?

—Pienso hacerlo, señorita, regándole a la vez que me diga dónde enterró el cadáver a fin de que, en Inglaterra, repose junto a los miembros de mi familia, que es también la suya. ¿Ignora que los Kinney y los Tuner descendemos de un mismo tronco?

—Sí.

En torno a los dos jóvenes habíase formado un grupo de curiosos, quienes escuchaban atentamente el diálogo.

La voz de la muchacha sonó firme.

—Nací en estas tierras, en el mismo lugar en el que vivo hoy y mi padre jamás quiso referirse al pasado. Imaginaba que su voluntario destierro en África obedecía a una grave causa. Yo le aseguro, Larry, que papá es el ser más honrado que pisa estos territorios. Nadie podrá decirle nada contra él, a no ser que mienta.

Kinney, reparando en la curiosidad de que él y la muchacha eran objeto, señaló el corro de gente con la diestra a la par que proponía a Marisa:

—¿Quiere que sigamos esta conversación en un lugar más discreto? Usted puede elegirlo.

—Sí. Venga conmigo. ¿Lleva mucho tiempo en Stanleyville?

—Aproximadamente, cuatro meses.

—¿Conoce a los Veagh?

—Vine recomendado a ellos y me alojo en su casa.

—Seguiremos hablando en su domicilio. Es molesta la morbosa afección de los que nos rodean.

—Su actitud es disculpable. En Stanleyville nunca ocurre nada de importancia. Debido a eso, cualquier incidente tiene grandes repercusiones en los hogares.

Marisa y Larry anduvieron por el centro de la ciudad y su presencia era acogida en todas partes con vivos comentarios. ¡Los hijos de la víctima y del verdugo iban juntos sin que en sus actitudes se reflejara animosidad alguna!

El matrimonio Veagh les recibió amablemente. Alfred y Sarah eran propietarios de grandes extensiones de terreno dedicadas a la explotación de café, tabaco y caucho. Sin hijos habíanse encariñado profundamente con la muchacha.

Eran católicos prácticos y en sus tierras de cultivo abolieron el uso del látigo. No pocos hacendados, de diversas religiones, criticaban su conducta, pero ellos no se consideraban molestos u ofendidos por las disparidades de criterio, ya que obraban con arreglo a su conciencia.

Alfred Veagh, de unos cincuenta años, prematuramente envejecido por el clima, supo dominar la sorpresa que le produjo ver entrar a los dos jóvenes en el comedor de su casa y, al saludarles, les preguntó:

—¿Ya os conocéis? —como la joven y Larry respondieran en sentido afirmativo con el gesto, insistió—: ¿Por completo?

—Por completo —contestó Marisa Tuner—. Hemos venido a su casa con el fin de poder conversar lejos de la curiosidad de los habitantes de Stanleyville.

Sarah de Veagh, que había besado cariñosamente a la muchacha, dijo a su esposo:

—Salgamos, Alfred. Hemos de preparar los sobres de los jornales y...

Marisa, apasionada, les rogó:

—¡Quédense! Necesitaremos el consejo de ustedes, al menos yo.

—¿Eres del mismo parecer, Larry? —inquirió el dueño de la casa.

—Sí. Usted no ignora que yo no vine aquí para vengarme de nadie ni en busca de los Turner. Fue grande mi sorpresa al saber que el asesino de mi padre era el famoso cazador del cual se habla con elogio, según he podido comprobar, en rodo el distrito de Stanley Fall. Cometí el error, del que no me arrepiento demasiado si he de ser sincero, de comunicar tal verdad a algunos de los vecinos de la población y la noticia corrió de boca en boca.

Kinney hizo una breve pausa, que fue aprovechada por la muchacha para comentar:

—Imaginé que pasaba algo extraño por la ausencia total de visitas a nuestra cabaña y porque nadie, desde hace meses, requirió los servicios de papá como cazador. Si no desea vengarse, ¿por qué

propaló la noticia?

—No he mentido, Marisa.

La muchacha irguió la cabeza con orgullo.

—¡Para usted soy la señorita Tuner! ¡Procure no olvidarlo! ¡Le desafío a que venga conmigo a casa de mis padres!

El joven, sin enojo, pero con firmeza, replicó:

—Llevo cuatro meses demorando el viaje porque siempre es duro resucitar el pasado. Sin embargo, como pensaba hacerlo, tendré mucho gusto en acompañarla. ¿Quiere conocer los detalles del delito?

—¡No! —opuso con vehemencia la muchacha—; Prefiero ser testigo del diálogo que usted y mi padre sostengan. ¿Vamos ya?

Glacial, correcto, Larry repuso:

—Estoy a sus órdenes, señorita Tuner. Diez libras convencerán a Louis Peatie para que nos lleve en su lancha. Llegaremos de noche.

—No importa. Quiero aclarar de una vez y para siempre esta situación.

—Dentro de unos minutos la aguardo en el embarcadero.

—De acuerdo.

Cuando Kinney hubo salido, Marisa, dejándose dominar por el dolor, se abrazó a Sarah de Veagh, musitando, con frases entrecortadas:

—¡Dígame que es mentira, dígame que lo que ese hombre afirma no es cierto!

La buena mujer, compasiva, acarició los cabellos de la muchacha mientras hacía un significativo gesto a su esposo para que se alejara. Luego, muy cariñosa, separó de sí a la joven.

—Tranquilízate. Tú no eres responsable de nada. Sería absurdo que yo afirmara o negase lo que ignoro. No obstante...

Sarah calló, no atreviéndose a completar la frase. La joven, angustiada, esforzándose en mantenerse serena, dijo:

—¡Siga! ¡Se lo ruego!

—Larry Kinney nos ha sido muy recomendado por unos amigos de Inglaterra, y Alfred y yo tenemos de él las mejores referencias. Ya lo oíste. No vino a Stanleyville con afán de venganza ni siquiera en busca del que cree asesino de su padre. Es técnico del Servicio Internacional del Caucho y el Gobierno británico le ha enviado a esta zona con el fin de redactar un informe sobre la producción actual y, lo que más importa, sobre las posibilidades futuras de dicho producto. A los dos días de estar aquí quiso organizar una excursión de caza y entonces le hablaron de tu padre. Se cercioró de que no era una coincidencia de nombre y apellido al saber que la

esposa del cazador se llamaba Dorothy Ollen. Te aseguro que es un gran muchacho, Marisa. Él no tiene la culpa de que Stanleyville, debido a la escasa población, sea peor que un pueblo.

—Comprendo y agradezco sus palabras. ¡Dios mío! ¡Todo esto es horrible!

—Sí; pero has de afrontarlo con entereza, y sea cual fuere el resultado, permanecer unida a tu padre.

—Lo haré; se lo prometo. Gracias, Sarah. Despídame de su marido.

La joven besó a la esposa de Alfred Veagh en las mejillas y abandonó la casa. Para no pasar por el centro de la ciudad, dio un largo rodeo, internándose en el bosque. En su cerebro se acumulaban encontradas ideas y hubo un momento en que le pareció que todo aquello iba a desvanecerse como si fuera una pesadilla, que Larry Kinney no existía.

Diez minutos más tarde, la barcaza de Louis Peatie, impulsada por el potente motor de gasolina, remontaba la corriente del Congo, no sin dificultad debido a hallarse muy próximas las cataratas.

En el timón, hierático, como una estatua de ébano, el mulato José vigilaba y dirigía la navegación. Pronto, al alejarse de Stanleyville y de sus peligrosos rabiones, la lancha adquirió mayor velocidad.

Con el transcurso del tiempo, la angustia que Marisa experimentaba, la rebeldía a aceptar la idea de que su padre era un asesino fue transformándose en una suave congoja, en una pena que, a veces, por desbordarse en su alma, hacía brotar en sus ojos el rocío de una lágrima.

La tarde fue languideciendo y un silencio grave, roto por el murmullo del agua y por el cántico de las aves que se retiraban a sus nidos, inundó de nostalgia el espíritu de la muchacha. El embrujo de África, el hechizo de la selva fue apoderándose de Marisa, envolviéndola, sugestionándola. Le parecía no existir, ser un jirón de bruma, un soplo de aire, una burbuja del agua. Una extraña ingravidez se apoderó de la joven y un profundo suspiro brotó de sus labios.

Larry Kinney, que la observaba desde la banda de estribor, donde hasta entonces había fumado pipa tras pipa, acercóse a Marisa para decirle, con voz amable:

—No quisiera que me odiase, señorita Tuner. ¡Me horroriza tal idea!

—No le guardo rencor. Sin embargo, comprenderá que no le vea con demasiado afecto.

—Su padre hizo mal en alejarse de El Cairo creyendo que la huida saldaba su delito. Nadie puede substraerse al pasado. Es implacable y no perdona.

Marisa Tuner no respondió. Las palabras de Larry estaban impresas de nostalgia, de ternura. De pronto, con gran sorpresa, observó que el joven extendía ambos brazos con ánimo de sujetarla por la cintura. Un sentimiento de repulsa se alzó en lo más íntimo de su ser, y retrocediendo un paso, dijo:

—¡No me toque! ¡No me to...!

No pudo terminar la palabra. La embarcación, sacudida por una mano invisible, se balanceó de forma peligrosa, estando a punto de zozobrar. Kinney se arrojó al suelo de la frágil nave. Marisa, desprevenida, cayó al agua, mientras lanzaba un grito de espanto.

Por un descuido del mulato encargado de dirigir el rumbo, la lancha se había aproximado a la orilla para ser sacudida por dos corrientes, una la del Congo y otra la de un río que desembocaba en él.

Louis Peatie y el nativo esforzábanse por desviar la barcaza de la zona de peligro. Larry Kinney, sin meditar las consecuencias de sus actos ni el mortal riesgo a que se exponía, se arrojó al Congo al reparar que un enorme saurio, que tomaba perezosamente el sol al borde del río, se lanzaba al agua para, medio sumergido, dirigirse en línea recta hacia Marisa. Esta, buena nadadora, al reparar en el peligro, con enérgicas brazadas, hizo por aproximarse a la embarcación que, a menos de doscientos metros, fuera ya de las encontradas corrientes, esperaba a que los dos jóvenes subieran de nuevo a bordo. El francés, preocupado por la seguridad de la lancha, no reparó en el enorme cocodrilo que avanzaba hacia la muchacha.

Kinney, que llevaba en la cintura, en dos fundas un revólver y un largo y afilado cuchillo, arma imprescindible esta última para caminar por la selva, tomó en su diestra el acero interponiéndose decidido entre la mujer y el saurio, no sin sentir su cuerpo estremecido, símbolo del pánico que experimentaba al pensar en la inminente lucha.

Se sobrepuso con un formidable esfuerzo y, animoso, esperó el momento propicio para, buceando, situarse debajo del cocodrilo y con extraordinaria agilidad y valor, hundir la recia hoja en el vientre de su enemigo, quien se revolvió con rapidez. Por unos segundos, el hombre y el saurio, en vueltos en agua y sangre, se debatieron en una pelea encarnizada en la que, al parecer, todas las posibilidades estaban de parte del reptil. No obstante, el joven, con una serenidad

que contrastaba con la inquietud anterior; había conseguido montarse a horcajadas sobre el duro lomo del cocodrilo, y con el acero firmemente empuñado, asestarle terribles golpes en los lugares de su cuerpo no provistos de la escamosa coraza.

El animal, fiel a la ley del instinto, sumergíase más y más empleando su táctica favorita de combate; la de hundirse con su enemigo. Con los pulmones a punto de estallar, sintiendo en sus sienes el zumbido de las grandes profundidades, Kinney continuaba apuñalando al reptil.

Ya a punto de morir por asfixia, convencido de que si prolongaba unos segundos más su permanencia en el agua jamás volvería a salir a la superficie, Larry esquivó un coletazo del cocodrilo, y desasiéndose de él, seguido por el saurio, cuyas fauces se abrían amenazadoras, asomó la cabeza fuera del agua para, luego de aspirar una bocanada de aire, volver a hundirse y, en un hábil esguince, hurtar el cuerpo a una acometida del reptil.

Por dos veces el joven intentó repetir su maniobra anterior, entre un remolino de espumas enrojecidas; pero no pudo conseguirlo. Ya desesperaba de salvarse cuando el cocodrilo pasó veloz a su derecha, con el cuerpo arqueado para atacarle por la espalda. A ciegas, de nuevo con los pulmones a punto de estallar por la falta de oxígeno, Kinney, con el ansia de la desesperación, extendió su mano derecha con violencia consiguiendo clavar una vez más el acero en el repulsivo vientre del reptil a la par que, sin soltar el arma, de varios talonazos, se dirigía hacia el lado opuesto al del saurio, produciéndole una enorme desgarradura.

Luego de recobrar el aliento, Larry tornó a bucear y su júbilo fue inmenso al darse cuenta de que el cocodrilo ya no constituía ningún peligro. El feroz animal estaba agonizando, a juzgar por el convulso temblor de su enorme corpachón.

Nadando despacio, a la par que aspiraba con fruición el aire del atardecer, Kinney experimentaba el gozo de la victoria. Vio cómo, acodados a estribor, el mulato y Louis Peatie ayudaban a subir a Marisa a la barcaza y hasta sus oídos llegaron las palabras del francés:

—Larry ha sacrificado su vida por salvarla.

El joven sonrió al darse cuenta de que Peatie le daba por muerto. Pocos hombres hubieran superado con éxito la lucha con un cocodrilo del río Congo, de los más feroces del Continente Negro.

Ya la muchacha a bordo, el nativo fue el primero en descubrir a Kinney, y lanzando un grito, le señaló con la diestra. Peatie y Marisa

vieron con alegría que el joven se acercaba a ellos con lentas brazadas. El francés, temeroso de que el saurio continuara con vida, maniobró para acercar la lancha al heroico joven, tendiéndole la diestra.

Larry saltó a la barcaza y enfundando el cuchillo, sin pronunciar palabra, miró a las agitadas aguas del Congo. Sobre ellas, flotando invertido, todos pudieron ver el repulsivo vientre del cocodrilo muerto.

El silencio fue largo, prolongado. Marisa Tuner, sintiendo que la gratitud y la emoción se desbordaban en su alma, puso una de sus manos sobre el hombro de Kinney:

—Se arriesgó mucho por mí y no creo merecerlo.

Él, con una sonrisa irónica y un gesto de dureza en sus juveniles facciones, repuso:

—¿Ya no le repugna mi contacto?

—Perdóneme, Larry. Me dejé dominar por los nervios y...

Peatie, que había escuchado en silencio el breve diálogo, intervino:

—Su ropa está empapada, Kinney, y sucia de sangre. Siempre llevo prendas de repuesto envueltas en una lona impermeable. Mi criado —señaló al mulato— le entregará lo que necesite. También tú puedes cambiarte, Marisa.

—No; gracias. La noche es cálida.

La joven se volvió de espaldas a los hombres y cinco minutos más tarde, ya con nuevas vestiduras, sin prescindir del revólver y el cuchillo, el joven se acercó a la muchacha, tendiéndole su diestra:

—¿Amigos, pase lo que pase?

—Sí. Jamás olvidaré lo que hizo por mí.

—No tiene importancia. Cualquiera se habría comportado de la misma forma que yo.

—No lo crea —terció el francés—. No he conocido a ningún hombre capaz de enfrentarse a un cocodrilo en el agua y, menos aún, de vencerle.

—Olvidemos lo ocurrido. ¿Creyó qué iba a abrazarla, Marisa? Imagino que ese fue su pensamiento, pensamiento lógico, pues su belleza es extraordinaria. Reparé en el peligro que corría la embarcación y quise evitar que cayera al agua; no lo conseguí.

La muchacha, ruborizada, tomó asiento en uno de los tablones que cruzaban la barca de babor a estribor y su mirada se perdió en la lejanía.

Pronto la noche envolvió a la selva en un manto de sombras, rasgadas por la luz de la luna y de las estrellas. Los ocupantes de la

barcaza callaban, absortos en sus ideas, tal vez impresionados por el maravilloso espectáculo que a sus ojos se ofrecía.

La joven, que miraba con curiosidad a Louis Peatie, al que se consideraba en el territorio como al prototipo del aventurero, observó que este, tensas las facciones, permanecía inmóvil durante varios minutos. Luego hizo una seña a Kinney para que se le acercara.

—Presumo de buen oído y excelente vista, Larry. ¿Quiere escuchar?

El aludido obedeció, pareciéndole percibir, muy lejanos, varios sonidos semejantes al de burbujas de agua al romperse, tan tenues eran.

—Son disparos, Kinney; en las proximidades de la casa de los Tuner.

Marisa, que había escuchado inquieta el breve diálogo entre los dos hombres, se aproximó a ellos.

—¿Está seguro de no equivocarse?

El francés, volviendo a inmovilizar su cabeza, repuso:

—Siguen las detonaciones, aunque van espaciándose. Reconocería entre mil el eco de un disparo de “Winchester”. Tal vez tu padre esté cazando o desde el interior de su domicilio, se defiende de fieras que merodeen peligrosamente cerca.

Diez minutos más tarde, los estampidos oyéronse con claridad. Marisa, trémula ante la idea de que a sus padres les acechaba un serio peligro, rogó:

—¡Fuerce el motor, Peatie!

—Rinde ya el máximo. Tardaremos media hora en llegar.

A partir de aquel momento, los que ocupaban la barcaza no cruzaron palabra alguna, obsesionados por el restallar de las detonaciones, cada vez más cercanas. Cuando los disparos cesaron por completo, la joven sintió que un nudo de angustia se estrangulaba en su pecho.

—¿Qué habrá ocurrido, Dios mío?

Más que una pregunta era una súplica al Altísimo. Kinney, a la izquierda de Marisa, también en pie, le puso una mano en el hombro.

—Tranquilícese. Todos afirman que su padre es un veterano de la selva, uno de los que mejor la conocen. Ya verá cómo todo se reduce a una falsa alarma.

—Gracias, Larry. ¡Qué despacio va esta lancha!

La joven, incapaz de dominar sus nervios, acometida por un trágico presentimiento, se situó en proa, avizorando el curso del río.

El motor de la embarcación, al que se le estaba exigiendo todo su rendimiento, cesó de funcionar, tras varios escapes de gases.

—Imaginaba que iba a ocurrir esto —dijo Louis Peatie, inclinándose a popa para examinar el mecanismo que impulsaba la barcaza. Kinney y Marisa se le aproximaron, sintiendo que la lancha era arrastrada por la corriente en dirección opuesta al sitio al que deseaban llegar. Durante un breve espacio de tiempo el francés permaneció encorvado. Al fin, volviéndose a los que le miraban, informó—: La avería carece de importancia. Tardaré poco en repararla.

Peatie hizo una seña al mulato, el cual, maniobrando hábilmente con el timón, consiguió acercar la barcaza a la orilla con el propósito de que la corriente no siguiera impulsándola río abajo.

El nativo saltó a tierra llevando en sus manos una recia maroma, que ató al tronco de un árbol. Después reunióse con Peatie para ayudarle en su tarea.

La muchacha, mordiéndose los labios en un vano afán de dominar su impaciencia, se negó a abandonar la lancha. Su pie derecho golpeaba en uno de los tablones, con ritmo febril.

—No nos vendrá mal estirar un poco las piernas, Marisa. Nada consigue angustiándose. Es posible que cuando abrace a sus padres se reproche su falta de serenidad.

La joven, sin responder, se dirigió a Peatie.

—Solo nos separan tres millas de la cabaña. Si cree que va a tardar más de dos horas en poner en marcha el motor, haré a pie el recorrido.

El interrogado, con un gesto de satisfacción, contestó:

—No es necesario. ¿Oyes?

El francés acababa de hacer girar una manivela y un ruido monótono llenó de alegría el corazón de la muchacha. Segundos más tarde, la barcaza remontaba de nuevo las aguas del Congo.

Al alcanzar la ensenada natural en la que Harold Tuner acostumbraba a dedicarse a la pesca, el corazón de Marisa latía precipitado. El silencio era absoluto. A través de una de las ventanas de la casa se veía la luz oscilante de un quinqué de petróleo.

Peatie, Kinney y la muchacha saltaron a tierra dejando al mulato al cuidado de la lancha. Larry, que iba en cabeza, fue el primero en advertir algo que, horrorizándole, le hizo detenerse. Eran los cuerpos de un hombre y una mujer caídos sobre un charco de sangre.

Marisa, al presenciar el terrible espectáculo, quedó rígida, como

una estatua que simbolizara el horror. Sus bellas facciones, desencajadas, mostraban un ramalazo de locura. Ni el francés ni Larry tuvieron ánimo para pronunciar unas frases de consuelo. Luego de mirarse en silencio, se arrodillaron junto a Harold y Dorothy.

—Parecen muertos —dijo Peatie, con voz que era un susurro.

—Ella sí lo está. En cuanto a él...

Kinney acababa de coger entre sus dedos la muñeca derecha del cazador, deseoso de sentir el pulso del hombre. Al fin pudo percibirlo, aunque muy leve.

—¡Tu padre vive todavía, Marisa!

La joven, inclinándose sobre los cuerpos de los seres a quienes más amaba en el mundo, sollozó mientras exclamaba:

—No tardará en morir. Tiene tres heridas.

Cual si Tuner hubiera necesitado oír la voz de su hija para recobrar el conocimiento, abrió los ojos y una sonrisa se reflejó en su rostro:

—¡Marisa...! —balbució Harold—. Temí no verte más. Dios es muy bueno conmigo al permitirme expirar contemplándote.

—¡No morirás, papá! ¡Nosotros te salvaremos!

Al oír tales palabras, la mirada del moribundo se desvió de su hija para posarse en Louis Peatie y Larry Kinney. Un estremecimiento surcó su cuerpo al fijarse en el joven.

—¡No! ¡No es posible!

—¿Qué no es posible, papá?

—¿Quién es ese hombre que os acompaña?

—No se preocupe de eso, señor Tuner.

—¡Necesito saberlo!

El cazador puso toda su energía en tales palabras, cerrando los ojos mientras jadeaba a causa del esfuerzo realizado. Al reponerse, insistió:

—¡Decidme su apellido!

No queriendo contrariar a su padre ni tampoco amargarle, con una verdad o una infamia, los últimos minutos de su vida, la muchacha mintió:

—Quiere organizar una cacería. Se llama John Stebbins. Una triste sonrisa iluminó las facciones de Tuner.

—No, Marisa. El pasado acude puntual a su cita con la muerte. Ese muchacho me recuerda una vieja y trágica historia, nunca olvidada por mí. No quisiera morir con este secreto para que el futuro no pueda nunca sorprenderte. ¡Yo maté a un hombre!

—¡No hables más, papá! Te perjudica.

—Nada puede perjudicarme. Presiento que mi vida se acaba. El mío es el final lógico de todo el que se deja arrastrar por la violencia.

La joven, deseosa de apartar de la mente de su padre tales ideas, le interrogó:

—¿Quién os atacó?

—No lo sé. Tu madre y yo salimos a pasear por la orilla del río, y de pronto sonaron varias detonaciones. Yo sentí un fuerte choque en una pierna y Dorothy cayó a tierra sin proferir un quejido. Me incliné para auxiliarla sin pensar en el peligro que me amenazaba, y tal movimiento me salvó la vida. Nuevas balas silbaron sobre mi cabeza, mensajeras de muerte. Dominando el asombro que me produjo lo inesperado de la agresión, me oculté detrás de un peñasco. El rifle se hallaba en la casa y mi revólver era ineficaz en una lucha a distancia, ya que mis enemigos disparaban desde el bosque. Por dos veces intenté acercarme a tu madre y hube de desistir. Debían de ser varios los que me atacaban porque apenas si se interrumpía el fuego. Seguro de que sería vencido de no apoderarme de mi “Winchester”, quise acercarme a la cabaña, reptando. Un proyectil se hundió en mi pecho y entonces tuve la certeza de mi inmediato fin. Ya sin protegerme, seguro de que llevaba la muerte alojada en mi cuerpo, llegué junto a Dorothy. Me hirió una nueva bala. Antes de perder el conocimiento comprendí, Marisa, que tu madre me precedía en el camino de la Eternidad.

La luna acentuaba la palidez del cazador, el cual, jadeante, guardó silencio. La camisa de Tuner, empapada de sangre, alzabase rítmicamente al compás de la agitada respiración.

El silencio fue largo. Larry y Peatie se habían puesto en pie y contemplaban emocionados las caricias que la muchacha prodigaba a su padre.

La voz del cazador sonó de nuevo, entrecortada, plena de nostalgia.

—No me interrumpas, hija. Quiero que sepas el pasado de tu padre para que me perdones. ¿Él se apellida Kinney?

El moribundo señaló al joven. La interrogada repuso:

—Sí. Es su hijo. No te odia.

—Le sobran motivos para aborrecerme. Yo maté a su padre. Escucha...



—No tardara en morir.

CAPÍTULO III

—Larry Kinney era, como yo entonces, un afortunado negociante de Egipto que pasaba largas temporadas en Londres, envuelto en aura de poesía y aventura. El que te acompaña, Marisa, es el vivo retrato de su padre. Los dos pretendimos la misma mujer y fue derrotado por mí. A partir de aquel momento, la enemistad de Kinney y mía se acentuó y él puso todo su empeño en arruinarme, en hacerme saber que se consideraba superior a mí. No desaprovechó ninguna oportunidad para zaherirme e, incluso, siguió cortejando a mi esposa. Dorothy, le rechazaba siempre.

Harold Tuner guardó silencio, agotado por la fatiga. Tras varias inspiraciones profundas, siguió:

“Llegué a odiar a Kinney; pero nunca le hubiera matado a no ser porque él se hizo merecedor de mi venganza. Y para realizar tal delito, cara a cara, desde luego, tuve que emborracharme. Sería muy largo, y no dispongo de tiempo, referirte, hija, el proceso financiero tras el cual quedé en la ruina. Larry Kinney perdió más de doscientas mil libras con la venta de unas acciones en las que yo había invertido todo mi capital y parte del de algunos amigos. Sacrificó una fortuna vendiendo a bajo precio y produjo el pánico en la Bolsa, la devaluación de lo que yo poseía y mi desastre económico. Durante muchos días Kinney, que utilizaba un agente para, en secreto, irse apoderando de los valores que yo tuve que vender, no dejó de mostrarme a mí en todos los lugares para ofrecirme en alta voz su ayuda de una manera insultante, compasiva. En dos ocasiones tuvo el atrevimiento de referirse a Dorothy, lamentando la mala suerte que había tenido al contraer matrimonio conmigo. Hice frente a todas las deudas y devolví a mis amigos lo que les hice perder en la desgraciada jugada. La vida se me hizo intolerable. Por entonces comenzaron los disgustos familiares. Tu madre era buena. Marisa, pero no estaba habituada a una vida humilde. Su alejamiento de la esfera social en la que siempre había vivido fue un rudo golpe para ella”.

Una tos convulsa, que parecía destrozarle los pulmones, acometió al cazador, por cuyas heridas del pecho manaba la sangre en abundancia. Con voz más débil, el herido reanudó su historia.

“No puedo extenderme en detalles. Tampoco lo deseo porque un relato de mis sufrimientos de entonces podría parecer como una

justificación a lo que no la tiene. ¡Solo Dios dispone del futuro de los hombres y el asesinato es algo execrable! Una noche, abrumado, sin moral, después de un serio disgusto con Dorothy y de haber visto un ramo de flores dirigido a ella con una tarjeta de Kinney, fui a buscar a mi enemigo con el deseo de exigirle una explicación. Mientras caminaba por las callejas de El Cairo, bañadas por la luna, en mi cerebro iba agigantándose el afán de desquite. Larry Kinney me parecía un monstruo, un ser indigno, aborrecible... Sin saber lo que hacía, entré en una y otra taberna hasta embriagarme. Compré un puñal a un árabe y situándome a la salida del casino esperé a mi rival. Al verle, empuñé el arma que llevaba oculta debajo de la americana, Kinney, al que acompañaba un amigo y dos mujeres, extrajo del bolsillo posterior del pantalón una navaja, disponiéndose a la defensa. Nos lanzamos el uno contra el otro..."

Marisa, comprendió que el recuerdo del pasado angustiaba terriblemente a su padre, le interrumpió, poniendo sus dedos en los labios del moribundo.

—Calla, por favor. Nosotros no somos quiénes para juzgarte. Si es que ahora mueres, Dios se ocupará de tu alma.

La muchacha, al retirar su diestra de la boca de Tuner, la noté humedecida, pegajosa, y ya no tuvo duda de que los minutos del herido estaban contados. Él, en un supremo esfuerzo, prosiguió:

—Necesito concluir mi historia, sobre todo para que él me perdone.

Al decir tales palabras, los ojos del cazador miraron al joven Kinney, el cual, muy pálido sintió que la piedad se desbordaba en su corazón. No obstante, guardó silencio para oír las trémulas palabras de Harold.

—Luchamos con fiereza durante breves segundos hasta que mi cuchillo se clavó en su pecho. Hui de allí sin que nadie me detuviera y, regresando a mi domicilio, serenamente, con la tranquilidad que siempre me acompañó cara al peligro, referí a mi esposa la historia diciéndole que para no ser encarcelado huiría al centro o al sur de África. La liberé del compromiso moral de seguirme, pero ella vino conmigo, demostrándome así que su corazón era bueno por encima de ambiciones, frivolidades sociales y diferencias de caracteres. ¡A qué referir también nuestro viaje, siempre con el temor de ser apresado! En una embarcación de carga remontamos el Nilo hasta la primera catarata. Después, y siempre sin abandonar el cauce del gran río, unas veces navegando por él y otras a través del desierto, estando en varias ocasiones a punto de morir, tras inacabables meses, Dorothy y yo llegamos a Rumbeck, al sur del Sudán, donde

permanecimos algún tiempo reponiendo nuestras fuerzas. Las cuatro mil libras que eran nuestro capital nos servían para sustentarnos. Siempre con el afán de huir de toda zona donde mis compatriotas ejercieran dominio o protección, continuamos hasta el sur a fin de, luego de cruzar el que los indígenas llaman País de los Ríos, internarnos en el Congo Belga para venir a dar con nuestros huesos en Stanleyville. ¡Siempre he sonreído al oír referirme al heroísmo de las expediciones que recorren unos cientos de millas en viajes científicos o por el capricho de gozar de aventuras! Dorothy y yo anduvimos más de tres mil quinientos kilómetros... Con la experiencia conseguida, y luego de adquirir ropas y víveres, nos alejamos de la ciudad para establecer nuestra casa en el sitio en que se alza ahora. Dirigí con suerte algunos “safaris” de caza, y pronto fui conocido en el distrito de Stanley Fall como la persona ideal para todo aquel que quisiera gozar de emociones cinegéticas. ¡Nunca olvidé mi crimen, ni aún después de nacer tú, Marisa!

Tras el largo parlamento, Harold cerró los ojos mientras su rostro se contraía en un gesto de amargura, de desesperanza. Larry Kinney conmovido, inquirió:

—¿Qué hizo con el cadáver de mi padre?

Una gran sorpresa se reflejó en los ojos del moribundo.

—Quedó tendido en tierra. No comprendo tu pregunta.

El joven, sin perder segundo, con una viveza demostrativa de que estaba segura de la inmediata muerte del cazador, explicó:

—El cuerpo de papá fue conducido a una casa inmediata. La mujer que habitaba en ella se ocupó en la cocina de llenar agua y prepararlo todo para cuando acudiera el médico, al que el amigo de mi padre había ido a llamar. Las dos damas que les acompañaban, de la alta sociedad, no quisieron mezclarse en un escándalo y se inhibieron de todo. Cuando diez minutos más tarde llegó el doctor, Larry Kinney había desaparecido y no fue posible encontrarlo. Corrió el rumor de que usted se había apoderado del cuerpo para impedir que la policía hallara, con la víctima, el testimonio irrefutable del delito. Días más tarde nadie dudaba de que Harold Tuner había enterrado a mi padre en cualquier lugar del desierto.

Hubo un largo silencio, roto al fin por las temblorosas palabras del cazador.

—Cara a la muerte siempre se dice la verdad. Después de la agresión, no volví a preocuparme de Larry Kinney, centrando todo mi interés en evitar que las autoridades me capturasen. Siento no poder responderte; pero te aseguro que en mis años de fugitivo han

sido tantos mis dolores y tan profundo mi remordimiento que creo haber pagado en la tierra mi delito. Dios te ha hecho venir a mi lado en tan supremo trance. Necesito tu perdón para morir en paz.

Tuner, olvidándose de su hija, miraba al joven Kinney. Este, meditativo, tardó en responder. Cuando lo hizo, sus palabras denotaban sincera emoción.

—Le perdono, Tuner; con toda mi alma.

Una sonrisa iluminó las facciones del cazador, el cual musitó:

—Gracias, hijo. ¡Que Dios te pague esa bondad! ¿Naciste después de la muerte de Larry?

—Siete meses más tarde.

—Pide mucho por él y por mí. Yo lo maté y nada justifica tal acto. Pero él, casado con tu madre, no dejó de asediar a mi esposa. Creo que le cegaba el odio. Yo también le perdono.

Las palabras de Tuner, impresas del dolor de la evocación, conmovieron a Marisa y a los dos hombres. Ella, dejándose arrastrar por un secreto impulso, puso sus labios sobre los del herido. Apenas lo había hecho cuando de la garganta de la joven brotó un grito horrisono mientras se separaba de su padre para, en pie, retroceder tambaleándose.

—¡Dios mío! ¡Está muerto!

Larry fue el primero en reaccionar y acercóse a la muchacha, sujetándola por uno de los brazos ante el temor de que cayera. Ella se desasíó con violencia.

—¡Suelte! ¡Él me enseñó a no ser débil! ¡Consagraré toda mi vida a la captura de los asesinos!

Al pronunciar tales palabras, Marisa Tuner extendió ambos brazos y la luz de la luna, al proyectar su sombra, reflejó una apariencia de cruz, presagio, tal vez, de los peligros y padecimientos que el futuro le reservaba. Lejano, se percibió el escalofriante aullido de las hienas...

CAPÍTULO IV

Larry Kinney, Louis Peatie y el mulato, acomodados en el interior de la casa de los Tuner, permanecieron toda la noche en vela escuchando, a través de la puerta que separaba el comedor del que fue dormitorio del matrimonio, los sollozos de la muchacha.

Vencido el dolor brutal, por lo inesperado, de Marisa y el asombro que produjo en ella las declaraciones de su padre, entre los tres hombres transportaron a la cabaña los cadáveres de Harold y de Dorothy, depositándolos sobre la cama y cubriéndolos con una sábana. Después, Kinney, Peatie y José dejaron sola a la joven pasando al cuarto inmediato donde, en derredor de la mesa, hicieron menos ingrata la velada con unos tragos de ginebra francesa.

El empleado de Louis, que manteníase en segundo término, en actitud respetuosa para con su amo, fue invitado por este a tomar un sorbo de licor para, a continuación, escuchar una orden.

—En cualquier sitio de la casa tiene que haber una azada. Cógela y cava una sepultura, procurando hacer el hoyo entre los árboles. Estoy seguro de que tal hubiera sido el deseo de Harold Tuner de poder elegir el lugar de su enterramiento. Después de oír su historia comprendo que vino a África como tantos otros, con el propósito de rehacer su vida, de sustraerse a ese pasado con el que nadie puede romper por completo, al menos en lo material. Sin embargo, tengo la certeza de que llegó a amar al Continente Negro. Hablé con él en muchas ocasiones y siempre se refería a estas tierras con verdadero cariño, no considerándolas como un lugar de destierro y sí como un país de promisión. Me consta que le amargaba en parte el saber a su esposa no aclimatada al territorio; pero ello no era obstáculo para que, con la carabina a la espalda, embriagándose con los aromas de la selva, no se sintiera feliz acechando el paso de una manada de elefantes o de un grupo de airosas gacelas. ¿Qué haces ahí parado, José?

El mulato, con una disculpa, se apresuró a abandonar la habitación en la que reinó el silencio durante varios minutos. Larry, tras un leve carraspeo, ofreció tabaco a Peatie para que llenara su cachimba y, seguidamente, inquirió:

—¿Me permite hacerle una pregunta un poco indiscreta?

Peatie miró a su interlocutor con afecto.

—Hágala. Yo, que he engañado a tanta gente, admiro en los demás el valor y la sinceridad. Le tengo simpatía, Kinney. Usted es como a mí me hubiera gustado ser.

Un leve tono de nostalgia vibraba en las palabras del francés. Larry meditó unos segundos para, con voz lenta, decir:

—En los meses que llevo residiendo en Stanleyville he podido darme cuenta de que todos tratan a los nativos igual que a animales. Incluso en la plantación de los Veagh, donde se ha abolido el uso del látigo, he visto a los capataces no permitir que se les acerquen los negros. Usted, en cambio.

El joven hizo una pausa para encender el tabaco que había apelmazado en la pipa. Aspiró con fruición una bocanada de humo.

—Usted, en cambio, se comporta con ese mulato tan consideradamente como si fuera un hermano y no un criado, como si llevara en sus venas sangre de raza blanca tan pura como la nuestra.

—¿Qué le hace pensar así? —inquirió Peatie.

—Vengo observándolo desde que le conocí a usted, y por si tuviera alguna duda hace unas horas no le castigó cuando, por un descuido, puso la barcaza en peligro de hundirse obligándome a mí a luchar contra un cocodrilo para salvar la vida de Marisa. Ahora le ha hablado sin despotismo, pese a que no obedeció sus órdenes con la rapidez que todos los blancos desean en el trato con los indígenas. ¿Está bautizado el mulato? El nombre de José es muy frecuente entre los nativos evangelizados por misioneros católicos.

Kinney, que observaba atentamente al francés, pudo advertir en su rostro una sombra de tristeza, de preocupación. Peatie, bronca la voz, repuso:

—Sí. Está bautizado. Lo tengo conmigo desde muy pequeño y puedo asegurarle que es un hombre digno y noble, que muchos de nosotros deberíamos tomar ejemplo de él. Me ocupé de que aprendiese lo elemental en una escuela de... No importa de qué sitio. Es mi único amigo, y aunque apenas si hablamos me consta que se dejaría matar por mí.

—¿Y usted por él?

Louis, incorporándose, sin responder a la pregunta que le era formulada, abrió la puerta de la habitación contigua, deteniéndose en el umbral.

—Mire, Kinney —dijo.

Larry, poniéndose en pie, se aproximó a Peatie pudiendo ver a Marisa arrodillada junto al lecho sobre el que se hallaban los cadáveres de sus padres. Con la frente sobre una de las manos de

Harold, lloraba silenciosamente. El joven fue a dar un paso hacia delante, con ánimo, sin duda, de penetrar en la habitación, pero el francés, asiéndole de un brazo, se lo impidió mientras cerraba suavemente la hoja de madera que aislaba a la muchacha.

—Dejémosla sola. Las lágrimas ayudan a recobrar la paz del espíritu... Se lo dice a usted, Kinney, un hombre que no ha llorado nunca.

—Creo que tiene razón. ¿Salimos?

—Como quiera.

Larry y Peatie abandonaron la cabaña para, cruzando la explanada, reunirse con el mulato que, en los comienzos del bosque, manejaba un azadón con singular energía, con una energía reveladora de una fortaleza física poco común. De vez en cuando escuchábase el aullido de alguna fiera, notas agudas en la nocturna melodía de la naturaleza. La luz de la luna, que entraba de soslayo en los principios del bosque, iluminaba con nitidez la espalda de José, quien se había quitado la camisa para que esta no embarazase sus movimientos. La tez del hombre, de color chocolate claro, brillaba, por el sudor, cual si estuviese húmeda de grasa. La capa muscular del gran dorsal movíase acompasadamente a cada ademán del nativo, reflejando la perfecta anatomía de aquel hombre, no contaminado por los vicios de la civilización.

La azada, que ahondaba en la tierra con ímpetu, partió en dos una gran lombriz cuyos extremos siguieron agitándose hasta desaparecer de la vista de Larry en la sombra proyectada por el montón de tierra que el nativo iba formando a su derecha. Un escarabajo gigante cruzó entre las cabezas de Kinney y del francés, yendo a chocar contra un árbol próximo. El insecto produjo un ruido sordo. Peatie comentó, con una sonrisa:

—Nos hemos librado de un buen puñetazo. Es el efecto que producen cuando encuentran en su camino la cara de un hombre.

—¿Sabe Marisa que estamos cavando esta fosa? Quizá ella desee que sus padres reciban sepultura en el cementerio católico de Stanleyville.

—Es poco probable. Se lo consultaremos.

Los dos hombres esperaron a que la sepultura estuviese terminada para, dirigiéndose a la cabaña, abordar a la muchacha. Louis y Larry habíanse puesto de acuerdo sin palabras en la necesidad de proceder con rapidez a fin de evitar sufrimientos a la joven, por lo que, sin preámbulos, interrogaron a Marisa en el sentido de si deseaba enterrar allí a sus padres o que fuesen trasladados a Stanleyville. La respuesta de la muchacha fue la que

Peatie sospechaba:

—Papá encontró la paz en el bosque y en él debe dormir su último sueño.

Larry cogió varias de las lonas impermeables con las que Harold Tuner acostumbraba a envolver los útiles necesarios para las expediciones de caza, y con ellas rodeó los cadáveres, cubriéndolos por completo. Louis, que le ayudaba, dijo a la muchacha, al notar su creciente nerviosismo:

—Es irremediable, Marisa. Tienes que ser fuerte igual que tu padre soñó siempre.

—Procuraré mostrarme digna de él.

Minutos más tarde, Kinney, Peatie, el mulato y Marisa, ya depositados los cuerpos en la fosa, guardaron un largo silencio. Al observar la joven que José se apoderaba de la azada con ánimo de cubrir de tierra los cadáveres, exclamó:

—Esperen.

Se alejó con rapidez hacia la casa para regresar a poco con la Biblia en la que su padre acostumbraba a meditar, y abriéndola al azar se sobresaltó al darse cuenta de que tenía ante su vista el pasaje del Libro de Job que Harold Tuner leyó la noche anterior.

“¿Por qué hallé rodillas que me acogieron y pechos que me amamantaron? Pues ahora, muerto, descansaría, dormiría y reposaría con los reyes y los grandes de la tierra...”

Un sollozo estranguló la voz de Marisa, quien, cerrando el grueso libro, cayó de rodillas junto a la sepultura...

Terminada la piadosa ceremonia, Kinney, dispuesto a alejar a la muchacha del escenario de una tragedia que le acongojaba, propuso a Peatie:

—Vayamos a Stanleyville. Nada nos queda que hacer aquí. Coge lo que necesites, Marisa, cierra la casa y ven con nosotros. Vivirás una temporada con los Veagh hasta que decidas el rumbo de tu vida.

—Ya está decidido —repuso ella, con firmeza—. Soy tan experta tiradora como lo fue mi padre y conozco bien el Congo. ¡No abandonaré la cabaña! Tengo la corazonada de que los asesinos no deben andar lejos y de que pronto podré verlos desde el punto de mira de mi rifle. ¡Prometí vengar a mis padres y he de cumplirlo!

Tan firmes eran las palabras de la muchacha que Louis comprendió que Larry iba a perder el tiempo insistiendo. Intervino en favor del joven.

—Es un disparate que permanezcas aquí sola. No me opongo a que hagas tu voluntad. Sin embargo, considero acertado lo que

Kinney te sugiere. Los días y las noches iban a serte espantosamente largos.

Comenzaba a amanecer. La leve claridad del crepúsculo envolvía la selva de un leve color morado que, después, fue transformándose en rojo escarlata. Multitud de pájaros, mudos hasta entonces, volaban de rama en rama entre una golosa algarabía. Algunos de ellos se posaron sobre la tumba del matrimonio Tuner, en un rudo contraste de vida y de muerte.

—En la selva nunca se está solo —fue la réplica de la muchacha, tras un largo silencio.

—No, Marisa. No poetices en torno a África. No niego los encantos, la sugestión de esta tierra; pero es bárbara, cruel, implacable. ¡No permitiré que te quedes aquí expuesta a que regresen los asesinos de tus padres y...!

Era la segunda vez que Larry la tuteaba. La joven no pareció reparar en ello.

—¡Eso es lo que pretendo, Kinney! —le interrumpió—. No insista.

—¡Claro que insisto! No puedo permitir que te suicides.

Ella alzó la cabeza, en un gesto de orgullo, tuteando también a Larry.

—¿Quién eres tú para cruzarte en mi vida? Vuelve a Stanleyville con Peatie.

—¡Te matarán también!

Marisa clavó su mirada en la del joven. Luego, molesta por la terquedad de Kinney, dijo:

—¡Mejor para ti y para los tuyos! Una vez que yo muera, no quedará nadie de la familia formada por Harold Tuner. ¿Qué mayor dicha podéis ambicionar?

El injusto reproche de Marisa endureció el rostro de Larry, quien, sin responder, se alejó unos metros de la cabaña para, cara al río Congo en el que se balanceaba la embarcación del francés, aspirar el aire con avidez.

—¿Vamos, Kinney? La conozco demasiado como para saber que su criterio es irreductible.

—Espere. Voy a despedirme de ella.

Con una sonrisa, que ocultaba sus verdaderas intenciones, Larry se aproximó a la mujer, tendiéndole la diestra en ademán, de saludo.

—Adiós. Te deseo suerte.

Ella fue a alargar su mano y en ese momento sucedió algo increíble. El puño izquierdo de Kinney chocó con la femenina

mandíbula en un movimiento tan inesperado que la agredida no pudo lanzar un grito de sorpresa o dolor. Marisa cayó al suelo, privada del sentido. Peatie, acercándose a Larry, le dijo:

—No se lo perdonará nunca.

—No me importa. Lo único que me interesa es sacarla de aquí como sea.

El joven cogió a la muchacha en sus brazos, sin aparente esfuerzo, y la condujo a la barcaza en la que el mulato, que se hallaba disponiéndolo todo para el viaje, se adelantó a la borda para recibir la carga que Kinney llevaba y depositarla en popa. Kinney y el francés subieron a bordo y, al cambiar una mirada, sonrieron.

—Sé que usted aprueba lo que acabo de hacer, Peatie.

—Sí; pero insisto en que ella le guardará rencor toda la vida.

—Siempre hice lo que consideré mi deber sin importarme las consecuencias que se derivaran de mis actos.

Louis, encogiéndose de hombros, puso en marcha el motor, y la barcaza, quitadas por el mulato las amarras, emprendió el viaje a Stanleyville.

Kinney, sentado muy cerca de Marisa, admiró la extraordinaria belleza de la muchacha, una belleza natural, algo primitiva quizá por las espesas cejas y el rojo violento de sus labios, que jamás tomaron contacto con los carmines utilizados por las mujeres en zonas civilizadas.

—Le parece bonita, ¿verdad? —inquirió Peatie.

Larry se volvió al francés ante la sospecha de que tal pregunta fuera formulada con sarcasmo. No fue así. En las facciones del francés había un gesto de cordialidad.

—Mucho —repuso el joven—. Para mí, habituado a la vida en Londres, al fingimiento y al maquillaje de las damiselas inglesas, posee el singular atractivo de la pureza.

—¿No teme su reacción cuando despierte?

—¡Yo no temo nada, Louis! Por muy testaruda que sea, tendrá que comprender que solo pensé en su bien al golpearla.

Encogiéndose de hombros, Peatie se separó de Larry para sentarse a estribor, sobre uno de los tablones que cruzaban la embarcación, destinados a tal fin. La barca, a favor de la corriente, avanzaba a gran velocidad entre un torbellino de espuma. El sol comenzaba a ascender, primero como rojo disco de fuego, después de oro. Una neblina, no muy espesa, surgía de los matorrales inmediatos al río, envolviendo los troncos de los árboles con túnicas de transparencia.

Transcurrieron los minutos. Kinney fue a sentarse junto al

francés para ofrecerle tabaco con el que llenar la cachimba y Peatie, que sentía gran afecto por el joven, dijo:

—Ahora soy yo quien desea hacerle una pregunta, tan poco discreta como la que usted me formuló en la cabaña. ¿Me lo permite?

—Desde luego.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

—¡Me asombra su aplomo, su decisión ante la vida, su valor y, sobre todo, su concepto de la responsabilidad! No son estas virtudes frecuentes en personas de sus años.

—Tuve que luchar desde muy joven. Mi padre, al morir, dejó todos sus negocios embarullados. Su situación económica no era tan buena como se imaginaba. ¡Se arruinó, casi, por arruinar a Harold Tuner! Nos ayudaron nuestros familiares ingleses y me especialicé en ciencias económicas, obteniendo por oposición un puesto en el Servicio Internacional del Caucho, producto que conozco así como cuanto se refiere a la agricultura. ¡Me hice hombre demasiado pronto! ¿Comprende?

—Sí. Continúe.

—Poco tengo que añadir. Mi madre aún vive y procuro ser siempre digno de sus enseñanzas. ¡Ella está orgullosa de mí! No existe una sola edad para los humanos, sino una dualidad de años físicos y morales. De los primeros tengo veintitrés; de los segundos me considero mucho mayor.

Los dos hombres callaron. La embarcación continuaba deslizándose por el Congo, estremeciéndose de vez en cuando, tanto era su velocidad.

—Para el motor, José —dijo Peatie—, hemos recorrido casi la mitad del camino. Ahorremos combustible. ¡No vuelas a descuidarte con el timón!

—Permaneceré atento, amo.

Consumido el tabaco de la pipa fue el francés quien ofreció su bolsa. Estaba Kinney cargando la cachimba cuando Marisa comenzó a recobrar el sentido. Larry, Louis y el Mulato la miraban. La muchacha parpadeó con fuerza hasta herir los ojos. Durante varios segundos, atónita, no recordó ocurrido, pero de pronto, incorporándose...

Por el brillo de la femenina mirada, Kinney dióse cuenta que empezaba, para él, una desagradable escena. En realidad carecía de atribuciones para pretender ordenar la vida de la mujer, al menos de atribuciones materiales.

—¡Vire, Peatie, y lléveme a casa! ¡Le pagaré lo que pida!

—Lo siento, Marisa; pero he sido contratado por el señor Kinney. Él es quien debe decidir el rumbo.

El joven, comprendiendo que el francés le ayudaba con el fin de impedir que la muchacha cometiera el desatino de permanecer en la selva, expuesta a ser víctima de los asesinos de sus padres, replicó, secamente:

—Seguiremos rumbo a Stanleyville.

—¡Vire, le digo, Louis o...!

La hija del infortunado Harold Tuner, agachándose, se apoderó de un “Winchester”, el de Peatie, que descansaba a su izquierda, y con él en disposición de disparar, agregó:

—¡Hágalo o le mato!

El francés, encogiéndose de hombros, con absoluta indiferencia hacia el peligro, repuso:

—Dispara ya, Marisa. La vida empieza a carecer de atractivos para mí. Cumpla mi deber obedeciendo órdenes de quien me contrató. ¡Allá tú y él! Sin embargo, he de decirte que te comportas con insensatez y que si fueras mi hija te daría una buena azotaina.

Peatie, una vez que hubo terminado de hablar, con una sonrisa de superioridad, miró con fijeza a la muchacha. Ella, desviando el cañón del rifle, apuntó a Kinney.

—¡No pretendo nada que no sea lícito! ¡Usted me hizo perder el sentido para obligarme a ir a Stanleyville contra mi voluntad! ¡Déjeme en mi cabaña y lo olvidaré todo, incluso el golpe! De lo contrario...

El dedo índice de Marisa se curvó sobre el gatillo, en una clara amenaza.

—De lo contrario, ¿qué?

—Le atravesaré la cabeza con un proyectil. ¡Usted viene de Londres e ignora la violencia de las pasiones de los que hemos nacido en África! Sin duda piensa que no seré capaz de matarle. Se equivoca. ¡No se dé cuenta, tarde, del error!

Los labios de la muchacha se habían crispado al pronunciar las últimas palabras y había en el femenino rostro un gesto de dureza que impresionó a Larry.

—¿Vas a asesinarme? Sería un mal negocio para ti. El pasado no perdona. Pronto olvidaste la historia de tu padre y...

—¡No vuelva a tutearme! Nosotros somos dos extraños. Peor que eso; ¡dos enemigos! ¡Diga a Peatie que varíe el rumbo! ¡No se lo repetiré más!

Kinney, con una sonrisa en sus labios juveniles, sonrisa que no

conseguía suavizar el gesto de dureza de su rostro, avanzó un paso hacia la muchacha.

—Voy a quitarte el rifle. Te llevaré atada de pies y manos a Stanleyville.

—¡¡Permanece quieto!! ¡¡No me obligues a...!!

Pero Larry no la obedecía. Muy despacio, sin perder de vista el cañón del arma, iba aproximándose a la muchacha.

—¡Detente! ¡Detente!

—¿Tú también me tuteas? —repuso él, irónico—. Siempre existe un lazo de unión entre víctima y verdugo.

La mano derecha de Kinney se movió lentamente y sus dedos se engarfiaron en el “Winchester”. Ella, soltando el arma, cubrióse el rostro con ambas manos y rompió en histérico sollozo. Larry, separándose de la mujer, entregó el rifle al francés.

—Tome. Póngalo en su sitio. Siento lo ocurrido.

—Se arriesgó demasiado, Kinney. ¡Nadie sabe hasta dónde puede llegar el amor propio de una mujer!

—Nunca más allá de la moral y la conciencia, Louis. Se lo aseguro.

José y Peatie contemplaron admirativamente al joven, maravillándose del alarde de valor por él realizado. Kinney, muy sereno, cual, si no acabara de desafiar la muerte, posó sus ojos en Marisa, que continuaba con el rostro oculto.

—Tal vez algún día comprendas de que al proceder así solo pienso en tu propio bien —dijo.

Larry se acomodó en una de las tablas, a la derecha del francés.

—¡Quisiera que mi hijo fuese como usted! —exclamó Peatie.

—¿Tiene algún hijo?

—Me expresé mal —se apresuró a replicar Louis, con viveza—. Olvidé añadir “de haberlo tenido”.

—Ya —fue el seco comentario de Kinney.

Navegaron en silencio durante varios minutos. Marisa se fue tranquilizando. Para evitar unos rápidos, a tres millas escasas de Stanleyville, el mulato hubo de aproximarse a la orilla izquierda del río, lo que fue aprovechado por la joven para, antes de que Larry o Louis pudieran impedirlo, arrojarle al agua y, con enérgicas brazadas, dirigirse a la orilla.

Aunque Peatie, apoderándose del timón, puso proa hacia la muchacha, esta alcanzó tierra firme y con rapidez, internóse en el bosque, desapareciendo de la mirada de los que iban en la embarcación.

—¿Qué hacemos, Kinney? Quiero advertirle que hay muy pocas

personas que conozcan este territorio tan a fondo como Marisa. Su padre le enseñó todas las costumbres, no solo del país, sino también de las tribus indígenas que lo habitan. Le aseguro que perderemos el tiempo si pretendemos alcanzarla.

—Seguiremos hasta Stanleyville. No quiero enfrentarme de nuevo a esa mujer ni contrariar su voluntad. Hice lo que pude por alejarla del peligro y no me considero responsable de lo que, en un futuro, le suceda...

* * *

Marisa Tuner se detuvo jadeante al pie de una palmera. Creyéndose perseguida por Larry y Louis, había corrido durante más de media hora, sin concederse descanso, expuesta, en su precipitación, al mortal peligro que representaba pisar o molestar a cualquiera de los numerosos ofidios venenosos que infestaban la selva. Ante ella se extendía una inacabable llanura de hierba en la que, a pequeños trechos, sin orden de continuidad, alzábanse, aislados, grupos de árboles.

La hija del infortunado Harold, no queriendo que Kinney y Peatie la obligaran por la fuerza a dirigirse a Stanleyville fue a internarse entre la alta y espesa vegetación, en la certeza de que sus perseguidores perderían allí el rastro. Pero se detuvo, pareciéndole oír las palabras de su padre al referirse a las grandes mesetas africanas y, sobre todo, a las praderas herbáceas:

—“Nunca te aventures por lugares en los que es imposible la visibilidad. Los leopardos y los leones se ocultan con preferencia entre la hierba”.

Marisa, desatendiendo la voz de la prudencia, deseosa de burlar el imaginario acoso de Kinney y Peatie, se adentró por una vegetación que en no pocas zonas llegaba a cubrirla por completo.

Anduvo durante todo el día, temerosa siempre de que la muerte se le presentara de forma inesperada e inevitable. Al anochecer abandonó la pradera, después de haberla cruzado en diagonal, para internarse de nuevo en el bosque. Solo entonces respiró con alivio. Entre los árboles sentíase segura, dueña de sí misma.

No le fue difícil orientarse siguiendo el curso de los riachuelos que iban a verter sus aguas en el Congo, y sobreponiéndose a la fatiga que la dominaba, a una turbadora sensación de desmayo, siguió caminando con el afán de llegar al gran río y, ya sin perderle de vista, poder alcanzar la cabaña en la que naciera y en la que fue feliz con sus padres.

Era noche cerrada y aún no había conseguido alcanzar el caudaloso Congo, por lo que se dijo que debió desviarse mucho de la verdadera ruta en su huida de Larry y Louis.

Por dos veces, la joven notó que fuertes estremecimientos surcaban su espalda y que un calor extraño la dominaba. Apretó el puño derecho y al rozar la palma de su mano con las yemas de los dedos comprobó que tenía fiebre.

—He debido enfriarme. Por dos veces se ha secado la ropa en mi cuerpo.

Marisa Tuner, convencida de que no se encontraba en condiciones de seguir andando, buscó con la mirada un árbol apropiado para, subiéndose a él, entregarse al descanso, y eligió un gigantesco roble en torno a cuyo tronco se enroscaba, ansiosa de sol, de vida, una liana más gruesa que la muñeca de un hombre. Ascendió sin dificultades merced a la planta trepadora y en las ramas bajas del árbol, muy espesas, encontró un seguro refugio.

Pese a que su fatiga era grande y a que se había situado de forma que la caída no fuera posible ni en el supuesto de que se durmiera, Marisa Tuner no pudo conciliar el sueño. Una intensa congoja la dominaba ante el recuerdo de los hechos de que acababa de ser testigo y protagonista. Al evocar a sus padres un deseo de revancha, a la par que una incógnita, se iba agigantando en su cerebro. ¿Quién y por qué cometió el abominable crimen? En los años que Harold Tuner vivió en el bosque y que ella era capaz de rememorar, nunca oyó a su padre referirse a nadie con encono. Siempre, al finalizar cada jornada, el cazador se entregaba a la lectura de la Biblia...

En una brusca transición, quizá producto de la fiebre, se borraron de la mente de la muchacha las imágenes de Harold Tuner y de Dorothy para ser substituidas por Larry Kinney en el momento en que, valeroso, altivo, le arrancaba el “Winchester” de las manos. Se sorprendió al observar que lejos de recordar al joven con encono lo hacía de forma admirativa, casi apasionada...

Insensiblemente, la fatiga y la fiebre vencieron a Marisa Tuner, quien no pudo ver a un grupo de seis negros que, armados con flechas y lanzas, ocultos detrás de los troncos de los árboles inmediatos, la vigilaban. Entre los nativos iba un indígena que llevaba sobre sus hombros una espantosa cabeza de las utilizadas en África por los hechiceros...

CAPÍTULO V

La joven despertó con una sensación de quemadura en la garganta, tan intensa era su sed. La cabeza le dolía terriblemente y tardó largo rato en recobrar la lucidez de ideas. Dióse cuenta entonces de que la fiebre no la había abandonado y de que, a juzgar por la claridad del bosque, en el que no penetraban los rayos del sol, el astro rey debía hallarse muy alto.

—He dormido muchas horas —se dijo.

Al descender del árbol pudo darse cuenta de la gran debilidad que la dominaba. Por tres veces estuvo a punto de caer y para evitarlo hubo de asirse con fuerza a la liana que se enroscaba en torno al roble. Al pisar tierra firme las piernas le temblaron, cual si se negaran a sostener el peso del cuerpo.

Tambaleándose, con el afán de saciar su sed devoradora en un arroyuelo, la joven anduvo sin poder alejar de sus sienes un monótono zumbido, una turbación que aumentaba por momentos.

Marisa Tuner, conocedora de los síntomas de las principales enfermedades del Congo Belga, se dijo que tal vez padecía un ataque de paludismo. ¿Por qué no una pulmonía o una pleuresía? Notaba un agudo dolor en el costado derecho y en varias ocasiones la tos, una tos seca, bronca, la obligó a detenerse.

¡Si pudiera llegar a la cabaña! Desechó el pensamiento por irrealizable, concentrando todo su interés en encontrar agua. De no ser por el imperioso deseo de calmar la sed se hubiera dejado caer a tierra; pero el recuerdo del agua, la sequedad de su boca, la impulsaban a caminar, despierto el cerebro y casi dormido el cuerpo, como un autómatas.

Los párpados le pesaban tanto que en no pocas ocasiones vióse obligada a cerrar los ojos, abriéndolos de nuevo, con un tremendo esfuerzo.

Se reprochaba tarde haber saltado de la embarcación, en un estúpido gesto de soberbia, para demostrar a Kinney y a Peatie que no se sometía a ellos. Pronto, el afán de beber la invadió por completo. Tan intensa, tan devoradora era su sed que al tropezar con una raíz medio oculta y dar con su cuerpo en tierra aplicó la lengua al suelo, algo húmedo por las recientes lluvias. Una picadura la hizo reaccionar mientras escupía una hormiga de gran tamaño.

De nuevo erguida, pareciéndole que los árboles giraban en

derredor, caminó varios metros más hasta percibir un sonido tenue de agua corriente. En tinieblas, incapaz de levantar los párpados, pudo orientarse y, segundos más tarde, de bruces sobre la hierba, hundir el rostro en el confortador líquido a unos diez metros de una gigantesca boa que, expectante, medio oculta entre unos matojos, aguardaba a que los pequeños animales del bosque acudieran a beber para apoderarse de ellos.

El agua, muy fresca por correr durante un largo trayecto por la umbría del bosque, confortó a Marisa, quien pudo ponerse en pie y con una firmeza que ella adivinaba pasajera, seguir caminando con el afán, irrealizable por la distancia que la separaba, de llegar a su cabaña.

Pudo andar media milla. De pronto, el suelo ascendió bruscamente hasta ella...

Seis negros, uno de ellos con una espantosa máscara de las utilizadas por los hechiceros del Centro de África, se acercaron a la joven para, luego de cambiar excitadas palabras, inclinarse sobre Marisa Tuner y...

* * *

—¿Querrá acompañarme, Peatie? De no venir usted conmigo, mi situación hubiera sido difícil en Stanleyville.

Louis Peatie miró con sorpresa a Kinney mientras sostenía una gruesa maroma destinada a inmovilizar la embarcación en el muelle, que ya se divisaba próximo.

—No le entiendo, Larry.

—Es bien fácil —repuso el joven—. Imaginemos por un momento que a la muchacha le ocurre algo irremediable, lo que es de esperar si los asesinos de sus padres merodean por la cabaña. Yo, el hijo del hombre al que asesinó Tuner, regreso a visitarles para informar que el matrimonio ya no existe y que la hija se internó en el bosque con el propósito de vengarse. Aunque llevo pocos meses en Stanleyville estoy seguro de que la maledicencia no tardaría en acusarme de la muerte del cazador, de su esposa e, incluso, de la hija, si ella no se presenta para desmentirlo. ¿Comprende ahora?

El francés asintió con el gesto y la palabra.

—Perfectamente. No quisiera tenerle como enemigo, Larry. Piensa en todo. Mejor que técnico en agricultura o en economía debió ser miembro de Scotland Yard o...

Había una sonrisa irónica en los labios de Peatie al dejar la frase incompleta.

—¿O qué? —apremió el joven.

—Ya llegamos. ¡Ahora, José! ¡Yo te arrojaré la maroma!

La embarcación, que avanzaba a escasos metros del desembarcadero, con el motor parado, se balanceó peligrosamente al dar el nativo un salto y alcanzar tierra firme. Casi simultáneamente, Louis lanzó la cuerda que fue asida por José y, con singular pericia, enroscada a un saliente metálico destinado a tal fin. La frágil nave giró en redondo y un segundo cabo terminó de inmovilizarla. El agua del Congo, pese a la ensenada natural que servía de puerto, era muy rápida por la proximidad de las cataratas de Stanley, debido a lo cual resultaba siempre delicado el atraque a favor de la corriente, en especial para los que como Peatie llegaban a gran velocidad por utilizar lanchas movidas a motor. Ya en tierra, el francés preguntó a Kinney:

—¿A dónde quiere le acompañe?

—Primero a la oficina del residente del Estado, a denunciar el asesinato del matrimonio Tuner; después a casa de la familia Veagh. Quiero que sea usted y no yo el que relate los sucesos de que hemos sido protagonistas, en particular lo que concierne a la absurda fuga de Marisa. Más tarde, si no le importa, comeremos juntos en el “Club de Plantadores”,

De acuerdo, si me permite invitarle a mí. Me ha hecho ganar unas libras con gran facilidad.

—No me opongo.

Realizada la denuncia a la máxima autoridad de Stanleyville⁵ y después de charlar brevemente con los Veagh, quienes se mostraron muy preocupados por la suerte de la muchacha, lamentando su obstinación, se dirigieron a uno de los edificios de dos pisos de la ciudad, acomodándose en amplios sillones de mimbre, junto a una ventana que enlazaba con la calle principal.

—Whisky con hielo y soda —pidió el joven a un camarero, que se acercó a preguntarles qué deseaban tomar.

—A mí tráigame un vermut muy cargado de ginebra. ¿Recibieron ya aceitunas?

—Sí. Las trajo el avión de la mañana.

Sírvanos un frasco pequeño como aperitivo. Comeremos aquí. Dígale al dueño que se esmere. ¿Qué le apetece, Kinney?

—Elija usted. Conoce mejor que yo las posibilidades del restaurante.

—De acuerdo. Un par de codornices asadas, truchas, huevos con jamón, fruta y helado... ¡El helado en grandes cantidades! ¿Le importa que hoy comamos a la francesa, Larry?

—En absoluto. Tengo un excelente apetito. Traiga la carta de vinos.

—No es necesario. Hay un oporto de magnífica calidad, así como un burdeos inmejorable.

—De acuerdo, Peatie. Veo que es usted un admirable gastrónomo.

Minutos más tarde, gozando de un bien ganado descanso, los dos hombres charlaban de temas variados, de Europa e Inglaterra, de París y Marsella, hasta que la conversación derivó hacia lo que preocupaba a Larry.

—¿Qué habrá sido de Marisa?

—Estará en la cabaña o merodeando por los bosques inmediatos. Sabe guardarse. Su padre la educó igual que a un muchacho. Tira maravillosamente con el rifle.

—También los que mataron a los Tuner.

Louis miró al joven con simpatía.

—Le noto muy preocupado por esa chica, Kinney.

—Sí. Temo por su vida. ¿Qué hará el residente?

—Enviar un grupo de soldados al mando de un suboficial para dar una batida por los alrededores e interrogar a Marisa. Perder el tiempo, en suma. Los asesinatos que se cometen en la selva suelen quedar impunes casi siempre, al menos en las zonas donde se perpetraron. A los matadores de los Tuner les bastará internarse en el bosque para burlar la acción del Gobierno. Estas aceitunas están riquísimas.

—Sí.

—Aún no las ha probado.

Larry, cuya frente mostraba arrugas de inquietud, miró al francés.

—Me gustaría ayudar a esa chica. ¿A usted no?

Peatie, hombre experto, dióse cuenta de que su interlocutor no se atrevía a hacerle una proposición que imaginaba.

—Hable claro, Kinney. ¿Qué es lo que está meditando?

—Acabé ya el informe sobre el caucho y dentro de poco habré de regresar a Londres a incorporarme a mi oficina y a seguir viviendo entre papeles y llamadas telefónicas. Me agradecería internarme unos meses en el Congo, vivir una aventura en África.

—No es eso lo que quiere. Le seduce la idea de investigar por su propia cuenta sobre el asesinato de Harold Tuner y su esposa. ¿Me equivoco? ¡Sea sincero conmigo!

—Acertó. ¿Se atrevería usted a acompañarme? Yo no conozco bien el territorio, y tampoco deseo formar un safari fiándome a un

guía profesional a quién no mueve otro interés que ganar un puñado de libras.

Hubo un largo silencio entre los dos hombres. Unos niños indígenas pasaron por la calle, muy cerca de la ventana junto a la que se hallaban Louis y Larry, arrastrando una serpiente muerta. El francés escupió al exterior dos huesos de aceituna, tomando después un sorbo de vermut. Kinney pudo darse cuenta de que las pupilas de su interlocutor se hallaban entornadas.

—Es muy peligroso lo que pretende —dijo, al fin, Peatie—. Mucho.

—Lo sé.

Nueva pausa, más prolongada que la anterior. El camarero fue a preguntarles si deseaban comer allí o en el gran jardín del “Club de Plantadores”.

—Iremos al jardín —decidió Louis—. Esto empieza a llenarse a gente.

A la sombra de una gran palmera, Peatie y Kinney, con gran apetito, hicieron honor a las viandas, mientras de vez en cuando cambiaban algún comentario sobre costumbres y tradiciones africanas. Parecían haber olvidado a Marisa Tuner, pero no era así. Esperaban el momento del café y los licores para abordar tal tema...

* * *

Cuando la muchacha recobró el conocimiento, el tan-tan de unos tambores lejanos la hizo estremecerse. ¿Dónde se hallaba? Al abrir los ojos y ser deslumbrada por el resplandor de una inmediata hoguera recordó su desvanecimiento después de saciar la sed y se dijo que alguien la miraba con fijeza. Notaba una sensación extraña, como de ser vigilada.

Hallábase tendida sobre un montón de hojas secas y le costó trabajo sentarse y volver la cabeza. Un indígena alto, fornido, aunque no grueso, la contemplaba con una expresión que no pudo definir si era de amabilidad o de burla. Junto a él, rodeando la fogata, cinco negros mirábanla también.

—¿Quiénes sois? —inquirió la joven en el dialecto más común de la raza bantú, que aprendió de su padre.

—Unos resucitados —fue la respuesta del único negro que permanecía en pie.

—¿Por qué unos resucitados? ¿Habéis muerto ya?

La joven no se extrañó de la contestación del indígena. Los

naturales de algunas tribus del Congo eran muy aficionados a expresarse en lenguaje poético, por lo que antes de decir lo que deseaban perdíanse en conjeturas y en frases que, al parecer, nada tenían que ver con la conversación iniciada.

—Resucitar para mí no es haber muerto y volver a la vida.

—¿Qué es, entonces?

El negro fue a sentarse cerca de una monstruosa careta, rematada en dos cuernos de bisonte.

—No caer en manos de los blancos.

—¿Tarto odias a los de mi raza?

El tan-tan de los tambores pareció aumentar en intensidad. ¿Cuál era la tragedia o el secreto de los seis indígenas que la contemplaban? El crepitar de las hogueras formaba un contrapunto pleno de primitivismo.

—Ya lo sabrás.

—Mi padre era amigo de todos los jefes de las aldeas de las proximidades de Stanleyville. Le mataron a traición. ¿Visteis a hombres de mi raza por estos bosques?

Una sonrisa de crueldad se reflejó en los labios del indígena.

—Sí. Ellos son los que nos han hecho resucitar. Sé que eres la hija del cazador que habita junto al gran río. Siento que le hayan matado. Era bueno.

La muchacha sintió que sus ojos se humedecían de lágrimas y esperó unos minutos a serenarse para formular la pregunta de cuya respuesta podía depender su futuro.

—¿Me consideraréis amiga o prisionera?

El negro inclinó la cabeza, meditando sin duda una contestación, oscura para quien no conociera los modos de expresarse de los naturales del Congo.

—El pez es libre, pero no puede abandonar el agua. Duerme. Estás enferma. A tu espalda tienes plátanos y una vasija con agua.

Marisa Tuner bebió con avidez. La idea de comer le repugnaba.

—¿Cómo te llamas? ¿Eres hechicero?

—No soy hechicero, aunque lleve esa máscara. Mi nombre es Ubumba. Soy el hijo del rey de la tribu Lomomi.

—¿Por qué estáis solos?

El indígena, sin responder, se sentó junto a la hoguera para comer con avidez varios plátanos asados y cambiar con sus compañeros, palabras en voz baja que no llegaron a oídos de la muchacha, aunque estaba segura de que se referían a ella. Uno de los nativos se puso en pie y, apoyado en su lanza, se dispuso a iniciar la centinela, lo que hizo comprender a Marisa que aquellos

hombres no pensaban dejarla marchar.

¿Por qué el odio a los blancos, hasta entonces amigos de los naturales del Congo? ¿Qué estaba ocurriendo en aquella zona?

Por mucho que Marisa se esforzó no pudo responderse a ninguna de las dos preguntas. El tan-tan de los tambores continuaba percibiéndose desde distintas direcciones, llenándolo todo con su salvaje sonido.

Un fuerte acceso de tos cortó el hilo de los pensamientos de la muchacha, que notaba que el dolor de su costado derecho era casi insoportable. En la certeza de que tenía una grave enfermedad, dijo:

—Escucha, Ubumba. Nos encontramos cerca del río. Si me llevas a Stanleyville te daré lo que me pidas. Me encuentro mal y solo los hombres de mi raza pueden curarme. Si continúo en la selva, moriré.

El indígena, por toda respuesta, se limitó a mover la cabeza en sentido negativo. Marisa tuvo entonces la certidumbre de su infortunio.

Pese a que la noche era cálida, la joven notaba en sus venas un frío extraño, de muerte... Tiritando, se arrastró más hacia la hoguera y junto a las llamas, sintiéndose confortada, no tardó en conciliar el sueño, un sueño turbado por extrañas pesadillas...

Le pareció que acababa de dormirse cuando despertó sobresaltada por un ruido que pronto identificó como el producido por dos leones enzarzados en mortal combate. Acababa de amanecer. Vio a los negros a su izquierda contemplando fascinados el espectáculo y se puso en pie, haciendo acopio para ello de todas sus energías. Pronto comprendió lo que motivaba la lucha entre los dos grandes animales carniceros, magníficos ejemplares de su especie. Una hembra, algo apartada de los que peleaban, rugía de vez en cuando con ferocidad, sin atreverse a intervenir en la contienda, pero con grandes deseos de hacerlo a juzgar por el nerviosismo con que movía la cabeza y la larga cola.

Desde unos diez metros de distancia, la muchacha y los negros presenciaban el emocionante combate. Las dos fieras avanzaban y retrocedían con tanta agilidad que resultaba difícil seguir la lucha con la vista fija en uno solo de los leones.

Grande fue la sorpresa de Marisa Tuner al escuchar, de labios de Ubumba, unas palabras en inglés, no muy correcto, pero tampoco excesivamente defectuoso.

—La ley de la selva es la ley de la vida.

La muchacha, antes de responder, fijó su mirada en las facciones del negro, unas facciones de corte europeo, y fue asaltada por una

sospecha.

—¿Quién te enseñó mi idioma?

El indígena, fiel a la costumbre seguida hasta entonces de no contestar de forma clara y directa a ninguna de las palabras de la mujer, replicó con viveza:

—Nuestros hijos, los tuyos y los míos, sabrán hablar como nosotros.

Comprendiendo lo que tal frase significaba, Marisa Tuner reprochó a Ubumba:

—Mal se aviene tu odio a los blancos con lo que acabas de decir.

—Es posible, pero yo haré como mi padre.

—¿Qué hizo tu padre?

Un rugido de victoria indicó a la joven que el combate entre los leones acababa de finalizar. En el suelo, entre un amasijo de sangre y vísceras desgarradas, yacía una de las fieras. La otra, majestuosa, se aproximó a la hembra, la cual comenzó a lamer las heridas del vencedor. Poco más tarde, la pareja de animales se internaba en la espesura.

* * *

El residente del Estado miró con gravedad a Kinney y a Peatie, mientras les invitaba:

—Siéntense, por favor. Imagino a lo que vienen. Hace una hora, los Veagh estuvieron aquí también, supongo que para lo mismo que ustedes. Siento darles malas noticias, una patrulla militar que envié al encuentro de Marisa Tuner regresó hace unas horas para comunicarme que la cabaña es un montón de cenizas. Sin duda, los asesinos del matrimonio incendiaron la casa.

El funcionario del Gobierno guardó silencio mientras ofrecía cigarrillos a sus visitantes. Larry, una vez que hubo encendido el suyo, preguntó:

—¿Qué se sabe de la muchacha?

—Nada. El suboficial que mandaba las tropas buscó entre los escombros el cadáver de la hija del cazador, pero gracias a Dios, no halló rastro ninguno de la joven. Cabe la posibilidad de que los incendiarios se apoderaran de ella, aún no me explico para qué fin.

Impetuoso. Kinney afirmó:

—¡Perdone lo que voy a decirle, pero usted no es sincero! ¿Qué sospecha?

El residente del Estado, lejos de molestarse por las palabras de Larry movió la cabeza con gesto de pesimismo.

—Tiene razón. Si esos criminales se han apoderado de la muchacha, la condenarán a un espantoso fin. Por muy absurdo y brutal que parezca en pleno siglo XX, desde hace unos meses venimos recibiendo denuncias de distintos lugares del Congo sobre las actividades de unos indeseables que se dedican a la trata de esclavos. Al parecer, aunque no se tiene certeza de ello, los infelices a quienes se captura en las tribus por la violencia o el engaño, son trasladados a través del Sudán al mar Rojo, unas veces por las rutas del desierto y otras por Etiopía. Imagino que es el odio el que originó al asesinato de los Tuner y por ello, no me extrañaría que, de no impedirlo la Providencia, esa muchacha terminara su vida en algún harén de Arabia. No hay que descartar tampoco el que ella no se encontrara en la cabaña en el momento de producirse el segundo ataque, lo que no es probable, pues según mis hombres el incendio debió producirse de noche. He comunicado por telégrafo a los pueblos inmediatos y a las estaciones del Gobierno, interesándome vivamente por esa muchacha. Pero, si he de confesar la verdad, no confío demasiado en el éxito de esas gestiones. Me propongo enviar dos destacamentos militares en busca de Marisa. Les aseguro que no me es posible hacer más.

Larry aplastó el cigarro a medio consumir en un cenicero metálico. Luego exclamó:

—¡Yo haré también lo que pueda por ella!

—Su generosidad le honra —repuso el residente del Gobierno—. Sin embargo, me permito aconsejarle prudencia. Usted apenas si conoce África. Yo llevo en estas tierras cerca de quince años y he podido darme cuenta de que la selva es insaciable y de que los hombres que en ella habitan se vuelven tan duros como las fieras. Peatie lo sabe. Déjese aconsejar por él.

—Procuraré impedir que Kinney sea víctima de sus buenos sentimientos.

El francés, apenas dichas tales palabras, se puso en pie, dando por terminada la entrevista. Larry le imitó y los dos hombres, tras despedirse cordialmente del funcionario gubernativo, delegado en Stanleyville del gobernador del distrito de Stanley Fall, abandonaron la residencia oficial para, ya en la calle principal de La ciudad, caminar en silencio hasta el domicilio de los Veagh. Sarah les recibió con gesto de gozo.

—Pasen y siéntense. Mi marido no tardará en venir. Fue a buscarles al “Club de Plantadores”. ¡Hay que hacer algo por esa muchacha! ¿Hablaron ustedes con el residente?

—Sí.

—¡Sería horrible su destino en manos de los traficantes de esclavos!

Peatie, que había permanecido en silencio durante el breve diálogo entre Kinney y la mujer de Veagh, intervino para decir, con una sonrisa:

—Creo que dramatizamos demasiado. Tal vez Marisa vague por el bosque con el afán de vengar a su padre.

—No es lógico —replicó Larry con viveza—. Nadie, ni ella, renunciaría de noche a un seguro refugio. Los procedimientos oficiales son laboriosos y los soldados visitaron la casa dos días después de que nosotros la abandonáramos. Ella tuvo tiempo de llegar a la cabaña.

—Igual opina mi marido. Él se propone... Mejor será que le esperen y lo sepan de sus labios. ¿Quieren una copa de licor? ¿Coñac?

—Sí —aceptó Larry—. La tomaremos con sumo gusto.

Los dos hombres se acomodaron en el diván de un tresillo, junto a una mesa de fumador, en el coquetón gabinete donde el matrimonio acostumbraba a hacer la vida. Sarah sirvió lo ofrecido, dejando la botella sobre la mesa. Luego, sentándose en una de las butacas se dispuso a reanudar el diálogo en torno a Marisa Tuner. No pudo hacerlo. Alfred Veagh entraba en ese momento.

—¡Gracias a Dios que les encuentro aquí! Estuve en el “Club de los Plantadores” y en el hotel sin que me dieran noticias de ustedes. ¿Saben ya...?

—Sí —le interrumpió Kinney—. Estuvimos con el residente. ¿Para qué nos buscaba?

—Pienso organizar una expedición e internarme en el Congo con el fin de rescatar a Marisa, si es que no la han asesinado. No regresaré a Stanleyville hasta que no me traiga a esa muchacha o tenga la certeza de su muerte.

Louis Peatie, con una sonrisa cordial en la que Larry creyó adivinar un leve matiz sarcástico, dijo:

—Puede usted quedarse con su esposa, Alfred. Su salud no es muy fuerte. Kinney y yo nos encargaremos de esa chica. ¿No es esto lo que deseaba, Larry?

—En efecto. Lo que me propongo, Veagh, es más peligroso, quizá, pero más efectivo. Un safari es pronto descubierto. Hay, además, demasiada impedimenta para moverse con rapidez. Sin embargo, tres hombres, Louis, el mulato José y yo, provistos de armas y de lo más imprescindible, confiando para la alimentación en la caza, la pesca y la fruta, pasaremos desapercibidos.

—Seremos cuatro, entonces. Yo iré con ustedes —decidió Veagh.

—De acuerdo —repuso Peatie, adelantándose a Alfred—. Saldremos mañana al amanecer. Si le parece, cenaremos con usted para concretar detalles. Acompañeme, Kinney; hablaremos con José. Hasta luego, Veagh.

—Les aguardo a las siete.

Louis y Larry estrecharon la mano de Alfred y Sarah, en cordial despedida, y abandonaron la casa del matrimonio...

CAPÍTULO VI

Al saborear un trozo de asado, bajo la compasiva mirada de una mujer negra, Marisa se esforzó en recordar, como a través de un velo de niebla, en una evocación de pesadilla, los días transcurridos desde que fue secuestrada por los indígenas hasta aquel momento en que, por primera vez, no se encontraba turbada y era capaz de moverse sin que la tos o el dolor del costado se lo impidiera. Hasta entonces solo pudo tomar agua y frutas. Era aquella la primera vez que le servían carne.

La muchacha, mientras comía con apetito, quiso en vano precisar su pasado, no consiguiéndolo. Le pareció sentirse transportada a través de la selva en una camilla, ambicionar el calor de las hogueras, llegar, al fin, a un lugar oscuro... ¿Cuánto tiempo había permanecido allí?

—¿Dónde me encuentro? —preguntó a la mujer, en dialecto bantú.

—Yo te responderé —dijo una voz varonil.

Ubumba, que escuchó la pregunta cuando se disponía a penetrar en la cabaña de ramas y hojarasca, levantando la piel que obstaculizaba el paso de los rayos solares al interior de la choza, se detuvo ante la muchacha haciendo una seña a la mujer negra para que se marchara, cosa que la indígena realizó con prontitud.

—¿Qué ocurrió desde el día en que vimos la lucha de los dos leones? Es lo único que recuerdo con claridad. Lo demás son sombras, vaguedades, brumas de pesadilla.

El nativo vaciló unos segundos. La muchacha se había expresado en inglés y él contestó en dialecto bantú.

—Estuviste muy enferma, tanto que temí perderte. Hubimos de trasladarte millas y millas hasta llegar al que fue nuestro poblado. Grande fue mi sorpresa y mi alegría al encontrar a más de cien guerreros con sus familias, supervivientes del ataque de que fuimos víctimas.

—¿Quién os atacó?

—Cinco hombres blancos. Llevan armas terribles, fusiles que disparan bala tras bala con una terrible rapidez. Son temidos en el territorio y se llevan a todos los hombres que les es posible. Al presentarse en el poblado y exigir la entrega de los mejores guerreros, mi padre dio orden de atacarles. Nos lanzamos a ellos y

entonces empezaron a disparar. Se organizó la desbandada general. Creía que mis hermanos habían muerto o estaban en poder del enemigo. Por fortuna, no fue así. Solo se llevaron a unos cincuenta. Los demás, una vez que pasó el peligro, regresaron para dar sepultura a los cadáveres. Mi padre fue de los primeros en morir.

El indígena inclinó la cabeza, con gesto abatido. Marisa Tuner, compadecida, comentó:

—Comprendo ahora por qué odias a los blancos. ¿Vas a dejarme marchar con los míos?

—No. Tú serás mi esposa. Mi padre siempre hablaba de que tu raza era superior a la nuestra. Él, hace muchos años, raptó a una joven que formaba parte de un safari. Yo fui el único hijo de esa unión. Ella me enseñó su lengua. Mi piel es negra, pero mis facciones son como las vuestras.

—Ya me di cuenta. No te amo, Ubumba. Te agradezco el que me hayas salvado la vida.

—El amor es una debilidad de vuestra raza. En África impera la ley de... de los leones El más fuerte se lleva a la pareja ¡Yo soy aquí el más fuerte! ¡Mañana me proclamarán rey! He demorado la celebración de la ceremonia para que tú la presencies.

Suplicante, Marisa clavó su mirada en el indígena.

—¡No me obligues a ser tu esposa! ¡Te lo suplico! Te agradezco el que me hayas salvado la vida, conduciéndome por el bosque hasta traerme aquí; pero no me condenes a ser desgraciada.

Hubo un ramalazo de orgullo en los ojos de Ubumba.

—¿Me desprecias?

—No. Me limito a ser sincera. ¡Prefiero la muerte a acabar mis días a tu lado!

Marisa continuaba expresándose en inglés y el hombre en su dialecto. Al oír la exclamación de la mujer, Ubumba retrocedió un paso. Después, arrancando la lona de un tirón, con ira, mostró a su prisionera una gran explanada en la que había numerosas negras ocupándose de cocinar.

—Cualquiera de ellas se uniría gozosa a mí.

—Es natural son de tu raza.

—¡Yo también soy de la tuya! ¡Llevo en mis venas sangre blanca! ¡Mañana estarás a mi lado para presenciar mi coronación como rey y dos lunas más tarde se efectuará nuestro enlace!

Sin más palabras el indígena abandonó la choza. Marisa, angustiada, se puso en pie, y con ánimo de lavarse en el inmediato arroyo lavando, a la par, sus ropas, muy sucias, salió a la explanada. La negra que le sirvió la comida apresuróse a acercarse a la

muchacha, previniéndola:

—Ubumba me ha dado orden de que no te permita alejarte del campamento. Respondo de ti con mi vida. Si lo intentas, te pondrá centinelas a la vista.

—Únicamente quiero encontrar agua. ¿Hay algún arroyo cerca?

—Pasa uno detrás de la cabaña real.

—Ven conmigo, si quieres. No pienso escapar. Tampoco me encuentro con fuerza para hacerlo.

La joven anduvo, siempre en compañía, de la negra, por la explanada, observando que los comentarios de los indígenas eran apasionados. Pudo oír alguna frase suelta que la hizo estremecer.

—Si mi consejo valiera, la mataríamos.

—Tiene la piel del mismo color que los que nos atacaron.

—Los dioses acogerían gustosos el sacrificio de uno de nuestros enemigos...

Las mujeres cuchicheaban y reían, en especial las jóvenes. Acongojada, Marisa llegó a un arroyo, sorprendiéndose al ver una tosca cabaña de troncos que se alzaba sobre del agua.

—¿Quién construyó ese cobertizo?

—La madre de Ubumba.

La muchacha comprendió. La joven inglesa, raptada por el rey de la tribu, no había abandonado las prácticas higiénicas de su juventud y para no verse expuesta al riesgo de que nadie la viera cuando se bañaba, mandó construir, sin duda, la caseta de troncos en el centro del arroyo a fin de, en su interior, poder asearse sin que la molestaran miradas indiscretas. Marisa pidió a la negra que la acompañaba, una túnica de las que utilizaban las mujeres de la tribu, a lo que la indígena accedió. Tenía órdenes concretas de Ubumba de complacer a la prisionera en todo lo que no fuese encaminado a favorecer su fuga.

Diez minutos más tarde, la ropa de Marisa Tuner, lavada en el agua del arroyo, era tendida sobre la hierba, al fuerte sol africano. La muchacha, ataviada con una tela que, rodeándole el cuerpo dejaba sus brazos y parte de sus hombros al descubierto, sintióse invadida por un ansia de vida indescriptible, reacción lógica de quien había estado al filo de la muerte. Además, la hija de Harold Tuner amaba África entrañablemente, con un cariño ciego que siempre la hizo olvidarse de sus peligros para admirar las bellezas del maravilloso país en el que todo, la vegetación y los animales, era gigantesco.

Al notar sobre su piel, limpia por vez primera en muchos días, la caricia del sol, Marisa notóse fortalecida, sintiendo que la sangre

corría impetuosa por sus venas, infundiéndole vitalidad y alegría, una alegría juvenil muy superior a cuanto la rodeaba, al poblado de negros, a la amenaza de matrimonio de Ubumba, a la muerte de sus padres... Era algo que hasta entonces jamás había experimentado con tanta intensidad. Una egoísta llamarada de gozo por saberse sana y cara a la naturaleza.

A fin de no ser vista por los indígenas con tal atavío, la muchacha se acomodó debajo de un roble centenario, a juzgar por su ancho y rugoso tronco, y apoyando la espalda contra la dura corteza, siempre vigilada por la negra, que a respetuosa distancia no la perdía de vista, Marisa Tuner se abstraigo en unas meditaciones que culminaron con un involuntario pensamiento. ¡Qué feliz sería lejos de Ubumba, en unión de Larry Kinney!

Le desagradó haber evocado al joven, pero por mucho que hizo por evitarlo, no pudo impedir que en su cerebro se reflejara, una y otra vez, la imagen del que tuvo la generosidad de perdonar a su padre en el supremo trance y del que no vaciló en golpearla para evitar que cometiera el tremendo desatino de exponerse a ser asesinada sin ningún provecho para la Justicia.

Con los párpados medio cerrados, en una grata somnolencia, Marisa tornó a dejarse vencer por una evocación que imperaba sobre todas las demás. Y entonces pudo darse respuesta a la pregunta que le formuló su padre a la orilla del río Congo el día en que capturó al pequeño gorila, también víctima de la maldad de los hombres. La insatisfacción que la dominaba, el secreto desasosiego, obedecía a que su alma ambicionaba, aún sin saberlo, el amor. En ocasiones la muchacha pensó en lo hermoso de fundir su espíritu con el de un hombre capaz de protegerla y dominarla.

—Hola, hija. ¿Te molesto?

Marisa, al escuchar tales palabras, pronunciadas en correcto inglés por una voz femenina, se puso en pie con sobresalto, pudiendo ver a una anciana de rostro europeo, pero tan arrugado y oscuro por la acción del aire y del sol de África que, a no sentir la frase de saludo, quizá la hubiese confundido con una indígena. Comprendió que se hallaba ante la madre de Ubumba y, con la mejor de sus sonrisas, contestó:

—Deseaba verla, pero no me atrevía a pedírselo a su hijo.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Puedo asegurarle que desde que Ubumba me refirió su estancia entre los indígenas la he recordado con simpatía y con...

La muchacha calló, no atreviéndose a completar la frase. La anciana lo hizo por ella, en triste interrogante.

—¿Lástima?... Sí, hija; haces bien en tenerme lástima. Lo trágico para ti es que tu fin será el mío.

Marisa sintió que un frío extraño le recorría la espalda, inundando de hielo sus huesos. Sí, ella estaba destinada a ser la esposa de Ubumba, a envejecer prematuramente entre los indígenas.

—¿No intentó nunca escapar?

Un melancólico gesto afloró a los labios de la mujer.

—Después de ser la esposa del rey de la tribu estuve vigilada varios años. No se me permitía separarme del poblado. Más tarde nació Ubumba. ¡Era mi hijo! ¿Comprendes? ¡Mi hijo! A partir de entonces me olvidé por completo de que era fruto de un matrimonio sin amor, de un matrimonio que me fue impuesto por la fuerza, que tuve que aceptar después de consumado. Ya no pensé más que en él, en Ubumba, al que secretamente bauticé poniéndole de nombre Jesús. Fracase intentando enseñarle nuestra religión. Su padre se opuso y él, aunque conoce los fundamentos de la doctrina católica, cuando llegó a la pubertad prefirió los ritos y salvajes costumbres de sus hermanos de raza a las enseñanzas mías. Desde entonces no he dejado de rezar y he ofrecido mi vida a cambio de verle digno del bautismo.

La joven contempló admirada a su interlocutora, comprendiendo que la resignación de esta era fortalecida por la Fe. No obstante, deseosa de calar a fondo en el alma de aquella mujer, inquirió:

—¿Cómo pudo resistir el contacto con un negro?

—La noche de esponsales debí tomar algún narcótico, y al amanecer estaba en la choza del rey. Tal hecho se produjo en numerosas ocasiones. Luego... El padre de Ubumba era bueno, débil conmigo, y acabé tolerándolo, primero con gratitud porque no me hizo compartir jamás por la violencia nada que me repugnase, y después, con afecto filial. ¡Llegué a acostumbrarme a convivir con él! Tú has tenido más suerte. Mi hijo es negro, sí; pero hay en su alma matices y valores que nunca pude descubrir en su padre. Hay generosidad en su corazón y, además, aunque de piel negra, sus facciones son como las nuestras, sin deformidades de nacimiento ni horribles tatuajes.

Marisa, al escuchar el elogio, la defensa que la mujer hacía de Ubumba, sintió una oleada de ira contra todo lo que la rodeaba, incluso contra aquella madre que había padecido terriblemente a lo largo de su existencia.

—¡Es un monstruo!

La anciana inclinó la cabeza con pesadumbre, sin reprochar a la joven el insulto.

—Es posible que tengas razón —dijo con suavidad y tristeza—. Comprendo tus sentimientos y los respeto.

—¡Ayúdeme a escapar! ¡Hágalo!

—Es imposible. No está en mi mano tu futuro, hija.

El ímpetu desbordó en el pecho de Marisa y el orgullo pudo más que el temor, más que el deseo de ganar la estimación de la única que podía ampararla.

—¡Usted es como ellos! ¡Una salvaje más! ¡No tiene sentimientos y es incapaz de acudir en socorro de nadie! ¡Ahora comprendo por qué Ubumba prefirió seguir el código moral de su padre y no el de usted! Para conquistar a un hombre, para hacerle bueno y generoso, hay que predicar con el ejemplo. ¡Me da usted asco y...!

La muchacha calló de pronto al observar que por las mejillas de la madre de Ubumba se deslizaban copiosas lágrimas. Arrepentida de la dureza de sus palabras y no queriendo pedir perdón por ellas fue a alejarse de la mujer, pero esta, sujetándola de un brazo, se lo impidió.

—¡Espera! ¡No quiero que me odies! Quizá has dicho la verdad. Yo no he sido buena y mi hijo prefirió las enseñanzas de su padre a las mías. Hace varias noches, Ubumba habló conmigo para pedirme que le prometiera que no haría nada por ayudarte a escapar. Me hizo jurarlo. ¿Comprendes?

—No; no lo comprendo. ¿Había pensado en hacer lo posible por que yo abandonara la aldea?

—Sí. No quería que nadie sufriera tanto como yo.

—¿Por qué juró?

Con altivez, con una energía insospechada, la anciana replicó, como supremo argumento:

—¡Es mi hijo! Quizá algún día sepas lo que es el cariño de madre, superior a colores de piel, a costumbres salvajes... ¡A todo!

Hubo un largo silencio y Marisa, arrepentida de sus anteriores insultos, intuyendo la grandiosidad del sentimiento materno, dijo:

—No volveré a pedirle auxilio. Ubumba se refirió a que la raptaron. ¿Cómo sucedió? Debe hacer ya muchos años...

Una amarga sonrisa se dibujó en el rostro de la interrogada.

—No sé la edad que tengo. ¡Aquí se olvida el paso del tiempo! ¿En qué año estamos? Se apoderaron de mí en el 1928. Tenía yo entonces diecisiete años y tardé dos en engendrar a mi hijo. Después...

Encogióse de hombros, sin terminar la frase, dando a entender a

la joven su absoluta ignorancia cronológica.

Marisa se estremeció. ¡Aquella mujer, que parecía una anciana, contaba solo cuarenta y cuatro años! ¡Qué horrible destino el suyo! Con palabra poco firme, dijo:

—Mi nombre es Marisa Tuner.

—El mío Isabel Brixham. En 1928 insistí en acompañar a mi padre a una cacería por el Congo. Habitábamos en Nairobi, donde teníamos plantaciones de algodón. Recuerdo que sufrimos un ataque de los indígenas al oeste del Lago Kivu. Entonces las tribus eran enteramente salvajes, y excepto algunas próximas a las ciudades, cuyos moradores vivían de sus trabajos serviles a los blancos, atacaban a las expediciones, constituyendo un verdadero azote. Todos los que me acompañaban murieron, excepto yo. Al principio deseé la muerte, pero ahora, cuando veo a Ubumba y pienso que si la Providencia lo permite puede ser un buen católico y salvarse a su muerte, comprendo que los designios de Dios están por encima de los conocimientos de sus criaturas. Mi vida no será una raya en el agua. ¡Bauticé a mi hijo!

La mujer hizo una larga pausa para agregar a continuación:

—Salvo en lo de ayudarte a huir, dispón de mí para todo. ¡Considérame también una madre! Ubumba quiere que vivamos juntas hasta que se celebre la ceremonia de vuestro enlace. ¿No te opones?

Había tanta humildad en la pregunta que Marisa asintió con el gesto.

—¿Me permites que te dé un beso, hija? ¡Llevo toda una vida sin rozar con mis labios una piel suave y blanca!

—Hágalo, Isabel, y disculpe mis frases anteriores. ¡Es horrible lo que me aguarda!

—Lo sé, pero Dios te dará fuerzas para soportarlo.

La mujer, luego de besar a la muchacha, se apartó de ella para dirigirse al centro del campamento, donde un grupo de mujeres machacaban con piedras la corteza de una higuera muy común para convertirla en tela, después de templarla en agua⁶.

Marisa Tuner, sentándose de nuevo al pie del roble, dejó vagar su imaginación. Al evocar el diálogo que había sostenido con Isabel Brixham se sintió dominada por la angustia y la piedad.

—¡Huiré de aquí, aunque muera en el intento! —se dijo.

Confortada con tal decisión, la muchacha, con femenina curiosidad, miró hacia la aldea. En uno de los extremos, Ubumba y sus guerreros entregábanse a diversos ejercicios, con simulacros de lucha. Los indígenas manejaban las lanzas con tan extraordinaria

destreza que parecía una extremidad más, coordinada con el cerebro, en los avances y retrocesos. A la entrada de una cabaña, situada a la derecha de la de Ubumba, se hallaba la monstruosa careta que el joven indígena llevó consigo durante el traslado de Marisa por la selva.

La muchacha acercóse a la negra, preguntándole:

—¿Y el hechicero?

—Fue de los primeros en morir, junto al rey. La “medicina” de Bakel, transmitida a su máscara, salvó la vida de Ubumba.

Marisa Tuner comprendió entonces el motivo por el que su raptor no se separó de la careta. Confiaba en ella como en un amuleto.

Una vez seca la ropa, la joven se puso de nuevo la falda pantalón y la camisa blanca, así como el cinturón de cuero, artísticamente repujado, que le regaló su padre después de una expedición de caza por el interior del Congo, conseguido en una aldea de pigmeos.

El sol, muy alto, iluminaba profusamente la tierra.

CAPÍTULO VII

La barcaza de la que Louis Peatie era propietario, impulsada por el motor, remontaba la corriente del gran río llevando como pasajeros al francés, a su criado José y a Larry Kinney. Los tres hombres, en sus cinturones dos revólveres de gran calibre y un machete para abrirse paso por la selva, iban silenciosos, abstraídos en sus pensamientos, no muy gratos a juzgar por la gravedad de los rostros. La noche era oscura. Aún no brillaba la luna en el firmamento y las estrellas no bastaban para iluminar con claridad el paisaje africano.

Kinney, que fumaba con grandes aspiraciones, fue el primero en romper el silencio, con un comentario que tuvo la virtud de suscitar una sonrisa en los rostros de José y del francés.

—La indignación de Veagh será terrible cuando, tras esperarnos inútilmente, se convenza de que le hemos engañado.

—Era necesario —repuso Louis—. Ni sus años ni sus achaques aconsejaban que le admitiéramos, pensando en él y, también, en el feliz éxito de nuestras investigaciones. Me consta que su esposa nos los agradecerá, y le hará comprender que obramos así por su propio bien.

—Me duele que lo considere un desprecio. Son buenos y se han portado muy bien conmigo. Estamos llegando al lugar donde Marisa se arrojó al agua.

—Sí. Arrima la barca a la orilla, José. ¡Ten cuidado! Hay rocas medio sumergidas.

Con hábiles maniobras de timón, el mulato consiguió cumplir satisfactoriamente las instrucciones de Peatie, quien, mirando a Larry, sugirió:

—Lo ideal sería que consiguiéramos sacar la embarcación del agua y la escondiésemos entre los juncos. ¿Podremos conseguirlo?

—Creo que sí —repuso Kinney, comenzando a desnudarse.

Resultó una dura labor. José y el joven, dentro del agua, consiguieron levantar la pequeña nave. Louis, desde la orilla, pudo apoderarse de ella y arrastrarla unos centímetros a tierra firme, sujetándola hasta que sus compañeros se le reunieron.

Quince minutos más tarde, agotados por el esfuerzo, los tres hombres se miraban sonrientes.

—Creo que nos hemos ganado una pipa —dijo el francés,

satisfecho—. Así no correremos el riesgo de que nadie descubra lo que me pertenece y se apodere de ello. Además, tendremos la certeza de disponer de la lancha a nuestro regreso.

El mulato y Larry se apresuraron a vestirse, y sentándose en una de las piedras inmediatas al río, descansaron.

Al ponerse en marcha e internarse en el bosque, José y Kinney llevaban rifles “Winchester” a la espalda mientras Louis portaba una metralleta de tambor, de tiro rápido. Pendientes de un costado iban bolsas de cuero conteniendo municiones, algunas medicinas, en especial antídotos contra las picaduras de las serpientes, y víveres. Las provisiones eran pocas, apenas para dos o tres días.

Anduvieron hasta el amanecer, buscando en vano huellas de la muchacha.

—Pretender encontrar a Marisa sin un rastro es disparatado. No confunda el Continente Negro con Trafalgar Square —dijo Peatie—. En buena lógica, esa muchacha debió dirigirse a su cabaña. No me explico cómo no hallamos una pista. No ha llovido y José es capaz de encontrar huellas de una hormiga veinte horas después de su paso.

—Creo que nos hemos olvidado de la psicología de Marisa Tuner —contestó Kinney—. Ella, al llegar a tierra, no pensó más que en una cosa: en evitar que nosotros, capturándola, dañáramos su orgullo. Lo más posible es que corriera en línea recta, procurando alejarse de una imaginada persecución.

Los tres hombres se habían detenido en un claro del bosque, a dos millas del sitio de desembarco.

—¿Qué es lo que sugiere, Larry? —inquirió Louis.

—Volvamos al punto de partida y empecemos de nuevo.

Peatie asintió en silencio, y minutos más tarde, siempre atentos al terreno, el francés, Kinney y el mulato se dirigieron de nuevo hacia el caudaloso Congo...

* * *

Los guerreros, con Ubumba en cabeza, volvieron del bosque portando ramas de árboles, con abundantes hojas. Una vez situados en círculo, el joven rey hizo una señal al grupo de mujeres y estas, suavemente, sin estridencias, golpearon los tambores, con un ritmo lento, funerario. Los negros, con su intuitivo dominio del ritmo evolucionaron de forma extraña para Marisa Tuner, quien junto a Isabel Brixham, se preguntaba si la danza preliminar de la coronación de un rey era aquella, tan lenta, que iba languideciendo.

Creyó que, por el contrario, la aldea vibraría en gritos de gozo.

—¿Qué significado tiene el baile? —inquirió la muchacha.

La madre de Ubumba, que, con los ancianos, los niños y las mujeres presenciaban la iniciada fiesta, repuso:

—Todos los hombres van muriendo poco a poco. Abaten las ramas de que son portadores, símbolos de vida, y en el suelo, quedan inmóviles, igual que cadáveres. Durante largo rato seguirán moviendo el cuerpo, en simulación de agonía, hasta morir. Después se incorporan, de nuevo con las hojas empuñadas y entonces empieza el frenesí de la danza a la que yo denomino “de muerte y resurrección”.

Todo sucedió conforme la mujer predijo, en el maravilloso escenario de la explanada central del campamento, bañado por la luz de la luna y el resplandor de las hogueras.

Marisa, fascinada, seguía los movimientos de los hombres y hubo de reconocer que entre todos ellos destacaba Ubumba por la elegancia de sus ademanes, por su estatura y varonil belleza. Comprendía la joven que Isabel Brixham, que llevaba tantos años residiendo en la aldea, sin ver a personas de su misma raza, se sintiera orgullosa de su hijo, no solo por el instinto maternal, que ella calificó de superior a castas y colores de piel, sino por su indiscutible superioridad si se le comparaba con los demás indígenas.

—¿Ves cómo destaca de todos, Marisa? Su padre fue un hombre inteligente. Quiso tener un hijo que reuniera el vigor de los indígenas no contaminados por la civilización, y la cultura, la inteligencia de los blancos. El pretende lo mismo, en bien de su pueblo. Por eso insiste en unirse, a ti.

Terminada la danza, entre un solemne silencio, que era turbado de vez en cuando por los rugidos de las fieras que merodeaban el campamento, Ubumba fue a sentarse en un sillón de madera, tallada con los signos de la suprema autoridad, un cetro y un báculo, repetido en el respaldo, en el asiento y en las patas del rústico trono. Luego recibido del más anciano de los guerreros una gran vara de roble y las armas del antiguo rey, su padre, así como un escudo de piel de cabra. El hijo de Isabel Brixham, visiblemente conmovido, tal vez con el recuerdo puesto en su padre, se arrodilló, y depositando en el suelo los signos de su autoridad, inclinó la cabeza.

—Explíqueme esos simbolismos, Isabel.

—Son fáciles de comprender. Él se considera indigno de la jefatura de tan bravos guerreros, así como de heredar las armas y el

cetro del antiguo rey. Ahora lo tomará, y agitándolo en el aire con energía, hará firme promesa de servir a su pueblo hasta la muerte.

Cuando tal sucedió, un coro de gritos de júbilo alzóse en el aire mientras los tambores volvían a ser percutidos, pero esta vez como Marisa había imaginado: en son de fiesta, en signo de victoria.

La aldea se pobló de luces al iniciarse la danza de la coronación. Todos los guerreros, los niños, las mujeres y los ancianos, cogiendo ramas de árboles y prendiéndolas en la hoguera del centro de la explanada, iban a depositarlas ante el rey, en signo de sumisión, con grotescos movimientos. Isabel Brixham aceptó dos leños que una de las mujeres le ofrecía e hizo entrega de uno a Marisa.

—¿Va usted a humillarse ante un negro? —preguntó la joven, sintiendo que en su corazón se agigantaba la rebeldía y el rencor por ser prisionera de Ubumba.

La interrogada, sin enojarse por el tono despectivo de la muchacha, respondió con ternura:

—Voy a prometer pública fidelidad a mi hijo. Te aconsejo que me imites. Será mal visto que no lo hagas, sobre todo siendo destinada a ocupar el trono con él.

La rama que Marisa tenía en sus manos no era muy gruesa, por lo que la joven, hostil, en un gesto enérgico, pudo quebrarla en una de sus rodillas. Isabel Brixham, muy pálida por las consecuencias que podían derivarse de tal acto, miró en derredor, temerosa de que algún guerrero hubiera observado lo ocurrido. Nadie miraba a las dos mujeres, atentos a la ofrenda del fuego.

—No vuelvas a comportarte así, Marisa. ¡Es peligroso ofender la dignidad de un rey!

—¿Qué es lo que pueden hacerme? ¿Matarme? ¡Le dije y le digo que lo prefiero a casarme con su hijo, a convertirme en lo que usted es! ¡No lo tome como injuria! —se apresuró a rectificar la muchacha—. La estimo. Isabel; pero creo que nuestros caracteres son distintos. ¡Yo no me avendré a envejecer prematuramente entre salvajes!

La madre de Ubumba, sin responder, se dirigió a la hoguera central, prendiendo su rama con la que avanzó hasta el nuevo rey para, doblando una rodilla, depositar la madera ardiendo en el suelo. Ubumba, dejándose arrastrar del cariño que experimentaba hacia su madre, la alzó en vilo, abrazándola. Luego, sin soltar a Isabel, buscó con la mirada a Marisa y la joven, a pesar de la distancia que le separaba del indígena, le pareció adivinar un ramalazo de cólera en las pupilas de Ubumba.

Tras la ofrenda y un *corrobori* africano, pleno de primitivismo,

dio comienzo el banquete, que había de prolongarse hasta el amanecer, hora en la que todos se retiraron a descansar.

Marisa, que había permanecido junto a Isabel durante la ceremonia de la coronación y la fiesta, fue la primera en penetrar en una choza, sin más ventilación que la abertura de entrada. Pese a que la cabaña se hallaba construida, como las demás, de maderos y lianas entrecruzadas —la techumbre de grandes hojas de bananos —, la estancia, con un catre de madera, estaba limpia.

—Acuéstate ahí —dijo Isabel a la muchacha, señalando la rústica cama mientras echaba en el suelo varias pieles de ceбра.

—No, Isabel. No debo permitirlo. Soy la más joven. Además, me considero prisionera.

—Mía, no. Confío en que acabes queriéndome igual que a una madre.

Marisa Tuner hubo de insistir mucho para que la mujer se tendiera en el catre, y ella se acostó a su vez sobre las pieles, tardando en conciliar el sueño, angustiada por su futuro y con el recuerdo puesto en Larry Kinney...

* * *

—¡Aquí!... ¡Aquí!...

La voz excitada de José atrajo a sus compañeros, quienes se inclinaron para contemplar unas huellas, apenas perceptibles, en una zona húmeda debido a la proximidad de un riachuelo.

—Es un pie de mujer; no cabe duda —dijo Peatie—. ¿Podremos seguir el rastro, José?

—No lo considero difícil.

Felices por hallar, al fin, una pista, tras dos días de infructuosa búsqueda, los tres hombres emprendieron la marcha deteniéndose, al fin, al borde de una pradera herbácea.

—Se internó entre la hierba —comentó el francés viendo varios tallos tiernos quebrados—. ¡Qué locura!

—Se creía perseguida por nosotros. Sigamos.

Peatie, conocedor de los peligros que acechaban ocultos entre la vegetación, vaciló unos segundos.

—¿No sería más aconsejable rodear la llanura y buscar las huellas de salida de la muchacha?

—Quizá; pero perderíamos mucho tiempo. Vamos bien armados. Dejamos a Veagh en Stanleyville por considerarle enfermo y viejo. ¡Seamos nosotros jóvenes y audaces, Louis!

—A su gusto, Larry; pero procure no descuidarse. Por entre la

hierba hay que avanzar siempre con el dedo puesto en el gatillo.

—Lo tendré presente.

Los tres hombres, siguiendo el rastro dejado por Marisa, que se mostraba claro en los brotes de hierba, caminaban despacio. Una hora más tarde desembocaron en una meseta rocosa de unos veinte metros cuadrados de superficie, una isla en la pradera herbácea.

—Un buen sitio en el que acampar —dijo Larry—. No tardará en oscurecer.

—En el bosque ya es noche cerrada. Espéranos aquí, José. Intentaré cazar algo. ¿Viene, Larry? En el arroyuelo que hemos cruzado hace unos minutos podremos esperar una buena pieza. Los antílopes habitan en estos lugares, con preferencia al bosque, por considerarse en ellos más seguros.

Apartando las altas plantas, algunas de las cuales llegaban a cubrirles por completo, Peatie y Kinney anduvieron, rumbo al curso de agua al que el francés hizo referencia y al que, posiblemente, irían a abreviar todos los animales de aquella zona.

Ocultos entre la hierba, rodilla en tierra y las armas dispuestas, Louis y Larry esperaron el momento propicio.

—Si conseguimos caza, tendremos leña también —dijo el francés, señalando unos sauces que se alzaban cercanos, al amparo de la humedad—. Mi apetito es feroz.

—El mío también.

No habían hecho más que cambiar tales palabras, cuando un enorme animal, de piel moteada en negro, que sin duda se ocultó al sentir la proximidad de los dos hombres, saltó sobre Peatie tan fulminantemente que este no pudo hacer uso de la metralleta. El francés y el leopardo cayeron a tierra, envueltos en mortal abrazo.

Los rugidos de la fiera ahogaban los gritos de Louis en demanda de socorro. Kinney no tardó en comprender que el rifle era un arma inútil para emplearlo en aquella ocasión, pues debido a la movilidad del blanco se exponía a herir al mismo a quién deseaba salvar. Por ello, arrojando el “Winchester” al suelo, con el machete en la diestra, sin pensar en el peligro, avanzó hacia el felino en la certeza de que la menor vacilación o demora por su parte produciría la muerte de su compañero.

Aprovechando que el feroz animal centraba su atención en Peatie, quien también había conseguido desenfundar el arma blanca, pudo apuñalar el costado izquierdo del leopardo, produciéndole terribles desgarrones.

La fiera, al sentir otro enemigo a su espalda, retrocedió unos metros dejando en el suelo, con la camisa desgarrada sucia de

sangre, a Peatie, el cual, muy sereno, consciente de la gravedad de la situación, se apoderó con rapidez de la metralleta que yacía a su izquierda para, de una ráfaga, destrozár la cabeza al leopardo.

—Muy hambriento debía estar para atacarnos —dijo el francés, mientras contemplaba el cadáver del que estuvo a punto de terminar con su vida.

—Sí. ¡Déjeme que le cure, Louis, para cortar la hemorragia! Tiene el pecho empapado en sangre.

—Casi toda es de mi enemigo. Solo me ha producido un desgarró en el hombro izquierdo. ¡A no ser por usted, Kinney, a estas horas no existiría!

Al pronunciar tales palabras, Peatie tendió la diestra al joven, estrechándosela con fuerza, en un mudo mensaje de gratitud.

—Carece de importancia. Lo esencial es que ese animal ya no existe.

—No nos confiemos. Es un macho. La hembra puede estar cerca, tal vez acechándonos entre la hierba. Volvamos. Los disparos habrán ahuyentado la caza.

Louis fue el primero en reanudar la marcha, sintiendo que la sangre le brotaba por la herida del hombro. Al reunirse con José, el francés ordenó al mulato:

—Toma mi metralleta y ve al árbol más inmediato. Debemos tener leña para toda la noche.

—Comprendo.

Louis Peatie, con una serenidad que admiraba a Kinney, terminó de rasgar su camisa por el pecho, dejándolo al descubierto. Luego entregó al joven los jirones de tela, diciendo:

—Servirán para ayudarle a taponar el boquete. ¿Se ve el hueso?

—No, por fortuna.

Con dedos ágiles y utilizando el equipo sanitario contenido en uno de los zurrónes, Kinney hizo una larga cura al francés, quien hubo de reconocer, no sin ironía:

—Tengo ganas de descubrir un fallo en usted. Todo lo hace bien y con un valor rayano en el heroísmo. ¿Por qué no utilizó el rifle? No pocos de los que presumen de veteranos en África lo habrían hecho, sin exponerse a recibir un zarpazo. Los leopardos, nadie lo ignora, son muy ágiles y se revuelven en un palmo de terreno.

—Podía herirle a usted.

—Siempre sereno cara al peligro... Debemos establecer tres turnos de centinela.

—Dos. Usted dormirá. Ha perdido sangre y debe descansar para que mañana reanudemos la marcha.

Él francés movió la cabeza, en claro gesto negativo.

—Haré la tercera vela. La jornada fue muy fatigosa, sin la compensación de una cena con la que reparar parte de las pérdidas energías. ¿Considera prudente que tomemos algo de las provisiones de reserva, Larry?

—No —repuso Kinney—. Mañana, apenas nos internemos de nuevo en el bosque, sobraré caza y nos detendremos al conseguir la primera pieza. No es hambre la que espera hartura. De todas formas, usted y José pueden...

—Dormir mientras hace la primera centinela, Kinney. Nunca olvidaré que le debo la vida. Quizá pueda demostrárselo en un futuro.

—¿Por qué tiene esa confianza?

—En África la existencia vale muy poco. ¿Ha olvidado que tal vez Marisa se encuentre en poder de un grupo de hombres blancos, bien armados y con criminales mentalidades? Si es cierto lo que dijo el residente del Estado sobre la trata de esclavos, la labor no será fácil y quizá perdamos en ella la vida. Tengo, sin embargo, la confianza, de que el delegado del Gobierno en Stanleyville se equivoque y...

Peatie guardó silencio, recostando su espalda en un saliente de la roca en la que se había sentado para que el joven le practicara la cura. Larry, con una sonrisa dura y una firmeza que tuvo la virtud de asombrar al francés, repuso:

—¡Usted y yo sabemos que en el Congo Belga hay brotes de tráfico de negros!

—¿Por qué nosotros dos?

—Llevamos muchos años en África, Peatie, y viaja lo suficiente como para no dejarse sorprender por ninguna noticia que se refiera a estos territorios. Sea sincero. ¿Me equívoco?

—No. Hay hombres que comercian con esclavos. Por nuestro bien, espero no encontrarlos.

—Yo lo deseo.

De nuevo se cruzaron las miradas de los dos hombres y Louis se estremeció.

—Es usted muy joven, Larry.

—Menos de lo que parezco.

El extraño diálogo, pleno de pausas y ocultas intenciones, fue interrumpido por el regreso de José, portando un gran haz de leña. El mulato encendió fuego en el centro mismo de la explanada, no sin escuchar una advertencia de Peatie.

—Hay que procurar que ninguna chispa alcance a la hierba. Está

casi seca y el incendio sería funesto para nosotros. El señor Kinney te despertará, José, para que vigiles. Procura dormir.

El aludido, sin responder, obediente como en él era costumbre, se tendió cerca de la hoguera. Larry, en pie, con el rifle en la diestra, pudo observar que Louis tardaba en conciliar el sueño, pues hasta transcurrida más de una hora su respiración no fue acompasada, tranquila.

La serenidad de la noche africana, poblada de ruidos diversos, que no parecían turbar el silencio por formar parte del paisaje, serenó el espíritu de Kinney, quien tuvo un recuerdo para su madre y otro, de la misma intensidad emotiva, para Marisa Tuner...

CAPÍTULO VIII

Con el transcurso de los días, la angustia de la muchacha iba en aumento. Ubumba la colmaba de atenciones, así como Isabel Brixham; pero ello no era obstáculo para que la vigilancia fuera en aumento. Después de la negativa a la ofrenda del fuego, el rey de la tribu dispuso que dos de sus guerreros de confianza la vigilaran con la orden concreta de impedir que la joven se alejara del campamento, orden que los negros cumplían con absoluta fidelidad, sin descuidos, relevándose para entregarse al descanso.

Acongojada, Marisa comprendió que la fuga era imposible. Faltaban pocas fechas para la ceremonia de su unión con Ubumba, unión irremediable, y aunque recuperada totalmente su salud, la hija del infortunado Tuner, sin apetito, notábase débil, sin alegría de vivir. Sus mejillas perdieron color, tornándose de cera, lo que aumentaba su belleza, espiritualizando su figura.

Como tantas otras tardes, la joven decidió dar un paseo por las afueras del poblado, siempre con la escolta del indígena y de la mujer negra a su servicio. Isabel Brixham, que examinaba una tela rojiza, muy flexible, la detuvo con el ademán y la palabra.

—Espera. ¿Quieres ver tu atavío de desposada? Habrás de vestir según la costumbre de la tribu. ¿Te gusta este lienzo?

—Es bueno para amortajar a una mujer. ¡No me lo pondré!

—Te obligarán a hacerlo de forma cruel. Sé lo que Ubumba se propone y... ¿Quieres que charlemos mientras caminamos?

Curiosa, con el afán de conocer qué peligros la amenazaban pare adaptar a ellos su futura conducta, Marisa accedió.

—Desearía saber qué monstruosidades proyecta su hijo.

Anduvieron en silencio por el bosque inmediato, deteniéndose junto un arroyuelo. El aroma de los nenúfares embriagaba, inundándolo todo.

—Escucha, Marisa. Ubumba no es fácil de dominar. Tampoco permitirá que públicamente le desobedezcas. Sé que a la hora de la ceremonia se te entregará una túnica confeccionada con la tela que antes te he mostrado. Si te resistes a ser vestida por las mujeres indígenas, dentro de una de las chozas, tienen orden concreta de sacarte a la explanada y arrancarte tu ropa. Entonces no tendrás otro remedio que cubrirte con lo que encuentres.

La muchacha había palidecido. Tardó unos minutos en

reaccionar.

—Pero eso es... ¡Es indigno, es horrible!

—Lo sé. Hay hierbas que anulan la voluntad. Si te resistieras a participar en la ceremonia te obligarían a tomar un poco de agua y...

Marisa Tuner se cubrió el rostro con ambas manos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Te resistas o no, el final será el mismo. ¡Lo sé por experiencia!

Aquella noche la muchacha no pudo dormir. Los guerreros, en vela, con danzas e invocaciones a los dioses, preparaban una partida de caza. La angustia de la muchacha iba en aumento. Apenas regresaran, con las piezas cobradas se celebraría el gran banquete de la boda.

—¡Señor, impide mi desgracia! —susurró la joven, estremecida de espanto...

* * *

Los tres hombres, siempre siguiendo las huellas de la mujer, junto a las que descubrieron las de unos pies descalzos, detuviéronse de pronto al observar que las señales de las pequeñas pisadas habían desaparecido, aunque continuaban las de los que imaginaban indígenas. Se miraron atónitos y una sospecha hizo palidecer a Larry.

—¿La habrán matado, enterrándola cerca de aquí?

—No lo creo. Los que acompañan a Marisa no se suponen perseguidos y de haber dado sepultura al cuerpo será fácil descubrir la sepultura.

Buscaron, con la noche en el alma, sin que el terreno ratificara el triste presagio. Al fin, tras varias horas de recorrer las inmediaciones del lugar en el que se hallaban, tornaron a mirarse.

—Incomprensible —dijo Kinney.

—Sí. No obstante, sugiero que sigamos el rastro que los nativos dejaron. Ellos nos dirán lo que deseamos saber. Es el único camino. ¿No piensa como yo, Kinney?

—Sí. Aún quedan unas horas de tarde. Aprovechémoslas para acortar distan...

El joven no terminó la frase. Lejanas, percibiéronse varias detonaciones. Tan seguidas eran que no tuvo duda de que alguien disparaba con...

—¡Una metralleta! —exclamó Louis—. Los negros tienen prohibido el uso de las armas de fuego. Algunos, muy pocos,

ocultan viejos rifles; pero estoy seguro de que los indígenas no poseen un arma automática como la que acabamos de oír.

—¿Insinúa que...?

—Sí. No lejos de aquí se encuentran los traficantes de esclavos o un grupo de cazadores.

—Merece la pena comprobarlo —se apresuró a indicar Kinney—. Tal vez ahí tengamos la explicación de la ausencia de huellas de Marisa. Quizá la raptaron y...

—¿Dejando a los negros en libertad? —le interrumpió Peatie—. No; esa hipótesis es absurda. Los hubieran capturado para venderlos, como hacen con todos. A nosotros nos interesa la muchacha. No intervengamos en lo que es de competencia del Gobierno. Resultaría muy peligroso.

—No, si les sorprendemos descuidados —el joven hizo una breve pausa, para agregar, con voz ronca—: Usted sabe lo que me interesa esa joven, es posible que haya adivinado mis sentimientos hacia ella. Sin embargo... Considero un deber retrasar uno o dos días el seguir su rastro para enfrentarnos a los miserables que trafican con seres humanos. ¡Hay que ser generosos y pensar en el bien común!

Una sonrisa de tristeza iluminó las facciones del francés, quien, sin responder, se situó de espalda a Kinney para que este no advirtiera la lucha que sostenía consigo mismo. Al fin dijo, encogiéndose de hombros:

—No puedo oponerme. Además, estoy seguro de que no conseguiría nada. ¿Me equivoco?

—No. ¡Solo o con su ayuda, lucharé contra los indeseables que trafican en esclavos!

Peatie miró con fijeza a su interlocutor.

—¿Es a eso a lo que vino a África?

Kinney, sin desviar sus ojos de los del francés, en los que brillaba un ramalazo de ironía, repuso con un interrogante:

—¿Importa esto?

—Sí. Me molesta que nadie me engañe.

Un silencio hostil fue el colofón al breve diálogo, a un diálogo que José había escuchado atentamente, no sin estupor. Él, como todos en Stanleyville, suponía a Larry miembro del Servicio Internacional del Caucho. El que Kinney no hubiese negado que el fin principal de su viaje al Congo Belga era el de luchar contra los miserables tratantes de negros le hacía pensar que su amo Peatie estaba en lo cierto. El mulato, que odiaba a los forajidos, cuya presencia en África creaba dificultades y no pocos peligros a los que habitaban en el Continente Negro, sintió que su simpatía hacia

Larry era mayor aún que la hasta entonces experimentada.

—¿Vamos, Peatie? —inquirió Kinney, con el rifle en la diestra.

El aludido, sin responder, fue el primero en ponerse en marcha mientras, en la lejanía, se escuchaban nuevas ráfagas de metralleta.

Anduvieron durante lo que restaba de tarde y parte de la noche sin percibir más detonaciones. José que, como en él era costumbre, se había situado a la cabeza del grupo e iba haciendo incisiones con su machete en el tronco de los árboles para marcar el camino de regreso hasta el sitio en el que encontraron las últimas huellas de Marisa, se detuvo de pronto al oír los rugidos de varios leones y ver, a escasa distancia, en un claro del bosque bañado por la luz de la luna, algo que le hizo exclamar:

—¡Miren! ¡Es horrible!

Junto a un río de no mucho caudal, afluente del Congo, como todos los de aquella zona, los tres hombres pudieron contemplar un espectáculo inconcebible para la mentalidad de seres civilizados. En grotescas posturas, unos sobre otros en informe montón, se hallaban los cadáveres de numerosos negros. El rojo de la sangre formaba un fuerte contraste con el color de ébano de la piel de los indígenas y con los plateados resplandores del astro de la noche. En algunos lugares el rojizo líquido, que ya había cesado de brotar por las heridas de aquellos infelices, formaba charcos de sangre coagulada. Cuatro leones, entre rugidos, quizá de aviso para sus compañeros dispersos por la selva, estaban devorando cadáveres, vigilados por tres hienas que, ocultas entre los árboles, esperaban a que las fieras se marcharan, ahítas de carne, para saciarse con los restos del festín.

—¡Hay más de cincuenta hombres! ¿Qué habrá ocurrido?

La pregunta de Peatie no obtuvo respuesta de Kinney, quien, nervioso, sintiendo que la ira le dominaba, preparó su rifle mientras advertía a sus compañeros:

—¡Voy a disparar! Las detonaciones quizá alejen a las fieras que se dirigen hacia aquí.

—No lo crea —repuso el francés—. El olor de la sangre les hará desafiar cualquier peligro.

—Su metralleta será imprescindible para acabar con los leones. Yo elijo el de la derecha. José, apunta tú a la hembra que hay a su lado. Usted, Louis debe encargarse de las otras dos fieras.

—De acuerdo. Sin embargo...

El joven, irritado, se encaró con Peatie.

—¿Qué es lo que teme?

—Nuestros disparos serán oídos por los traficantes de esclavos y

se pondrán en guardia contra nosotros. Tal vez nos ataquen.

—¡Eso es lo que deseo! ¡No tendré piedad de esos canallas ni les concederé cuartel! ¡No son hombres, son monstruos!

Larry, Louis y José apuntaron cuidadosamente a los leones. El joven gritó:

—¡Fuego!

Los dos rifles y la metralleta lanzaron al unísono su mensaje de muerte. Dos de las fieras cayeron muertas en el acto, pero las otras dos heridas, intentaron acometer a sus agresores, sin conseguirlo. Varias ráfagas de proyectiles de la metralleta respuntaron de plomo y sangre los grandes corpachones de los animales carniceros.

Restablecido el silencio, Kinney adelantó unos pasos para inclinarse sobre los cuerpos de los negros. No se explicaba tal matanza. Al ver que algunos indígenas apretaban aún entre sus dedos gruesos maderos con los que sin duda, se les había ordenado encender un fuego y que todas las heridas de los negros se hallaban en la parte anterior del cuerpo y ninguna en la espalda, comprendió que aquellos hombres intentaron luchar por su libertad, siendo repelidos a tiros. Sí; aquella hipótesis era la más acertada. Al comunicarla a José y a Peatie, ambos coincidieron en que tal debió ser el objeto del asesinato colectivo.

—¡Si encontráramos algo con que cavar una fosa profunda cumpliríamos un deber de caridad, impidiendo que los animales carnívoros devoraran a estos infelices! Además, la sepultura sería una prueba condenatoria, irrefutable, contra los traficantes de esclavos.

Las palabras de Larry merecieron un gesto aprobatorio por parte de José, quien repuso:

—Los terrenos húmedos pueden removerse con estacas de roble a las que se hayan afinado previamente las puntas. Yo retiraré la tierra con mis manos.

Era la primera vez que el mulato hablaba sin ser interrogado directamente, por lo que, al terminar, miró a Peatie, temeroso de haber incurrido en su enojo. A pesar de que el francés le trataba bien y nunca le hizo objeto de castigo alguno, José no olvidaba su condición de criado ni lo que debía a su amo. Louis, grave el rostro, aseveró:

—Sí; es posible hacer lo que él sugiere. Prepara esos palos, Nosotros vigilaremos mientras tú trabajas.

No había terminado Peatie de hablar cuando un salvaje griterío se alzó en derredor a los tres hombres y un nutrido contingente de negros les rodeó, con las lanzas en alto. Larry al observar que el

dedo índice de Louis se curvaba sobre el gatillo del arma automática, dispuesto a disparar contra los indígenas, se interpuso entre el francés y los nativos, para impedir nuevas muertes, a la par que gritaba:

—¡Quieto! ¡No haga fuego!

—¡Está usted loco! ¡Apártese o no respondo de mí!

Kinney, al ver el excitado rostro de Peatie, saltó sobre él, arrebatándole la metralleta.

—¡No permitiré nuevos crímenes y...!

No pudo seguir hablando. Los negros se lanzaron sobre los tres hombres, derribándoles a tierra. Ya las lanzas se alzaban en el aire para atravesar los pechos de los dos blancos y el mulato, cuando una voz imperiosa gritó algo y las armas arrojadizas no descendieron. Un indígena alto, fornido, de facciones europeas, se acercó a los caídos para decirles:

—Una muerte rápida es muy piadosa para vosotros. Os reservo algo peor. Desearéis no haber nacido.

El que parecía el jefe de los negros se expresaba en inglés, por lo que fue grande la sorpresa de los blancos, quienes a una orden del indígena dada en lengua bantú, les ataron los brazos a la espalda con trozos de lianas trenzadas. Louis Peatie, de nuevo en pie, increpó a Kinney:

—Nos suponen autores de la matanza. Creo que va a arrepentirse tarde de no haberme permitido disparar...

* * *

A medida que se aproximaba el temido momento de la vuelta de los cazadores, Marisa Tuner no cesaba de hacer proyectos que le permitieran fugarse de la aldea. Todos fracasaban por la tenaz y constante vigilancia a que estaba sometida, Isabel Brixham sufría viendo la desesperación de la joven ante un destino que ella consideraba irremediable.

Aquella mañana, una de tantas desde que Ubumba y sus guerreros abandonaron la aldea, la joven se vio acometida por una tristeza muy superior a la hasta entonces experimentada. Sin saber por qué sus ojos llenábanse de lágrimas ante el recuerdo de sus padres, de los Veagh, de Larry Kinney... La evocación del pasado llenaba su alma de melancolía y un nudo extraño amenazaba ahogarla.

La madre de Ubumba que, sentada con la muchacha junto a la cabaña, no dejaba de observarla, dijo, al ver cómo, una vez más, se

cubrían de lágrimas los ojos de Marisa.

—Quizá hoy tampoco regresen.

—Da lo mismo hoy que mañana. Solo Dios puede impedir mi desgracia y no parece escuchar mis súplicas.

—Recuerda las palabras que pronuncié en nuestro primer diálogo. El Señor se sirve de sus criaturas para unos fines que nosotros no somos capaces de comprender.

La joven no replicó, como en otras ocasiones, que ella no se resignaría a enterrarse en vida en la aldea, que solo por la violencia someteríase a Ubumba. Un hondo suspiro brotó de sus labios, entreabiertos por la congoja.

Unas mujeres preparaban las grandes marmitas de barro sobre piedras colocadas en forma de trébedes, mientras otras, en grandes fuegos, asaban plátanos, confeccionando tortas de harina de maíz y huevos de tortuga, con adornos de fresas silvestres. Los ancianos ocupábanse de llenar de “muengue” varias vasijas de barro⁷. Cuando Ubumba volviera a la tribu con sus guerreros, nada faltaría para el gran banquete de bodas.

¡Qué sarcasmos los del destino! —pensó Marisa—. Ella, que no quiso regresar a Stanleyville con Kinney y Peatie a fin de tener mayor libertad y poder vengar a sus padres, se encontraba prisionera para toda la vida, sin ninguna posibilidad de huir... Aunque era tarde para formularse reproches, no cesaba de lamentar su obstinación en no acompañarles a la ciudad para, serenamente, decidir su futuro.

Un tambor, lejano, comenzó a lanzar al aire su monótono tantan, que se interrumpía en ocasiones para comenzar de nuevo, con diversas gradaciones de sonido. Marisa Tuner vio cómo Isabel Brixham escuchaba atentamente.

—¿Vuelven los cazadores?

—Sí. Mi hijo envía un mensaje en el que dice que ha capturado a tres de los traficantes de esclavos que atacaron el poblado y mataron a su padre. Ordena que se preparen postes para el sacrificio de los prisioneros. ¡Mira cómo las mujeres y los ancianos se estremecen de gozo, apresurándose a cumplir las instrucciones! Esos negociantes de carne humana dejaron huellas de sangre en todos los hogares.

—¿Se aplazará la boda? —inquirió la muchacha, con el deseo de una respuesta afirmativa.

—No lo sé. Los guerreros llegarán a medianoche. Tan grande es el júbilo de la captura que no temen caminar rodeados de las tinieblas del bosque, según ellos pobladas de espíritus.

La idea de que quizá los capturados por Ubumba eran los que asesinaron a sus padres desasosegaba a la joven, quien, nerviosa, sin saber exactamente lo que hacía, se aproximó a uno de los troncos del sacrificio, rematados con calaveras humanas, y en cuya madera había profundas incisiones, tal vez producidas por armas arrojadas durante la tortura y muerte de los enemigos de la tribu. Sin poder dominar el afán de venganza, Marisa Tuner acarició con sus dedos la rugosa superficie del poste, que varios mozalbetes, con la ayuda de mujeres y ancianos, terminaban de afianzar en tierra, en un profundo hoyo.

Isabel Brixham, que conocía la historia de la joven por habérsela ella narrado, puso la diestra en el hombro de la muchacha, advirtiéndole, con voz suave:

—No te goces con la idea de que vas a ser testigo de la muerte de los que odias. Pocas veces he presenciado el espectáculo que se avecina; pero te aseguro que es difícil de olvidar. ¡Es algo espantoso!

—¡Lo que esos hombres se merecen! Ignoro si son los que yo deseaba encontrar cuando caí enferma y en manos de Ubumba, pero ¡cuántas tragedias no tendrán ellos sobre sus conciencias!

—Dios nos pide que perdonemos para ser perdonados. Lo que va a suceder está también por encima de tu voluntad, Marisa. ¡No ensucies tu espíritu con torvas ideas!

Las palabras de Isabel impresionaron a la muchacha haciéndole comprender que el sufrimiento había aquilatado la bondad de la madre de Ubumba, enriqueciéndola de valores morales.

Se apartó del poste de tortura, sin responder al consejo que acababa de serle formulado, y sentándose sobre una piel de leopardo, en uno de los extremos de la aldea, miró al cielo mientras recordaba una frase repetida ya dos veces por Isabel. “El Señor se sirve de sus criaturas para unos fines que nosotros no somos capaces de comprender”. Era cierto. ¿Quién iba a decirle que ambicionaría el rápido regreso de Ubumba?

El día fue languideciendo con lentitud para el deseo de la muchacha. Confiaba en que el joven rey le permitiera hablar con los prisioneros a fin de preguntarles si fueron o no los autores de la muerte de Harold Tuner y de su esposa. ¡Necesitaba saber para, una vez que la bárbara justicia de los bantúes se cumpliera, tener la certeza de que sus padres no le reprocharían desde el más allá que no se hubiera preocupado de castigar a los cobardes que les dispararon a traición, matándoles!

Con las primeras sombras de la noche, los tambores de la aldea, quizá con el fin de orientar a Ubumba y a los suyos, comenzaron a

ser percutidos por un grupo de mujeres en cuyos ojos brillaban homicidas deseos.

Como en tantas otras ocasiones desde que fue capturada, Marisa Tuner experimentó un vivo desasosiego, una grata inquietud... ¡Qué fácilmente se dejaba ganar por el exotismo!

Comió, sin apetito, un trozo de carne de alce y frutas, permaneciendo en vela, al igual que todos los miembros de la aldea.

El reloj de pulsera habíasele parado durante su enfermedad y, por ello, Marisa no pudo precisar la hora exacta en que Ubumba, al frente de sus guerreros, se aproximó a la aldea, haciéndose anunciar por dos indígenas. Al instante, numerosas antorchas fueron encendidas y todos, formando calle en la explanada, recibieron con gritos de júbilo a los que regresaban. No pocos negros portaban piezas de caza, en especial antílopes, faisanes y gacelas. En el centro, tres hombres, vestidos a la europea, caminaban torpemente, dando a entender por su aspecto que la debilidad y la fatiga les dominaba. Detrás de ellos, un indígena llevaba un bulto del que sobresalían los cañones de dos rifles. Marisa Tuner sonrió al darse cuenta de que el negro apenas si se atrevía a moverse con su carga, tal vez temeroso de que las armas de sus enemigos, volviéndose contra él, animadas por los espíritus del mal, le matasen.

La muchacha esforzabase en vislumbrar los rostros de los que avanzaban encorvados, sin fuerzas apenas para sostenerse en pie; pero las numerosas sombras que proyectaban las antorchas se lo impedían. Pudo advertir, con un estremecimiento de horror, que los mozalbetes arrojaban piedras a los prisioneros y las mujeres se acercaban a ellos para escupirles en los rostros. Los perros, azuzados por los ancianos ladraban a los blancos, quienes difícilmente conseguían evitar las mordeduras.

El vocerío era ensordecedor. Gritos de júbilo y de venganza atronaban el aire, mezclándose con el frenético sonar de los tambores. Las llamas de que los negros eran portadores prolongaban luces y sombras.

La comitiva continuó avanzando. De pronto, Marisa Tuner, con los ojos desorbitados por el espanto, lanzó un grito de horror. Acababa de reconocer a los prisioneros.

—¡No!... ¡No!... ¡¡Kinney!!... ¡¡Kinney!!

Larry, que se hallaba a la altura de la joven, volvió la cabeza para mirarla en el preciso momento que una piedra chocaba contra su frente, produciéndole una herida por la que comenzó a manar la sangre. El joven, cuyo rostro estaba cubierto de moraduras y

salivazos, esforzóse en sonreír a Marisa, sin conseguir esbozar más que una fea mueca.

La muchacha, con el ímpetu que la caracterizaba, fue a dirigirse a sus amigos, con el deseo de compartir su suerte, de gritar que eran inocentes. Pero unos dedos de hierro se clavaron en su brazo izquierdo, a la par que una voz, muy conocida para ella, exclamaba, tensa:

—¡No seas loca! ¡Haz como si no les hubieras visto nunca!

—¡Son Peatie, Kinney y José, Isabel! ¡Vinieron a buscarme! ¡Son amigos de los indígenas!

Como Marisa continuara forcejeando para desasirse, la madre de Ubumba, sin soltarla, tornó a decir:

—Más podrás hacer por ellos en libertad que muriendo estúpidamente.

Tales palabras serenaron a la joven que, horrorizada, contempló cómo Larry, Louis y el mulato eran atados a los postes de tortura donde las mujeres continuaban escupiéndoles y los chiquillos apedreándoles. Ubumba, situándose ante los que estimaba sus enemigos, alzó ambos brazos para reclamar silencio. Luego, con voz firme, habló:

—¡Los dioses han querido que celebráramos dos grandes fiestas en la aldea! la de mi unión con la que ha de ser mi esposa y la de la venganza contra los que mataron a mi padre, el rey, ¡y a los mejores de nuestros hermanos!

Un clamor unánime coreó las palabras del indígena, quien, tras una larga pausa, prosiguió:

—Mañana, al amanecer, dará comienzo la ceremonia de mi boda. Después del banquete el peso de la justicia caerá sobre los asesinos de nuestros hermanos. Deseo que hasta entonces los prisioneros vivan.

Marisa Tuner, que temblaba de pavor, comprendió la razón por la que Ubumba deseaba que sus amigos no murieran. ¡Iba a torturarles espantosamente!

—¡Quiero hablar con su hijo, Isabel! ¡Esos hombres son inocentes! ¡Podría jurarlo!

—Espérame aquí. Me informaré de cómo han sido capturados. ¿Me aseguras por la memoria de tus padres que nada tienen que ver los detenidos con los traficantes de esclavos?

—¡Sí, Isabel! —repuso la joven, apasionada.

—Procuraré ayudarte. Marisa. No te muevas de aquí ni hagas nada por aproximarte a los postes. ¿Me obedecerás?

—Vaya tranquila.

La madre de Ubumba se aproximó al grupo de guerreros entre los que se hallaba su hijo. El rey de la tribu acababa de desatar el fardo que contenía las armas y señalaba a la metralleta, identificándola con el arma utilizada por los traficantes en el primer ataque al poblado. Al ver a su madre, el indígena la abrazó y ella le dijo:

—Quiero hablar contigo.

—Vamos a mi choza. Nadie nos molestará. No podré dedicarte mucho tiempo. He de procurar que todo esté preparado para el amanecer.

—Te entretendré poco.

Una vez a solas, Isabel Brixham rogó a su hijo que le explicara los incidentes de la cacería que culminó con la captura de los dos blancos y el mulato. Ubumba lo hizo con agrado, como siempre que se hallaba junto a su madre, a la que amaba entrañablemente.

—Oímos disparos a gran distancia y nos aproximamos con rapidez. Nuevas detonaciones nos sorprendieron casi en el lugar en el que se había perpetrado la matanza de los guerreros que se llevaron de la tribu. Caímos sobre estos tres hombres, que se hallaban junto a los cadáveres. ¡No hay duda de su culpabilidad!

Isabel, convencida por los razonamientos que acababa de oír, dijo al despedirse:

—No quisiera que matases a tres inocentes.

—Vive tranquila. Ya te he contado cómo sucedió todo.

La mujer abandonó la choza para reunirse con la muchacha, quien la esperaba con ansiedad.

—¿Consiguió saber algo?

—Sí. Escúchame sin interrumpirme.

La madre de Ubumba reprodujo fielmente el diálogo sostenido. Al terminar, Marisa, apasionada, aseguró:

—¡A pesar de todo, estoy segura de que ellos pueden justificarse! Voy a hablar con Ubumba.

—Hazlo; pero no cómo piensas, con protestas de inocencia. Escúchame. Si mi consejo te parece disparatado, procede como se te antoje.

Isabel Brixham, tras unos minutos de meditación, expuso a la muchacha cuáles eran sus proyectos, que fueron aceptados sin discusión.



De pronto viéronse atacados por una pantera...

CAPÍTULO IX

Durante toda la noche, la joven intentó en vano aproximarse a sus amigos para conversar con ellos, siendo rechazada una y otra vez, con firmeza, pero sin brusquedad, por los dos guerreros que montaban la guardia en torno a los postes de tortura. En vista de la inutilidad de sus esfuerzos decidió seguir la segunda parte del plan de Isabel Brixham, por lo que, dominando su animosidad hacia el hombre que la había capturado, se aproximó a él para preguntarle, con una sonrisa:

—¿Puedo hablar unos minutos con el que mañana va a ser mi esposo?

Marisa se había expresado en inglés y pudo observar un brillo de alegría en los ojos del indígena, por lo que dedujo que Ubumba estaba enamorado de ella.

—¡Todo el tiempo que quieras! —repuso él—. ¿Qué es lo que deseas?

—Algo que no te será difícil concederme. Mis padres fueron asesinados por unos desconocidos, me temo que por los traficantes de esclavos. Quiero cerciorarme de si esos hombres lo hicieron. Para ello necesito hablarles. Quiero que tú seas testigo de nuestra conversación para que veas que no pretendo oponerme a tus propósitos. Debo advertirte que los conozco y que siempre los consideraré inocentes. Uno de ellos es Larry Kinney, miembro del Servicio Internacional del Caucho, y vino a Stanleyville comisionado por el organismo oficial de que es miembro. El otro blanco es Louis Peatie, que, con barcas, se dedica a proveer de víveres a zonas alejadas de las ciudades. El mulato es José su criado —Ubumba fue a hablar, pero la joven se lo impidió—. Ya me ha contado tu madre cómo les encontraste.

Una nueva sonrisa y la certeza de que ningún mal podía derivarse de complacer a la que iba a ser su esposa, decidieron al rey de la tribu a acceder a la súplica. Marisa, temblando de emoción, pudo acercarse a los postes clavados muy cerca uno de otro y, encarándose con Larry, decirle:

—Hola, Kinney.

—Hola, Marisa. Celebro verte entre estos negros. Temí que hubieras caído en manos de los traficantes de esclavos.

—Eso dicen que sois vosotros. ¿Quieres explicarme por qué os

encontraron junto a los cadáveres de los indígenas? —como la joven advirtiera un gesto de sorpresa en el rostro de Larry, se apresuró a ordenarle, con voz tensa—: ¡No hagas preguntas y responde a las mías, por absurdas que te parezcan!

Hubo un breve silencio. José y Peatie, al ver a la muchacha, bien tratada por los indígenas, sintieron una sensación de alivio. Tal vez ella pudiera ayudarles. Estaban seguros de que, de serle posible, lo haría.

Kinney, sospechando que algún propósito guiaba a Marisa, refirió con todo detalle sus aventuras desde que, engañando a Veagh, iniciaron su búsqueda. El joven hablaba muy despacio, midiendo mucho sus palabras. Se había dado cuenta de que las facciones del rey de la aldea no eran las propias de un negro y, también, del interés con que escuchaba su historia.

—De haber querido defendernos, nos hubiese sido fácil matar a los que nos han apresado. Llevábamos dos rifles, una metralleta y seis revólveres. Yo impedí que Peatie lanzara una ráfaga mortal contra los indígenas. Hay algo que ignoras también. La cabaña en la que habitabas con tus padres fue incendiada. Llegamos a temer que hubieras muerto.

—¿Quieres explicar también lo que sucedió la noche en que les encontramos asesinados? ¡Sin preguntas! ¡Hazlo!

Kinney obedeció, ya seguro de que el negro que acompañaba a la muchacha entendía el inglés. Una vez que hubo terminado pidió:

—Dame un poco de agua. Cuando estos hombres nos capturaron llevábamos muchas horas de marcha, sin concedernos descanso ni aún para comer. Después nos obligaron a emprender el camino, haciéndonos objeto de malos tratos.

—También te limpiaré el rostro, Kinney. ¿Oíste, Ubumba? ¡La verdad habla por los labios de mi amigo!

Una arruga se marcó profunda en la frente del indígena.

—¿Me sonreíste solo para que oyera todo esto?

—¡Necesitaba impedir que, por error, matases a tres inocentes!

—¡Los blancos siempre mienten, como tú ahora! ¡Morirán, Marisa, y presenciarás su agonía a mi lado, convertida en mi esposa! El prueba su inocencia con palabras. Yo su culpabilidad con hechos. Los hallé junto a los cuerpos de mis hombres. ¿Crees posible contener a mis súbditos? Los traficantes de esclavos sembraron la muerte y la desolación en la aldea. Mi pueblo no perdona fácilmente.

Marisa, inclinando la cabeza, se dijo que eran absurdos los reproches, los insultos. Al comprender que Larry Kinney moriría

sintióse desdichada hasta tal extremo, que las piernas le temblaron y estuvo a punto de caer. Se repuso merced a un sobrehumano esfuerzo mientras, balbuciente la voz, con frase poco firme, musitaba:

—¡Déjales en libertad y te prometo acceder gustosa a mi matrimonio contigo, a vivir a tu lado hasta la muerte, a ser para ti cariñosa y fiel! No puedo darte más a cambio de...

Un sollozo interrumpió a la muchacha. Kinney, comprendiendo la magnitud del sacrificio, exclamó:

—¡Prefiero morir cien veces antes que saberte condenada a perpetuidad junto a ese salvaje! ¡No merecemos tanto!

La muchacha, serena ya, se encaró con Ubumba, repitiendo:

—Insisto en mis palabras anteriores. Quiero que sepas que yo... ¡que yo amo a Larry Kinney! ¿Serás tan miserable, tan cobarde, como para aceptar por esposa a una mujer que quiere a otro hombre?

Tembló el indígena; pero sus palabras sonaron lentas, cargadas de amenazas.

—¡Tú serás para mí y me darás hijos! Una vez que esto suceda, si no te has hecho acreedora a mi estimación, te mataré. ¡Vuelve con mi madre!

La joven, sin intimidarse, rogó a Ubumba:

—Permíteme que cure sus heridas, que les dé de beber y...

—¡Fuera de aquí! ¡Vete antes de que!

La mano derecha del indígena se alzó en el aire con violencia, pero no llegó a caer sobre el rostro de Marisa Tuner, quien le contemplaba retadora, sin inmutarse.

Isabel Brixham que, a distancia, había presenciado la escena, comprendiendo lo ocurrido por los gestos y ademanes, se apresuró a acercarse a la muchacha para, con ternura, atraerla hacia ella y obligarla, con suavidad y energía, a alejarse de su hijo y de los prisioneros.

Ubumba, antes de reunirse con sus guerreros, afanados en desollar las piezas de caza y en descuartizarlas para que las mujeres procedieran a su asado o cocción, miró con fijeza, cara a cara, a Larry Kinney, el cual, con los labios contraídos, en un gesto varonil, no desvió sus ojos de los del indígena, retadoramente.

—¡Vas a cometer tres crímenes tan execrables como los que perpetraron los traficantes de esclavos en tu aldea!

—¡Si Marisa te prefiere a mí tengo un motivo más para hacerte matar! —repuso Ubumba con ferocidad.

Sin más palabras, el negro, dando media vuelta, se apartó de los

postes de tortura para dirigirse al encuentro de varios indígenas que iban a pedirle órdenes y a ultimar con él detalles para la ceremonia que daría comienzo al amanecer. Kinney le siguió con la vista y, luego, miró a Peatie, que se hallaba a su izquierda.

—No me arrepiento de lo que hice al impedir que disparara contra ellos en propia defensa, pero comprendo que usted y José van a morir por culpa mía. Les ruego que me perdonen. Nunca supuse que estos hombres nos confundieran con los tratantes de esclavos.

—Sobran las lamentaciones. ¡Merece la pena arriesgarse e, incluso, perder la vida en defensa de una muchacha tan valerosa como Marisa Tuner! ¡Qué gran lección de generosidad la que acaba de darnos!

—Sí —fue la breve respuesta del joven.

Para Larry la muerte no iba a ser tan ingrata, tan cruel, como imaginó en un principio. Había oído de labios de Marisa algo que inundaba de gozo su espíritu. Una duda lo atenazó el cerebro. Tal vez la joven mintió con el afán de salvarle.

El mulato José, con los ojos clavados en la gentil figura de la muchacha que, a la puerta de una de las chozas, sollozaba con la cabeza apoyada en el hombro de Isabel Brixham, sintió envidia de Kinney. Él llevaba muchos años enamorado secretamente de Marisa Tuner, aún en la certeza de que el color cobrizo de su piel era una infranqueable barrera.

En la aldea todos trabajaban, deseosos de ser espectadores y protagonistas de la boda de su rey y de la muerte de sus odiados enemigos...

* * *

Los primeros rayos del sol, al iluminar a Marisa Tuner parecieron rendir un homenaje a su belleza. El silencio era absoluto cuando la muchacha, acompañada por Isabel Brixham, abandonó su cabaña, vestida con una túnica de color rojizo que destacaba sus espléndidas formas juveniles. Iba calzada con unas sandalias de cuero, de tosca construcción. Dos largas correas, entrecruzándose, le adornaban las piernas hasta la altura de las rodillas.

Marisa Tuner, que, ya sola, avanzaba despacio en dirección al trono en el que Ubumba hallábase sentado, al encontrarse a la altura de los postes del tormento corrió hacia Larry Kinney, abrazándose a él, a la par que gritaba:

—¡Eres un monstruo, Ubumba, un miserable y un canalla!

¡Mándame asesinar con ellos, mis amigos! ¡Te desprecio! ¡Me das asco!

Las miradas de los indígenas, que en un principio siguieron los movimientos de la muchacha, volviéronse al rey. No hubo ni un leve murmullo de asombro. Todos esperaban las órdenes de su jefe, órdenes que no tardaron en producirse.

—¡Ella lo ha querido! ¡Clavad una cuarta estaca! Morirá:

Un grito de mujer fue la respuesta a tales palabras. Isabel Brixham atravesó la explanada para, postrándose a los pies de su hijo, suplicarle:

—¡Perdónala! ¡Hazlo por mí!

Ubumba, majestuoso, ya erguido, replicó con voz firme:

—Es la primera vez que voy a negarte algo, madre. Como hombre puedo disculpar la actitud de Marisa; como rey debo condenarla.

Las jóvenes que hasta la llegada de la muchacha a la aldea aspiraron a ser elegidas por el rey como esposas, se apresuraron a sacar de un gran cobertizo uno de los troncos destinados para alimentar las fogatas, y con la ayuda de varios guerreros, consiguieron clavarlo muy cerca del de Larry Kinney, entre el joven inglés y José.

Al ser atada, había en los labios de Marisa Tuner una sonrisa de gozo. La muerte era preferible a permanecer toda la vida con los indígenas, soportando a un hombre al que no amaba, a un hombre de reacciones brutales, primitivas.

Isabel Brixham, inclinada, asida con ambas manos a las piernas de su hijo, no cesaba de implorar perdón para la joven, con quien se había encariñado y que era, además, un lazo de unión entre aquello que le obligaron a abandonar cuando apenas era una muchacha y la aldea indígena en la que había consumido sus mejores años, sin amor y sin esperanza.

Ubumba, inflexible, permaneció mudo a tales ruegos, y desasiéndose de los brazos de su madre hizo una seña a las mujeres que tocaban los grandes tambores para que dieran comienzo a la danza de la muerte.

Minutos después, los guerreros, con absurdas y grotescas contorsiones, llevando empuñadas sus armas, bailaban en derredor de los cuatro prisioneros, acercándose en ocasiones a ellos para poner en sus pechos o en sus gargantas las puntas de las lanzas y retirarse sin herir.

Marisa, con los ojos cerrados para no presenciar tan horrible espectáculo, musitaba oraciones y ponía su recuerdo en sus padres

y en el hombre que todo lo sacrificó para ir en su auxilio.

—¿Tendrás valor para soportar lo que nos aguarda?

La pregunta de Kinney sobresaltó a la muchacha, abstraída en sus rezos y en sus evocaciones. Volvió la cabeza para mirar a Larry y repuso:

—Dios me dará fuerza.

—¿Mentiste a Ubumba al afirmar que me amabas?

Marisa tardó unos minutos en responder. Cuando lo hizo, sus palabras conmovieron, por su tono nostálgico y su significado, el corazón de Kinney.

—Ahora sobran los convencionalismos. Voy a confesarte algo que ninguna mujer diría a un hombre en circunstancias normales. Sí; es cierto. Me he dado cuenta de cuáles eran mis sentimientos hacia ti en las largas horas de soledad en esta aldea, esperando algo peor que la muerte.

—¡Yo te buscaba con un ansia muy superior a la de salvar la vida a una persona a la que solamente se estima! También comprendí entonces la verdad de mi cariño hacia ti. ¡Nos reuniremos para siempre en el Más Allá!

Los tambores atronaban el aire con un ritmo cada vez más rápido, confundiendo su sonido con el griterío de los indígenas que, excitados, iban estrechando el círculo y agitando las armas con mayor nerviosismo.

Ubumba, en pie junto a su trono, presenciaba la danza, angustiado por la suerte de la muchacha a la que condenó a morir. En el alma del negro luchaban dos razas, dos enseñanzas de niñez. La raza blanca de Isabel Brixham y la doctrina católica, y el atavismo y las supersticiones de su padre, que él había preferido por ir más en consonancia con su carácter indomable, enemigo de someterse.

Aunque él era quien debía dar la orden de comenzar el martirio arrojando una lanza contra uno de los postes de tortura cada vez que uno de los guerreros se acercaba a la muchacha, para aterrorizarla con su venablo, se estremecía ante la idea de que el indígena, impulsado por el odio, se dejara arrastrar por él y clavara su arma en el cuerpo de la mujer. ¿Quién podría contener entonces a los negros, sedientos de sangre?

Isabel Brixham, tendida en el suelo, a los pies de Ubumba, lloraba en silencio.

El rey de la aldea, abandonando su trono, se acercó a los prisioneros. Marisa Tuner clavó en él una mirada de serenidad, de gratitud por permitirle morir junto al hombre que amaba. El

silencio se hizo de pronto, roto solo por el sonar de los tambores. Los indígenas, con los venablos en alto, esperaban a que su jefe diera la orden para lanzarlos contra las extremidades de los prisioneros, procurando no matarlos. Era tal la destreza y la crueldad de los nativos, que en ocasiones tardaban varias horas en matar, pese a que no dejaban de herir.

Ubumba, deseando terminar de una vez con la angustia que le dominaba, levantó la lanza con ánimo de descargarla contra el poste de Louis Peatie. Iba a arrojarla cuando sonó un disparo y el arma fue partida por el astil. Todos miraron con presteza hacia el lugar de donde partía la agresión y en los corazones de los prisioneros alzóse un himno de esperanza. Marisa susurró:

—¡Dios ha escuchado mis ruegos!

Cinco hombres blancos, portando metralletas, surgieron del bosque. Sus rostros eran brutales, de gente curtida por la aventura de la vida en la selva. El gozo de Peatie fue tan intenso que no pudo reprimir una exclamación jubilosa:

—¡John Smith! ¡Estamos salvados!

El francés comprendió tarde su imprudencia al oír una pregunta formulada por Kinney.

—¿Conoce a los traficantes de esclavos?

—¡No importa quiénes sean! ¡Estos malditos negros llegaron a espantarme con sus danzas y sus tambores!

—Ya me he dado cuenta. De no ser por ello, no se habría delatado.

No hubo más palabras entre Louis y Larry, pues centraron su atención en la actitud de los negros, dispuestos al ataque y a la defensa, y de los que habían intervenido en el momento preciso. Uno de los recién llegados, en dialecto bantú, hablaba con Ubumba.

—Sabéis que tenemos cañas de fuego capaces de aniquilaros. ¡Tirad las lanzas!

—¿Venís en ayuda de vuestros compañeros? —inquirió Ubumba, que deseaba tener la certeza de la culpabilidad de los atados a los postes de la tortura.

—Solo uno de ellos es amigo nuestro. Los demás son desconocidos. Tienes un minuto para pensar la respuesta.

—¡Sobra! —repuso Ubumba—. ¡Al bosque, guerreros! ¡Desde allí presentaremos batalla!

Apenas pronunciadas tales palabras por el indígena, las cinco metralletas entonaron su himno de muerte, pero mientras unos negros caían segados por el plomo, en cobarde asesinato, la mayor parte de ellos, con su rey, conseguían ocultarse detrás de los troncos

de los árboles que rodeaban la aldea. Las lanzas llovieron sobre los tratantes de esclavos y tres de ellos fueron atravesados por los venablos.

El que Peatie había llamado John Smith retrocedió con el otro superviviente del grupo, para protegerse en una de las cabañas. La explanada quedó desierta, excepto los cadáveres y los prisioneros. Kinney, muy pálido, tensaba las muñecas, sin importarle que las ligaduras se clavasen en su carne, produciéndole hondas heridas. El silencio era absoluto. Los indígenas, aleccionados por la anterior experiencia, la que produjo la muerte del padre de Ubumba, y conocedores del mortífero poder de las armas de fuego, no se descubrían. Larry pudo ver que Ubumba daba órdenes a sus hombres para que se internaran en el bosque a fin de cortar la retirada a sus adversarios. ¡Si pudiera desatarse y tomar una de las metralletas que se hallaban junto a los cuerpos de los tres blancos atravesados por las lanzas!

No había hecho más que formular tal pensamiento cuando, ráfaga tras ráfaga, comenzaron a tronar las armas automáticas de John Smith y de su cómplice. Larry estuvo seguro de que pese a la estrategia de Ubumba, ninguno de sus guerreros conseguiría acercarse a sus enemigos para darles muerte. Los dos blancos ocupaban una posición privilegiada, en una zona en la que el bosque no era muy espeso, por lo que sería imposible sorprenderles por la espalda. Vio cómo no pocos indígenas recibían las mordeduras del plomo y ello le indujo a vencer el sufrimiento que experimentaba y a seguir tensando los brazos, en un alarde de fortaleza. El dolor era tan intenso que el joven notaba que un sudor frío deslizábase por sus sienes. Sin embargo, no cesó en su intento que, al fin, fue coronado por el éxito. Sus manos quedaron libres y desatarse los tobillos fue cuestión de segundos.

Marisa Tuner miraba angustiada a Larry, temerosa de que una lanza terminara con la vida heroica del hombre que amaba. La agresión no se produjo y el joven pudo libertar a José y a la muchacha.

—¡Reuníos con Ubumba! —les ordenó.

—Pero... —quiso oponer Marisa.

—¡Haced lo que os digo! ¡Ellos son menos peligrosos que los que les atacan! ¿Qué vas a hacer, José?

—¡Salvar a Peatie!

—¡Es el jefe del tráfico de esclavos! El “Intelligence Service” sospechaba de él y me envió con el fin de comprobarlo. Acabo de tener la certeza de su culpabilidad.

El diálogo, tenso, emocional tuvo un fin inesperado. El mulato, dejándose arrastrar por el cariño que experimentaba hacia su amo, fue hacia él con el cuchillo desenvainado, disponiéndose a desatarle. Kinney, aun doliéndole su comportamiento, saltó sobre José por la espalda y sus dos puños en forma de maza se abatieron sobre la nuca del hombre, derribándolo a tierra sin sentido. Después, en la certeza de que John Smith no vacilaría en disparar contra él y la muchacha, una vez comprobada su hostilidad contra Peatie, tornó a ordenar, esta vez con mayor energía:

—¡Intérnate en el bosque!

La joven, intuyendo cuáles eran los temores de Larry, obedeció con presteza mientras Kinney se apoderaba de una metralleta, y amparóse en Peatie de forma que el francés le protegiese. Louis, atado al poste, le miró.

—Siempre sospeché que usted era algo más que un miembro del Servicio Internacional del Caucho. ¡No escapará vivo de esta!

—Es posible. Sin embargo, aniquilaré para siempre la monstruosa organización de tráfico de esclavos. Usted permanecerá aquí hasta que todo acabe. Mi Gobierno tiene interés en que viva para responder de sus delitos.

Una vez pronunciadas tales palabras, Larry oprimió el gatillo de su arma, apuntando a la cabaña en la que se protegían sus enemigos, y sin dejar de hacer fuego, impidiendo que Smith y su cómplice se mostraran para disparar contra él, pudo alcanzar, ileso, el refugio del bosque. Ubumba le miró con fijeza, y extendiendo su diestra en ademán de saludo, dijo:

—Estuve a punto de cometer un tremendo error con usted.

—Ya hablaremos de eso. Ahora, lo que importa es aniquilar a los que aún conservan la vida o reducirles. ¿Me deja el mando de sus guerreros?

—Transmitiré las órdenes que usted me dé. Mi madre se ha refugiado en la cabaña real al comenzar el tiroteo. No lo olvide.

—Lo tendré presente. Tú, Marisa, permanece en lugar seguro.

—¡Iré adonde tú vayas!

Conociendo el indomable carácter de la joven, Larry no insistió en sentido contrario.

—¿En qué choza guardaste nuestras armas y municiones, Ubumba?

—En aquella.

El indígena señaló una, situada al otro lado de la explanada, muy a la derecha del sitio en el que se había cobijado Smith y su cómplice.

—Manda a dos hombres a buscarlas. Que entren por la parte que da al bosque, haciendo un agujero en una de las paredes ¿Enviaste hombres para cortar la retirada de los traficantes de esclavos?

—Sí; no escaparán. Han caído en una encerrona en la que no encontrarán otra salida que la muerte.

—Bien. Aguardaremos.

De vez en cuando las balas disparadas por los dos únicos supervivientes del grupo de cinco blancos que llegó a la aldea, con el propósito de apoderarse de mercancía para su tráfico siniestro, silbaban en torno a los negros y a Marisa y Larry, quien, para no agotar las municiones de su metralleta la había puesto en tiro único y replicaba al fuego muy espaciadamente, pero de forma que sus adversarios comprendieran que se encontraba alerta.

Diez minutos más tarde, un fardo era depositado a los pies de Kinney el cual, al deshacerlo, encontró los dos “Winchester”, el arma automática de Peatie, los seis revólveres y los zurrones conteniendo medicinas, municiones y algo de comida. Comió con apetito un trozo de jamón. ¡Estaba hambriento! Se puso dos “Colts” en la cintura, siendo imitado por Marisa y con un macuto en bandolera, un rifle a la espalda y la metralleta empuñada, se dispuso a actuar. La muchacha, por su parte, se apoderó de un “Winchester”.

Larry fue a oponerse a que ella luchara; pero no lo hizo, en la certeza de no ser obedecido.

En pie, con un absoluto desprecio del peligro, se dispuso al ataque. Se encontraba casi en el límite de sus fuerzas y se dijo que era preciso que provocara un rápido final antes de que cayera a tierra, incapaz de moverse, vencido por el deseo de dormir, de descansar aunque fuera en brazos de la muerte.

Antes de que nadie pudiera evitarlo abandonó el bosque para situarse en la explanada, de cara a sus enemigos.

—¡Quiero hablarte, Smith! ¡Estás rodeado y tenemos a tu jefe en nuestro poder!

—¡Loco! —susurró Marisa—. ¡Retrocede! ¡Te matarán!

Kinney no contestó a tales palabras, esperando la respuesta de los traficantes de esclavos, respuesta que podía llegarle envuelta en plomo.

—¡Peatie no caerá en vuestras manos! —fue la réplica, dada con voz ronca. ¡El que se le acerque, morirá! ¡Nosotros le rescataremos!

Sin ánimo de cumplir su amenaza, Larry encañonó al francés, quien le miraba, con ojos desorbitados por el espanto.

—¡Si antes de dos minutos no habéis salido con las manos en

alto, dispararé contra Louis!

Al pronunciar tales palabras, el joven, de un salto, tornó a parapetarse en Peatie, detrás del poste de la tortura. Marisa y Ubumba seguían el diálogo con interés, temerosos de que en cualquier momento Kinney cayera atravesado por los proyectiles enemigos.

El silencio fue largo, interminable. Larry repitió:

—¡Dos minutos! ¡Ni un segundo más!

Al mirar en derredor, a fin de no dejarse sorprender por ninguna estratagema de sus adversarios, Kinney pudo ver a Isabel Brixham que, amparada en la choza, le miraba a través de la abertura de entrada.

—¿Qué mandas, Louis?

—¡No os entreguéis! ¡El final será la horca! ¡Es preferible acabar luchando a hacerlo en el patíbulo!

John Smith, al escuchar la respuesta de su jefe, lanzó una ráfaga de proyectiles contra Ubumba, que, imprudentemente, se había descubierto. Marisa, intuyendo la reacción de sus adversarios, se arrojó a tierra salvándose así de ser alcanzada por las balas. Desde su peligrosa situación, Kinney observó que Isabel Brixham, que había visto caer a su hijo con el pecho tinto en sangre, atravesaba corriendo la explanada para reunirse con él.

—¡Atrás!... ¡Atrás!... —gritó, temeroso de que dispararan contra ella.

Su advertencia no fue obedecida. La madre, impulsada por algo superior, por algo sublime, pudo llegar hasta cerca del bosque. Entonces volvió a tronar la metralleta de uno de los miserables e Isabel se desplomó a tierra, mientras Marisa y Larry, encolerizados, oprimían los gatillos de sus armas contra los miserables que no respetaban ni a las mujeres.

La madre de Ubumba, arrastrándose, al filo de la eternidad, pudo llegar, en un gigantesco esfuerzo, junto a su hijo, que aún vivía.

—¡Dios me ha permitido llegar a tu lado en la hora suprema! Ofrecí muchas veces mi existencia porque vivieras o murieras dentro de la Fe que yo te he enseñado. ¿Va a ser vano mi sacrificio?

El indígena, jadeante, sonrió a la que apoyaba sus manos sobre su pecho desnudo.

—No —dijo—. Yo creo en lo que tú dices y me arrepiento de cuanto malo haya podido hacer.

—¿Recuerdas el Credo, Ubumba?

—Sí.

—¡Rézalo y pon en las palabras toda tu alma!

La voz del negro, cascada por la muerte, comenzó:

—Creo en Dios Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo... Nuestro... Señor...

La cabeza del indígena se dobló trágicamente. Isabel Brixham, que había musitado la misma oración, se dejó vencer por la muerte y su rostro descansó sobre el sangrante tórax de Ubumba... Así, madre e hijo, marcharían juntos a una Eternidad feliz.

Marisa Tuner, con los ojos cubiertos de lágrimas, emocionada por la escena de que acababa de ser protagonista, cerró los párpados a Isabel y a Ubumba mientras murmuraba:

—Proteged vosotros a Larry Kinney.

El joven, amparado en Louis Peatie, pálido de rabia, empuñaba con fiereza la metralleta, pero no se le presentaba la oportunidad de disparar con éxito contra John Smith y su cómplice, estando, en cambio, expuesto a, en un descuido, encontrar la muerte...

CAPÍTULO X

El tiempo transcurría sin que la batalla entre los traficantes de esclavos y los guerreros de Ubumba, a cuyo lado se hallaban Kinney y Marisa, se decidiera en favor de ninguna de las dos partes. Cinco indígenas encontraron la muerte por, desobedecer las órdenes de su rey, mostrarse a sus enemigos con el propósito de arrojarles lanzas. El sol ya estaba muy alto y Larry continuaba en el centro de la explanada, parapetado en el cuerpo de Peatie. La situación parecía interminable cuando la Providencia, moviendo los hilos del Destino de una de sus criaturas, hizo que José recobrara el sentido. El mulato, de rodillas, sintiendo una fuerte turbación, tardó en incorporarse.

—¡Ven a mi lado! —dijo Kinney—. Pueden disparar contra ti.

—Voy a poner en libertad a mi amo.

—¡No te lo permitiré, aunque tenga que matarte!

José, encogiéndose de hombros, con absoluta indiferencia hacia el peligro, se acercó a los tres esclavistas muertos por los negros para apoderarse del machete de uno de ellos. Con el arma blanca en la mano, se dirigió a Louis, pero no llegó a situarse ante el poste. Un disparo rasgó el silencio y el mulato, después de avanzar unos metros más, cayó a tierra quedando inmóvil.

Kinney, conmovido, sintiendo deseos de hacer fuego contra el miserable que, atado en el poste, miraba con angustia el cuerpo del mulato, le preguntó:

—¿Era su hijo? ¡Responda! ¡Está usted al borde de la Eternidad! Camine hacia ella sin el lastre de vergonzosos secretos.

—Sí.

—¡Es víctima de sus cómplices! Creyeron que iba a asesinarle y por ello le dispararon. ¡Esos monstruos que le secundan, no conciben la generosidad de José!

Hubo un breve silencio. La respiración de Peatie era fatigosa y su rostro estaba contraído por un gesto de dolor y de ira.

—¡Desátame! —murmuró con voz ronca—. ¡Desátame, Kinney!

El aludido, dejándose guiar por una corazonada, se dispuso a hacer lo que aquel hombre le indicaba, pero se detuvo al oír las palabras del francés.

—Aguarde unos minutos. Accedí a acompañarle en la búsqueda de Marisa con objeto de abandonar Stanleyville. Estaba seguro de

que el Servicio Secreto inglés había destacado a uno de sus agentes para vigilarme. Siempre creí que era usted miembro del Intelligence Service. Ahora acabo de comprobarlo. Mi deseo era llegar cerca del que se hace llamar John Smith y una noche cualquiera, aprovechando mi turno de guardia, abandonarle a usted y a José a fin de reuniéndome con mis cómplices, dirigirnos hacia el norte, lejos del Congo y de las investigaciones de los Gobiernos belga, francés y británico. No le deseaba mal alguno, y por la felicidad de mi hijo, decidí separarle de mi lado. Un notario de Stanleyville posee las escrituras y documentos necesarios para que él —señaló al mulato, que continuaba inmóvil en tierra— pudiera administrar mis bienes como único propietario y heredarlos, después, a mi muerte. Pensé también reconocerle, dándole mis apellidos. No lo hice para no deshonrarle. Él era bueno.

Un sollozo se estranguló en la garganta de Peatie quien, tras una breve y emotiva pausa, prosiguió:

—Mi pasado no le importa a nadie. No obstante, quiere que sepa que mi niñez y mi juventud fue desdichada y turbulenta en Marsella. José nació en África de unos amores ilícitos. Cegado por la ambición y aprovechando mis continuos desplazamientos por el río Congo, organicé, con la ayuda de John Smith, un indeseable de la peor especie, creo que un perturbado, el tráfico de esclavos. Tal vez inicié ese negocio dejándome arrastrar por mi rencor hacia la Humanidad, por mi afán de aventura y poder. Sería muy complejo analizar las razones que me impulsaron a obrar así. Desde que usted llegó a Stanleyville tuve la certeza de que corría un grave peligro.

—¿Por qué no aprovechó cualquiera de sus viajes para huir de la ciudad?

—Me acompañaba siempre José. Además, en varias ocasiones, me di cuenta de que me seguía un autogiro. ¿Le tripulaba usted?

—No —repuso Kinney—. El piloto era un camarada mío del Servicio Secreto, que también reside en Stanleyville, y cuya misión no ha sido otra que la de vigilarle estrechamente.

—¿No le importó internarse conmigo en la selva sospechando mi personalidad criminal?

—No. Sabía lo que arriesgaba, pero estaba seguro de que no iba a faltarme el auxilio divino. Dios siempre es defensor de las causas justas. Necesitaba aventurarme para tener la certeza de su culpabilidad, y, además, para realizar investigaciones directas cerca de las tribus indígenas. Marisa fue un pretexto para usted y para mí, aunque, en mi caso, hubiera dado cualquier cosa por la vida de esa

muchacha. De no haberse producido el asesinato de los Tuner y los hechos que se derivaron, yo me habría internado en el bosque dejándole a usted bajo la vigilancia de mi camarada. ¿Para qué quiere que le deje en libertad?

—¿No lo adivina?

—Sí; pero temo equivocarme.

Pese a la incertidumbre que Larry manifestaba en sus palabras, el joven cortó las ligaduras que inmovilizaban a Peatie al poste, no sin gritar a Marisa:

—¡Di a los negros que no disparen contra Louis!

El francés, con el torso desnudo, sucio de sangre y polvo, con un vendaje cubriéndole el hombro en el que el leopardo le produjera una herida en la llanura herbácea, anduvo tambaleándose hasta uno de los traficantes de esclavos muertos y se apoderó de una metralleta. Luego, erguido, con una sonrisa de desprecio a la vida y el arma en disposición de disparar, avanzó hacia John Smith y su compañero quienes, al abrigo de una de las chozas, le hicieron señas para que se aproximara.

—¡Allá voy, miserables!

Peatie, apuntando a los que fueron sus cómplices en tráfico de esclavos, oprimió el disparador de la metralleta. La primera ráfaga segó la vida de John Smith, pero su camarada pudo repeler la para él, increíble agresión de su jefe antes de que su pecho alojara varios proyectiles.

Louis sintió dos impactos en el vientre y antes de caer a tierra tuvo la satisfacción de ver cómo el último de sus enemigos se desplomaba, con la muerte en sus pupilas.

La tragedia había terminado. Marisa Tuner corrió a abrazar a Larry Kinney y luego, los dos jóvenes, juntos, se inclinaron sobre José, comprobando con gozo que el mulato vivía y que su herida, aunque muy aparatosa, no era grave.

Ante los cadáveres de Ubumba y su madre, la muchacha exclamó:

—Los dos conocerán la felicidad en el Paraíso. ¡El sacrificio de Isabel Brixham no ha sido estéril!

Larry, siempre seguido de la joven, se acercó a Louis Peatie con la esperanza de encontrarlo con vida. Al arrodillarse junto al francés, este abrió los ojos, murmurando:

—Me muero...

Quiso seguir hablando, pero no pudo hacerlo. Un rictus de dolor apareció en sus labios. Compadecido, Kinney le informó:

—José vivirá. Solo fue herido.

El gesto de agonía del francés se trocó en una sonrisa. Y por las mejillas del hombre duro, que jamás había llorado, según dijo a Larry durante la búsqueda de la muchacha, se deslizaron lágrimas de gozo y de arrepentimiento, y expiró sin articular palabra alguna.

Larry, movido por el afán investigador, comenzó a registrar los cadáveres de los traficantes de esclavos con el fin de llevar a Stanleyville todo lo que contuvieran los bolsillos de los malvados. De pronto sus dedos temblaron al posar sus ojos en un sobre, que llevaba en su cartera el hombre al que Louis Peatie llamó John Smith.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marisa Tuner.

La muchacha pudo leer unas líneas trazadas con tinta sobre un papel amarillento.

“Con la súplica de que a mi muerte sea entregado a Henriett, viuda de Larry Kinney. Sus últimas señas conocidas fueron las de Avenida de los Dátiles, en El Cairo”.

—¡Va dirigido a tu madre! —exclamó Marisa.

—Sí —replicó el joven, con voz sorda mientras rasgaba el sobre. Conforme sus ojos se posaban en los renglones, Kinney iba palideciendo. La cuartilla cayó de sus manos, siendo recogida por la muchacha, quien leyó con avidez:

“En realidad, esta carta va mal dirigida. Tú no eres viuda. Tu marido vive y soy yo. Tan grande era mi odio hacia Harold Tuner que al recobrar el conocimiento en una casa extraña después de ser agredido por él y darme cuenta de que mi herida era más aparatosa que grave, hui por la ventana a fin de que, ocultándome, Tuner fuera condenado por el doble delito de matar a un hombre y de esconder su cadáver. Además, había otro motivo muy poderoso para que yo desapareciera. En mi afán por arruinar a mi enemigo, hice operaciones de Bolsa muy desfavorables que me pusieron al borde de la ruina. Aunque mantuve mi falsa aureola de hombre favorecido por la suerte, hube de disponer de grandes sumas que no me pertenecían y que algunos accionistas dejaron en depósito en mi caja fuerte con el deseo de que yo las invirtiese en sólidas operaciones. Mi estafa iba a descubrirse de un momento a otro, y por ello, decidí eliminarme voluntariamente. Después de muchos años de vivir miserablemente, viajando siempre hacia el centro de

África, conocí a Louis Peatie, quien me propuso que fuera su segundo en la trata de esclavos, facilitándome dinero para reclutar hombres que me ayudaran. Por él supe que Harold Tuner vivía en las proximidades de Stanleyville y que era hombre honrado. Me previno contra él en el sentido de que si sospechaba la identidad de los “negociantes de carne humana” sería nuestro peor enemigo. Mi odio se recrudeció, pero pese a mi deseo de saldar una antigua deuda de venganza, no pude matarle hasta transcurrido mucho tiempo. Le acompañaba Dorothy, a la que yo tanto amé y que encontró la muerte junto a su marido bajo las balas de mi rifle y de los de mis compañeros...

La muchacha, estremecida, apartó sus ojos de la apretada caligrafía, pero la curiosidad pudo más que el dolor y la sorpresa, por lo que reanudó la lectura.

“Después, pensando en exterminar también a su hija, de la que Peatie me habló, regresé a la cabaña de los Tuner, incendiándola. He de confesarte que han sido tantas las privaciones y los sufrimientos, que a veces pienso que algo falla en mi cerebro. ¡No estoy loco! pero el odio me hace parecerlo. Supongo que mi supuesta trágica muerte a manos de Harold Tuner y tu condición de viuda bastaría para cortar el escándalo en torno a mi nombre, provocado por la desaparición de los depósitos a mí confiados.

“Te escribo esta carta en un claro del bosque africano, en el Congo Belga. Acabamos de destruir la cabaña de los Tuner y tengo el presentimiento de que no tardaré en morir. Mi vida carece de objeto. Me alentaba la venganza. ¿Debo pedirte perdón? No. Peor hubiera sido tu suerte a mi lado, al lado de un estafador; como viuda digna de la ajena conmiseración. ¿Me sacrifiqué por ti? Mi primer pensamiento fue contra Harold Tuner. ¡Deseaba que le condenaran por asesinato! Ya acabo. Ignoro si esta carta llegará a tus manos algún día. La redacté impulsado por un deseo extraño. Ignoro cuál.

“Larry Kinney”.

—No lleva ninguna frase de afecto como despedida. Creo que tu padre estaba efectivamente loco. ¡Solo así puede concebirse tanta maldad!

Al oír las palabras de Marisa, el joven la miró con expresión

indefinible.

—Daré a conocer esta carta a los vecinos de Stanleyville para que el nombre de Harold Tuner quede limpio de mancha.

—No —opuso ella—. No haríamos más que aumentar el escándalo. Bastará con que se la mostremos a los Veagh y al residente del Estado. Los demás no tienen que enterarse. La vida impone un ritmo febril y dentro de poco todos se habrán olvidado de papá. ¿A qué remover el cieno? Tú no eres un extraño para mí y...

Calló la joven, como si temiera decir demasiado. Larry, cogiéndola de ambos hombros, la contempló con fijeza.

—¿Se ha alzado una barrera entre los dos? ¡Sé sincera en tu respuesta!

—Para mí todo continúa igual...

Ella ofrecía a Kinney los labios, como supremo argumento para convencerle de que el amor no se detiene ante obstáculo alguno. Los dos jóvenes, abrazados, simbolizaban, la vida, dominando a la tragedia...

EPÍLOGO

Los indígenas acompañaron a Larry Kinney, a Marisa Tuner y a José hasta la pradera herbácea. Uno de los más viejos guerreros entregó obsequios a los dos blancos y al mulato, consistentes en collares de dientes de león, para dar bravura, y pequeñas bolsas con “medicinas” capaces de alejar todo mal de los que las llevaran.

Marisa, al separarse de los negros, sintió que sus ojos se cubrían de lágrimas ante el recuerdo de Isabel Brixham. Larry, al observarlo, dijo:

—Sé fuerte, querida. La vida comienza para nosotros. Para José también. Se ha convertido en uno de los más ricos propietarios de Stanleyville.

Los tres jóvenes, con los rifles a la espalda, caminaban rumbo al río Congo, después de pasar cerca de un mes con la tribu de Ubumba y de asistir a las honras fúnebres de un rey, dando tiempo a que José curara de su herida. Atrás quedaban las tumbas de los traficantes de esclavos. Ante ellos se abría un venturoso futuro...

FIN

Algo inesperado vino en su ayuda... Una mujer blanca, surgida de entre los salvajes, se dirigió hacia ellos, entre el respeto y acatamiento de los indígenas...



¿Quién era aquella extraña aparición? ¿Qué hacía en aquel lugar?

Podrá responderse a estos interrogantes, leyendo

LA HIJA DE LA MAGIA

Un relato distinto a todos y que ha escrito para usted el famoso

L. M. ESTEFANIA

anando en él la acción más intensa y la intriga más apasionante

LA HIJA DE LA MAGIA

¡Un título que no debe olvidar jamás!

COLECCION CONGO

se lo ofrecerá en su próximo número

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"
424 — R. C. Lindsmall
LA MUERTE RONDA EL VALLE

COLECCION "BIFALO"
121 — A. Rolcest
ESQUIVANDO LA TRAMPA

COLECCION "CONGO"
15 — Alar Benet
TRAFICO DE ESCLAVOS

COLECCION "PANTERA"
58 — J. de Cárdenas
EL VAGABUNDO DEL DESIERTO

COL. "SERVICIO SECRETO"
288 — Cliff Bradley
RONDA DE LADRONES

COLECCION "PRACTICA"
COMBINADOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
483 — María Adela Durango
LA FRONTERA DEL OLVIDO

COLEC. "MADREPERLA"
379 — Isabel Irigaray
COMO DIOS MANDA

COLECCION "ROSAURA"
333 — May Carré
TRES CITAS

COLECCION "AMAPOLA"
209 — María del Carmen Rey
TIERRA DE PAZ

COLECCION "ALONDRA"
162 — José Luis de Marcenat
YU MAY

COLECCION "CAMELIA"
193 — Corín Teliado
EL PASADO DE MAURI

COLECCION "ORQUIDEA"
73 — E. Aguilar de Rucker
LA GRAN AVENTURA DE ELIZABETH

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto 2 - Barcelona u Hipólito Irigoyen, 445 - Buenos Aires

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



El éxito de las reuniones, lo constituyen los

COMBINADOS

Pero, ¿sabe usted prepararlo convenientemente?

Muchas veces habrá deseado saborear un "Martini" o un "fizz jingle", pero ninguna de sus amistades han podido satisfacer su deseo por desconocer los ingredientes que componen estas bebidas

¡No debe preocuparse más!

El nuevo volumen de la famosísima

COLECCION PRACTICA

resuelve por usted este problema. Leyendo

COMBINADOS

descubrirá la forma de preparar no solo las bebidas indicadas, sino también los más famosos cocktails

¡No olvide este título!

COLECCION PRACTICA

se lo ofrece esta misma semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡Un nuevo éxito de la famosa

COLECCION DAN

que deleitará a mayores y pequeños!

Una serie que sin duda se hará muy pronto popular, es la dedicada a las aventuras del audaz

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Luchas en los espacios interestelares! ¡Los más sensacionales inventos del próximo siglo en manos de seres creados por la imaginación! Y con ellos, el

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Un héroe del futuro que narra al mundo actual sus más apasionantes aventuras!

En todos los quioscos y librerías, hallará los cuadernos ilustrados

Serie VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Precio del ejemplar: 1'25 ptas.

El primer cuaderno que acaba de aparecer, se titula

TINIEBLAS EN LA TIERRA

¡Exíjalo a su proveedor!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamente en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha permanecido durante 18 meses a la cabeza de los bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Siempre ascendiendo en
su carrera de triun-
fos*

COLECCION HISTORIAS

*brinda a sus lectores un
nuevo título que une
a su autenticidad, la
emoción y el fervor
con que fué acogido en
el mundo entero*

EL MILAGRO DE FATIMA

Las apariciones de la Santísima Virgen a los tres
pastorcillos, las reacciones de cuantos presenciar-
on el extraordinario acontecimiento y los hechos
asociados, narrados minuciosamente por

ANNE SAINT-VARENT

forman el volumen número 11 de la famosísima

COLECCION HISTORIAS

¡La biblioteca de la juventud!

256 páginas y más de 250 ilustraciones perfecta-
mente compaginadas con el texto

¡Un alarde de presentación que deleita a los pe-
queños y entusiasma a los mayores!

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 7

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Jan Sterling

N.º 212 Especializada en papeles de mujer cinica y desagradable, Jan ha intervenido brillantemente en varias películas, entre las que figuran "Union Station", "Sin remisión", "El gran Carnaval" y "Débiles y poderosos".

Foto WARNER BROSS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

El autor se refiere sin duda, a las líneas ferroviarias que se detallan a continuación; Ferrocarril de Dor-es-Salaam a Udyidyt, al ramal del mismo de Tabora a Wanza, y a los de Pangani a Arusha y de Mombasa a Jinja, que atraviesan, respectivamente, Tanganica y Kenia, internándose también en Uganda. (N. del E.)

[←2]

Pasaje de los “Lamentos de Job”. Este monólogo es una expresión de la grandeza de los dolores que Job padece, a los que la naturaleza se resiste, no obstante, la resignación en la voluntad de Dios. (Libro de Job, III-9-14.)

[←3]

Juan Rowland Stanley, famoso norteamericano que exploró el África con el deseo de encontrar a Livingstone, recorriendo Zanzíbar y el Congo, fue el descubridor de las cataratas a las que el autor se refiere. (nota del E.)

El río Congo es navegable desde su desembocadura, en el Atlántico, hasta Stanleyville y dicha ciudad posee un ferrocarril que, salvando las cataratas, conduce a Ponthieville.

[←5]

El residente del Estado depende del gobernador del distrito de Stanley Fall.

[←6]

Se obtiene así una tela rojiza, de apariencia bastante bella, con la que se visten las mujeres, no solo en el Congo sino también en las tribus del interior de Uganda y de otros territorios africanos.

[←7]

Bebida que se obtiene del zumo del plátano.